



Universidad
Rey Juan Carlos

Facultad de
Ciencias Jurídicas y Políticas

TRABAJO FIN DE GRADO
GRADO EN CIENCIA POLÍTICA Y GESTIÓN PÚBLICA
CURSO ACADÉMICO 2023/2024
CONVOCATORIA JUNIO

**POPULISMO Y NEOLIBERALISMO: ESPECIAL REFERENCIA A AMÉRICA
LATINA Y AL ACTUAL GOBIERNO ARGENTINO**

AUTOR(A): Barroso González, Francisco

DNI: 45970796-Y

En Fuenlabrada, a 10 de junio de 2024

RESUMEN

Esta investigación aborda la compleja interacción entre el populismo y el Neoliberalismo, destacando el escenario sudamericano con especial referencia al gobierno de Javier Milei en Argentina. A través de una metodología rigurosa que abarca la revisión crítica de la literatura académica más relevante y el análisis comparativo detallado de casos, se analiza si el neoliberalismo puede considerarse populista y si el enfoque libertario de Milei refleja las características de las actuales derechas radicales populistas. Se concluye que, si bien el populismo puede impregnar otras doctrinas políticas como resultado de la crisis de representación de la democracia liberal, la figura del actual presidente de Argentina muestra ciertas características y matices que desafían las categorizaciones convencionales de la derecha. Este análisis no solo proporciona una nueva perspectiva sobre el fenómeno del (neo)populismo en la región, sino que también invita a una reflexión más profunda sobre su influencia en las corrientes políticas emergentes y en la participación ciudadana en el mundo contemporáneo. Igualmente, sugiere la necesidad de considerar los contextos históricos y sociopolíticos específicos al evaluar las dinámicas del populismo y su relación con otras ideologías en el marco de las democracias liberales.

PALABRAS CLAVE: Neoliberalismo; populismo; Javier Milei; libertarismo; América Latina.

ABSTRACT

This research addresses the complex interaction between populism and neoliberalism, highlighting the South American context with a special focus on the government of Javier Milei in Argentina. Through a rigorous methodology that includes a critical review of the most relevant academic literature and a detailed comparative analysis of cases, it examines whether neoliberalism can be considered populist and whether Milei's libertarian approach reflects the characteristics of current radical populist right-wing movements. The study concludes that while populism can permeate other political doctrines as a result of the crisis of representation in liberal democracy, the figure of the current president of Argentina exhibits certain characteristics and nuances that challenge conventional categorizations of the right. This analysis not only provides a new perspective on the phenomenon of (neo)populism in the region but also invites a deeper reflection on its influence on emerging political currents and citizen participation in the contemporary world. It also suggests the need to consider specific historical and sociopolitical contexts when evaluating the dynamics of populism and its relationship with other ideologies within the framework of liberal democracies.

KEYWORDS: Neoliberalism; populism; Javier Milei; libertarianism; Latin America.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN.....	3
POPULISMO EN LA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA	7
I. Aproximación teórica del fenómeno populista.....	7
1. Enfoques minimalistas.....	7
2. Enfoques maximalistas	9
II. Globalización, crisis de representación y política de la posverdad	11
III. La división social y la construcción de un enemigo.....	14
IV. El concepto de pueblo	16
V. Liderazgos y partidos populistas	18
VI. El populismo como desafío a la democracia liberal.....	21
POPULISMO Y NEOLIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA.....	23
I. Conceptualización de Neoliberalismo: orígenes y escuelas de pensamiento	23
II. El neopopulismo y la compatibilidad entre populismo y Neoliberalismo.....	28
1. El paradigma latinoamericano: ¿populismo renovado o pura doctrina neoliberal?	30
III. El auge actual de la derecha radical de carácter populista	32
EL LIBERTARISMO DE JAVIER MILEI EN LA ERA POSNEOLIBERAL	37
I. Las nuevas derechas alternativas y el paleolibertarismo	37
IV. Contextualización histórica del populismo y el Neoliberalismo en Argentina	39
V. La victoria de Javier Milei y el fin del empate hegemónico en Argentina.....	42
VI. El “populismo de la libertad”. Análisis del perfil ideológico de Javier Milei.....	46
CONCLUSIONES.....	51
BIBLIOGRAFÍA.....	54
Monografías	54
Artículos académicos	56
Artículos de prensa.....	61
Entradas de enciclopedia.....	61
Tesis doctorales	61
Conferencias.....	62
Entrevistas	62
Entradas de blog.....	62

INTRODUCCIÓN

La relación entre populismo y democracia provoca intensos debates en el mundo académico. El interés que suscita este tema no sorprende teniendo en cuenta el lugar central que ocupa la democracia en la política contemporánea y el reciente auge que ha experimentado el populismo en distintas latitudes (Castaño, 2018). No obstante, la falta de historicidad en los estudios sobre la democracia representativa dificulta una comprensión crítica de sus formas y logros a la vez que desdibuja los diversos canales de participación de la ciudadanía. Al final, reducir las diferentes perspectivas sobre cómo la democracia puede ser estudiada, limita, a su vez, su capacidad de reacción contra sus propios adversarios internos (Urbinati, 2019b).

El populismo es un fenómeno muy complejo, que no encaja bien entre los estrechos márgenes ideológicos del eje izquierda-derecha (Gambone, 2017). Por este motivo, dado su carácter antipolítico, muchos autores coinciden en definir su aparición y consolidación como un proceso de “democratización despolitizadora”, esto es, “una ampliación de la participación, pero en clave de protagonismo subjetivo que se niega a delegar, y desconfía de las instituciones representativas y de los actores de la mediación política tradicional, deslegitimándolos”. Así, construye una promesa de emancipación bajo la idea de “autogobierno (..) desde abajo, horizontal y en primera persona” (Preterossi, citado en Cordero, 2023, p. 114).

Dentro de la crisis de legitimidad de la democracia liberal, para que la retórica populista abandone la marginalidad democrática y alcance unas cuotas de poder, es necesario un contexto de malestar democrático, una desdeologización, un exceso de burocratización y una tecnocratización de la economía política que les otorgue una legitimidad electoral que no tendrían si llegaran al poder por la vía no institucional (De la Torre, 2017). Por tanto, en una situación de recesión y cuestionamiento del sistema político, cuando cada vez es mayor la pérdida de confianza debido a las expectativas sociales frustradas por una por una falta de atención de los responsables gubernamentales, los que están en los extremos o fuera del propio sistema resultan beneficiados frente a los partidos tradicionales que son estigmatizados (Rivero, 2017b).

En la medida en que aspira al contacto directo con el pueblo sin intermediación, partidos políticos, sindicatos, medios de comunicación o entidades supranacionales representan ese *establishment* contra el que se revela todo populismo (Urbinati, 2019b). Además, en tanto que toda política implica necesariamente la constitución de una fuerza propia y la conquista de mayorías, en el populismo la construcción de un pueblo puro frente a una oligarquía corrupta no es otra cosa que una “producción de hegemonía”. Por eso, dar voz a lo que E. Laclau denominó como “mayoría silenciosa” (2005, p. 97) solo es posible desde una posición de poder en la que “los gobiernos populistas han demostrado una incuestionable habilidad” (Vilas, 2018, p. 84).

Con todo, la crisis de representación va más allá del fracaso de las organizaciones políticas como agentes intermediarios. Mientras las masas populares se han democratizado y, por primera vez, se sienten partícipes de los procesos político-deliberativos en un escenario de “revolución cognitiva” -en palabras de R. Inglehart-, las élites políticas han protagonizado un acusado proceso de segregación y homogenización (Mudde, 2023). En este sentido, los movimientos populistas consiguen su apoyo gracias a su capacidad para conectar verdaderamente con los intereses del pueblo, priorizando los deseos de los ciudadanos no

atendidos ante los imperativos sistémicos que constriñen la toma de decisiones en una democracia liberal (Villacañas, 2015).

En otras palabras, esta debilidad institucional junto a un contexto de posverdad, resumido como “la *ficcionalización* de los hechos y la *factificación* de las ficciones” que imponen sobre el código moral la oposición nosotros-ellos (Habermas, citado en Vallespín, 2019, p. 339), hace que las organizaciones políticas tradicionales que estructuraron identidades colectivas en el pasado dejen ahora espacio para una audiencia indistinta que se expresa principalmente a través de nuevos canales de comunicación masiva. De esta forma, la legitimidad de la decisión y el liderazgo surge, no tanto de la capacidad de mediación y compromiso dentro de las instituciones, sino de los efectos y reacciones que la seducción política logra tener en los destinatarios de los mensajes (Urbinati, 2019a).

Con todo, en el escenario actual en el que la pospolítica y el populismo hacen un tándem perfecto, asistimos al surgimiento de movimientos identitarios de corte nativista bajo la justificación de una protección de la cultura propia. Por regla general, este “*populist zeitgeist*” (Mudde, 2023, p. 35) va acompañado de un autoritarismo reformista, no revolucionario, un “*cultural backlash*” (Inglehart & Norris, 2016) y una retórica antisistema incentivada por la desafección y precarización que imperan a nivel global, la corrección política fruto de la imposición de valores posmaterislistas y los posicionamientos globalistas de la derecha convencional (Fernández-Vilas, 2022).

La naturalización de los partidos popularmente denominados como “extrema derecha” ha ubicado en el centro del debate académico la redefinición de sus ideas y principios. Aunque hasta hace poco se la consideraba una ideología caduca y residual, unos nuevos planteamientos alejados de su génesis revolucionaria y un uso estratégico de las redes sociales explicarían su creciente fase de expansión y captación de seguidores. A la par, la crispación social sumada a la falta de cultura política serían la razón de porqué muchos sectores de la población comúnmente abstencionistas han encontrado en estas formaciones rupturistas una alternativa a su indignación frente a las transformaciones sistémicas (Valera & Samer, 2023).

En definitiva, la flexibilidad programática del populismo -como estilo discursivo, estrategia política y puesta en escena- debido a su carácter elemental hace que complemente a otras realidades doctrinales más amplias como el nacionalismo, el socialismo o el neoliberalismo, contaminándolas (Mudde, 2017). Así, aun siendo genuinamente individualista y antiautoritario, en ocasiones, la retórica neoliberal se aprovecha de una coyuntura antipolítica para ganar elecciones y desarrollar sus reformas bajo una dirección a menudo personalista y carismática. En el caso de Latinoamérica, tomando como referencia los gobiernos “neopopulistas” de hace más de tres décadas, asistimos hoy a una oleada neoliberal de gobiernos con tintes demagógicos que, si bien surgen de años de populismo izquierdista, reflejan a la perfección una nueva era “posneoliberal” (Abal, 2023). De forma particular, con la recién estrenada presidencia de Javier Milei, por primera vez en Argentina se ha impuesto en las urnas un candidatura liberal-libertaria en un frente común contra el peronismo kirchnerista (R. R. Rodríguez, 2024).

Respecto al objeto de estudio de este trabajo, recordemos que el peor los escenarios para la derecha neoliberal es ser considerada populista. Por el contrario, para la izquierda, sea marxista, federal o nacional-popular, el peor de los escenarios es ser tachada de neoliberal. Sea como fuere, el populismo y Neoliberalismo han servido para denominar las lógicas y comportamientos de la escena pública erigiéndose como calificativos para ensalzar o rechazar

programas gubernamentales, políticas públicas, discursos o formas de construcción de subjetividades políticas. Mientras el Neoliberalismo, según el análisis de la gubernamentalidad de M. Foucault, se define como el conjunto de discursos, prácticas y aparatos que determinan un nuevo modo de gobierno no colectivista conforme al principio universal de competencia, el populismo nace de situaciones de crisis como catalizadores colectivos que construyen la categoría identitaria de pueblo (Nofal, 2023).

Pues bien, a lo largo de las siguientes páginas, se analizarán las diversas y, en ocasiones contradictorias, acepciones de los términos populismo y Neoliberalismo. Con este fin, a través de una histórica, del estudio de las ideas políticas y de los movimientos sociales y partidos, se busca identificar los vínculos, antes y ahora, de estos dos fenómenos políticos, aparentemente autoexcluyentes y que rara vez se manifiestan de forma cara y distinta. Todo ello, en aras de entender las múltiples interacciones entre economía, política y sociedad especialmente en el subcontinente sudamericano.

Dada la profunda heterogeneidad de la derecha radical que, en términos generales, se puede dividir entre posturas neoliberal-autoritarias y social-identitarias, se ha optado por usar el término “derecha radical populista”, acuñado por C. Mudde. De ahí que, con el objetivo de aportar claridad en la compleja categoría de “derechas radicales” o “populismo de derecha”, se tomará como objeto de estudio la aparición de las denominadas derechas alternativas en la era posneoliberal, y, más concretamente, las interpretaciones anarcocapitalista y minarquista del libertarismo. En este contexto, la figura del presidente Javier Milei, sus postulados paleolibertarios fruto de la alianza antiprogresista con los nacionalistas y conservadores, y su estrategia discursiva marcada por la idiosincrasia populista del país, se toma como objeto de estudio y ejemplo de la singularidad de la derecha radical de carácter populista a nivel global y en Latinoamérica.

En resumen, considerando la complejidad que supone abordar temas de gran relevancia actual, a pesar de profusión de literatura académica sobre la cuestión, no hay apenas concepciones absolutas y unánimes. Por otro lado, puesto que la tendencia general es personificar la acción política y que ello implica generalmente la sustitución de los programas políticos por la política emocional y desideologizada, se plantean las siguientes cuestiones: 1) ¿Puede considerarse que el Neoliberalismo es populista o, por el contrario, lo que existe son simplemente ejemplos puntuales de gobiernos neoliberales que emplean estrategias populistas para superar el tensionamiento de la gobernabilidad? En este sentido, 2) ¿Puede entenderse el libertarismo de Javier Milei como un exponente de las derechas radicales populistas a nivel global?

En cuanto a la estructura metodológica del trabajo, este consta de cinco capítulos, siendo esta introducción el primero de ellos y las conclusiones el último. El primer capítulo, además de una breve introducción sobre la relevancia del tema de estudio, se centra en el análisis del populismo y del Neoliberalismo, así como en la relación entre ambos, especialmente en Latinoamérica, así como en el encuadre del perfil libertario de Javier Milei en el marco de las derechas radicales populistas definidas por C. Mudde. Por su parte, las conclusiones darán respuesta a las preguntas planteadas en la introducción en base a la literatura empleada en los capítulos anteriores.

El segundo capítulo nos aproxima al fenómeno populista en el contexto de las democracias representativas a partir de enfoques minimalistas y maximalistas. Desde una perspectiva, autores como J. W. Müller, P. Rosanvallon o N. Urbinati señalan cómo el

populismo es profundamente contrario a los principios de la democracia liberal, en particular, respecto a la defensa de los derechos de las minorías y del pluralismo partidista. En el polo opuesto, otros como E. Laclau, C. Mouffe o C. Vilas encuentran en el populismo una fuente democratizadora, principalmente en países latinoamericanos, como vía de ingreso a la vida política de sectores tradicionalmente excluidos.

El tercer capítulo profundiza sobre el Neoliberalismo como ideología político-económica a través de sus orígenes antikeynesianos, sus distintas escuelas de pensamiento y principales exponentes, así como las críticas que suscita entre sus detractores. Con este objetivo, apoyándonos en autores como F. Escalante, R. Griffin, C. Mudde o K. Weyland, se analizará en primer lugar la hipótesis del neopopulismo como una realidad híbrida entre populismo y Neoliberalismo en América Latina, para posteriormente explorar los vínculos del Neoliberalismo, el conservadurismo y el nacionalismo en el marco las derechas radicales de carácter populista a nivel mundial.

El cuarto capítulo nos acerca a la “alianza paleo” entre el libertarismo y el paleoconservadurismo. De esta forma, un análisis desde los planteamientos hayekianos hasta el rothbardismo nos conducirá hasta el caso de estudio escogido en este trabajo: Javier Milei y los motivos de su ascenso a la Casa Rosada, su retórica antipolítica y populista y el aparente, pero aún incierto, final del empate hegemónico en Argentina.

Finalmente, la metodología empleada en este trabajo ha consistido básicamente en una revisión exhaustiva de la amplia y variada literatura disponible sobre el tema de estudio. Se recurre a una amplia variedad de fuentes, primarias y secundarias, incluyendo monografías, artículos académicos, páginas web, informes, tesis, conferencias y entrevistas con autores relevantes en el campo de esta investigación. Se han seleccionado materiales en español, inglés y portugués para garantizar una cobertura exhaustiva de la literatura existente. Además, dada la naturaleza del tema centrado en Latinoamérica, se ha prestado una especial atención a la inclusión de autores latinoamericanos en los capítulos segundo y tercero, lo que proporciona una perspectiva regional enriquecedora para el análisis del fenómeno objeto de estudio. Esperemos que la revisión y manejo de estas fuentes hayan permitido obtener una visión completa y actualizada del tema, así como identificar las tendencias, debates y perspectivas dominantes en el mundo académico actual.

POPULISMO EN LA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA

I. Aproximación teórica del fenómeno populista

Los primeros estudios histórico-sociológicos sobre populismos registraban una marcada tendencia a conceptualizar este fenómeno como un desafío periférico que afectaba principalmente a sociedades predemocráticas en donde las masas carentes de formación eran manipuladas emocional e ideológicamente por líderes demagógicos. Sin embargo, a partir de la década de 1990, empiezan a desarrollarse tesis que van más allá de caracterizar los rasgos de los movimientos populistas y buscan crear arquetipos que los identifiquen como corrientes políticas diferenciadas (Montero, 2020).

Diferentes estrategias de conceptualización del populismo han sido empleadas en el mundo académico. En los últimos años se ha impuesto el llevar a cabo una redefinición del concepto de populismo, destacando cualquiera de sus cualidades accidentales como atributo primario (Freidenberg, 2012). En esta línea, el populismo puede ser entendido como un movimiento social; un discurso ideológico; una estrategia política; un estilo de liderazgo; una manifestación de la cultura política; una política de gasto público; o un medio para intervenir socialmente el Estado. Así, encontramos dos concepciones resultantes: los enfoques minimalistas y, su contrapartida, los maximalistas.

1. Enfoques minimalistas

Los enfoques minimalistas abordan el populismo como un movimiento carente de un programa ideológico sólido, asociado a ciertas conductas, estrategias y discursos altamente rudimentarios sobre la naturaleza de la política. Es lo que muchos “han denominado como populismo discursivo, populismo expresivo o populismo superficial” (Montero, 2020, p. 38). Al margen de sus profundas variaciones programáticas que las hacen radicalmente opuestas, las manifestaciones populistas comparten un mínimo común denominador -flexibilidad doctrinaria, discurso polarizante, caudillismo u hostilidad hacia los medios de información- que imposibilita su análisis de forma fragmentada (Freidenberg, 2012).

Por antonomasia, la concepción minimalista más influyente sobre el populismo nos la ofrece C. Mudde. Para el politólogo neerlandés, el populismo se presenta como una maniquea *thin ideology* compuesta de tres elementos: un pueblo soberano entendido como la nación, una élite homogénea y corrupta que continuamente denigra los intereses de la ciudadanía, y una reinterpretación de la voluntad popular de Rousseau, dentro de la democracia directa, como una comunidad política monolítica (Mudde & Rovira Kaltwasser, 2019). A su vez, C. Mudde (2017) subraya que, mientras las *full ideologies* como el socialismo o el liberalismo son altamente complejas, el populismo como *thin ideology* no ofrece soluciones a la mayoría de asuntos públicos primordiales. Por este motivo, dada su flexibilidad programática fruto de su carácter elemental, este siempre acaba completándose con realidades doctrinales más amplias como el nacionalismo, el socialismo o el neoliberalismo, y los acaba contaminando.

De igual modo, cuadrándose en el enfoque ideacional, el razonamiento de C. Mudde reconoce que el populismo, aun considerándolo una ideología limitada, sí es una ideología *per se* y no un mero discurso o estilo político. Al fin y al cabo, el populismo supera la barrera de instrumento para llegar al poder puesto que nos informa también sobre las actuaciones que

ejercen los populistas cuando gobiernan, tal y como se observa en Hungría o Venezuela (Mudde, 2017).

En este mismo sentido pero yendo un paso más, encontramos el planteamiento de K. Weyland. Su visión minimalista no reconoce ni siquiera al populismo como una *thin ideology*, sino como “una estrategia mediante la cual un líder personalista procura ejercer el poder político basándose en el apoyo directo, no mediado y no institucionalizado de un amplio grupo de simpatizantes mayormente desorganizados”. Igualmente, concluye, la distinción entre un líder carismático populista de otro no populista reside en su modo de legitimar su poder mediante la búsqueda de una conexión emocional con su audiencia sin una estructura formal o partidaria que intermedie (Weyland, 2017, p. 50).

R. Barr, por su parte, aun no identificándose como seguidor de la aproximación planteada por K. Weyland, también presenta al populismo como una estrategia política empleada racionalmente por líderes políticos para ganar prominencia, independientemente de las dinámicas institucionales e históricos-culturales que subyazcan alrededor. Este autor, especializado en populismos latinoamericanos, los define como un movimiento de masas liderado por un *osaltoutsider* o un inconformista que busca ganar o mantener el poder mediante el uso de llamamiento antisistema y vínculos plebiscitarios (Rueda, 2021). A este respecto, el carácter pragmático, oportunista y personalista del populismo ha llevado a la literatura a redefinir el populismo como un estilo de liderazgo directo, carismático y paternalista entre político y seguidores por encima de cualquier otra característica. En consecuencia, el carisma de un líder populista no deber ser evaluado solamente por cómo movilice e interpele a un colectivo sino que, además, esas personas le reconozcan unas cualidades extraordinarias que pueden dar respuesta a sus necesidades cortoplacistas (Freidenberg & Casullo, 2018).

Otra visión minimalista de relevancia, afín a la de K. Weyland, es la del profesor E. Laclau. Frente a los errores metodológicos de teorías previas que comprendían el populismo como un compendio de contenidos sustantivos, para E. Laclau (2005), el populismo carece de contenido doctrinal puesto que es una lógica que sirve como vehículo para la construcción de identidades políticas. Tal y como defiende en su obra *La razón populista* (2005), en contra de las lógicas del sistema institucional imperante, la lógica populista iguala la heterogeneidad de las demandas no atendidas de diversos grupos sociales y las presenta como equivalentes al considerar que todas provienen de una errática primacía oligárquica. En la teoría laclauiana, la hegemonía y la polarización son dos herramientas esenciales para la construcción del fenómeno populista. La hegemonía se genera en el momento en el que cadenas de equivalencia simbólicas son forjadas a partir de una demanda particular que se acaba prefigurando como la totalidad de las reivindicaciones sociales (Barros, 2018).

Ahora bien, la habilidad del populismo para llegar al poder, estabilizarse y alterar el *statu quo* imperante se halla en la construcción de unas consignas ideológicas lo suficientemente ambiguas como para que sectores radicalmente distintos hagan de ellas sus propias reivindicaciones. Es lo que E. Laclau (2005) denomina significantes vacíos¹. Por su

¹ En sintonía con el proceso laclauiano de “investidura radical” en el que conceptos adquieren una carga simbólica lo necesariamente influyente como para construir antagonismos y una movilización política en torno a un líder demagogo, está la tesis sobre el populismo como una manifestación de cultura política. El triunfo del populismo pasa por generar identidades fuertes en el imaginario sociocultural de un territorio. Con ello, la conexión emocional entre el líder y las masas, la manera en la que el clientelismo sedimenta esos liderazgos o los ritos, símbolos y

parte, el otro centro gravitacional que permite la prosperidad de todo populismo es la división social. Esto es, el recurrir continuamente a un “nosotros”, como miembros de un colectivo, que son víctimas de los intereses de un “ellos” (Riveros & Pelfini, 2022). No hay populismo sin construcción discursiva de un enemigo común. Por ello, todo político que emplee una lógica dicotomizante bajo la configuración del pueblo que atenta contra el *establishment* será populista (Freidenberg, 2012).

Otro ejemplo de minimalismo es el razonamiento de B. Moffit, quien describe el populismo como un “estilo político”, una “*mise-en-scène*” (2016, p. 56), que abarca tantos prototipos de discursos como formas específicas hay de interpelación al individuo como parte de un colectivo y no como ciudadano. No importa ni el contexto regional o el perfil ideológico del discurso, el grado de populismo de un líder político vendrá definido por su estilo confrontativo y su uso de los nuevos medios de masas como modo de identificación política.

En síntesis, la mayoría de las acepciones minimalistas comparten la posibilidad de que el populismo, en tanto no es una entidad monolítica, puede resultar positivo para la democracia liberal. Si bien hay un cierto consenso académico en que la división social y la retórica moralizante puede entorpecer cualquier intento de consenso entre el pueblo y sus representantes, es cierto que las corrientes populistas traen consigo la inclusión y la mejora de estatus de colectivos tradicionalmente postergados a causa de las políticas elitistas y burocráticas impuestas por la globalización (Montero, 2020).

2. Enfoques maximalistas

La indagación de E. Laclau en la racionalidad del populismo para concluir que este es antes una lógica política que un movimiento, un sistema o una ideología, nos permite acercarnos a la premisa de que todo actor político es populista en mayor o menor medida (Valdivielso, 2016). Por ello, los enfoques minimalistas carecen de pleno fundamento en tanto que en las democracias electorales y, sobre todo, en periodos de campaña, los representantes públicos pretenden hablar en nombre del pueblo y representar verdaderamente sus intereses denunciando la exclusión de ciertos sectores o condenando a unas élites pasivas ante las necesidades reales (Canovan, citado en Montero, 2020).

Mientras la visión minimalista no indaga más allá del análisis de perfiles *outsiders* o anti-sistemas, las investigaciones maximalistas profundizan sobre el impacto de los populismos más extremos en las instituciones y la cultura política de los países. Dentro del maximalismo, la tesis de J. W. Müller goza de gran relevancia. Con arreglo a su pensamiento, el populismo se reproduce como un mal patológico de las democracias liberales cuyas promesas incumplidas, en referencia a N. Bobbio, acaban reproduciéndolo². En su libro *What is a populism?* (2017), el politólogo alemán concluye que el populismo siempre es una grave amenaza a la democracia: neutraliza la división de poderes bajo reformas constitucionales y la eliminación de los

mitos en los que se basa la cultura de los seguidores muestran al populismo como una relación social (De la Torre, 2017).

² Según Müller, el populismo no responde a una ideología ni a un programa político, sino a una lógica interna inspirada en una postura moralista de la vida política que confronta a un pueblo puro contra una oligarquía corrompida. Ello evidencia cómo el académico alemán se vale de la teoría formal desarrollada por E. Laclau para concluir que el populismo no es una doctrina codificada sino un conjunto de *claims* que pretenden representar exclusivamente a un ente moralmente uniforme llamado pueblo (Müller, 2017).

mecanismos de control, atenta contra las libertades individuales, persigue a los opositores, fomenta el clientelismo a gran escala y coloniza todas las instituciones del Estado. Igualmente, su naturaleza moral y anti pluralista hace que este siempre sea “una forma excluyente de política identitaria que devalúa a los diversos “otros” (Müller, 2016, p. 6). En virtud de ello, la concepción moralista del populismo siempre dependerá de un indicador económico o étnico que distinga entre lo puro de lo corrupto y lo moral de lo inmoral, y que alimente las teorías de conspiración presentes en su retórica.

Bajo esta corriente que se aparta radicalmente del paradigma rousseauiano de la voluntad general, encontramos también a la filósofa N. Urbinati (2019a). Probablemente, su visión maximalista del populismo es la de mayor profundidad conceptual. A pesar de su simpleza ideológica, el populismo contemporáneo no puede reducirse a un método discursivo, una táctica electoralista o un modo de desarrollar políticas porque su desarrollo implica, en última instancia, una desconfiguración interna de la democracia y la implantación de un régimen proto-democrático. Por consiguiente, un escenario en donde las decisiones unilaterales adoptadas por un representante carismático son abrazadas ciegamente por el representado sin posibilidad de cuestionarlas o someterlas a control, nos acerca a la idea hobbesiana de representación. Esto es, hay una enajenación de la soberanía popular hacia el caudillo y una masa popular falsamente empoderada (Urbinati, 2019b). Esta consideración respaldaría el juicio de que toda democracia populista se asemejaría a la imagen del totalitarismo descrita por C. Schmitt (Urbinati, 2019a).

Coetáneamente, la caracterización del modelo político populista con una forma de una representación directa también es compartida por el profesor francés P. Rosanvallon. En su libro *El siglo del populismo* (2020) se identifica en toda cultura política populista: la anulación de la distinción entre pueblo como principio cívico-jurídico y pueblo como cuerpo social, la visión polarizada y electoralista de la soberanía popular a través de mecanismos de democracia directa como el referéndum, la figura del líder populista como hombre-pueblo, el nacional-proteccionismo como filosofía económica, y un régimen de emociones y pasiones que refuerzan la cohesión de las masas heterogéneas³.

Desde una visión historicista del fenómeno populista, vemos cómo la sustitución de la idea de independencia política por la de adhesión, de la representación parlamentaria por el referendo, y de los espacios de diálogo por ámbitos de enfrentamiento contra una supuesta oligarquía omnipresente o contra la presencia de partidos políticos opositores a los que se niega la capacidad de representar intereses generales, aproximan y han aproximado hacia sus límites a muchos sistemas democráticos (Pasamar, 2021, p. 138).

Finalmente, en consonancia con los análisis historicistas, los populismos atienden a procesos de profunda transformación del orden social, tales como globalización, migraciones, modernización o aparición de los medios de comunicación de masas, que les permiten activar una serie de necesidades pre-políticas y naturales completamente contrarias a un antagonista. “Su estilo comunicativo se impregna de negatividad y de un espíritu cuasi-trágico respecto del

³ Para P. Rosanvallon, la desfuncionalización que implica todo populismo una vez que alcanza el poder democrático explicaría la degeneración en “democradura”. El anti-pluralismo populista, que hace de la división social su razón de ser, simplifica la democracia desde adentro y la conduce a uno de sus límites, tensionándola. Así, Rosanvallon encuentra en la concepción populista del “pueblo-uno” un semi-totalitarismo, es decir, una figura de democracia-límite que no estrictamente es irreversible (Rosanvallon, 2020). El populismo es más la parte contra la parte que la parte “*plebs*” que quiere ser la toda la comunidad “*populus*” (Urbinati, 2013, p. 151).

estado del país en cuestión, que clama por la restauración de un orden -de convivencia, cultural, político- que se entiende subvertido” (Vallespín & Martínez-Bascuñán, 2017^a, p. 10). Esa distinción de un enemigo, responsable de todos los agravios causados al pueblo moralmente superior, se nutre de un discurso simplificador apoyado en eslóganes y no en *policies* específicas. Además, su condición anti-elitista obliga a sus promotores a adoptar una política posfáctica como medio para imponerse dentro de la confrontación pública por el poder (Vallespín & Martínez-Bascuñán, 2017b).

II. Globalización, crisis de representación y política de la posverdad

Para G. Germani, “la emergencia del populismo se explica como (...) el paso de una sociedad tradicional a otra moderna en los países subdesarrollados”⁴ (citado en Freidenberg, 2012, p. 4). Sin embargo, este razonamiento estructuralista basado en la movilización de sectores marginados movidos por una ideología *anti-statu quo* que acaba incorporándose a la vida pública en forma de movimientos populares a la par que se construye un sistema representativo-deliberativo anteriormente débil, ha sido cuestionada. La tesis que asocia el populismo con un grado de desarrollo socioeconómico quedaría invalidada en el momento en el que surgen populismos en países ya democratizados. En estos supuestos, no evolucionan hacia ideologías modernas sino que las acaban degradando (Freidenberg, 2012).

Este enfoque culturalista radica en la hipótesis de cómo gestionamos en nuestras sociedades avanzadas la frustración ante ciertas expectativas de prosperidad y autonomía que la globalización no ha traído consigo. Asistimos a un “problema de percepción” y de “resentimiento” dada las actuales desigualdades entre culturas y colectivos sociales. Por este motivo, este desencanto debido a logros no alcanzados nos conduce a un escenario de “nihilismo” y señalamiento de “chivos expiatorios” por parte de los nuevos populismos (Vallespín & Martínez-Bascuñán, 2017^a, pp. 9-10). En consecuencia, el discurso populista anti-globalización favorable al proteccionismo económico y contrario a la recepción de inmigrantes en las economías domésticas es asumido por muchos individuos que perciben a las élites culturales, económicas y políticas del Primer Mundo como los auténticos culpables de introducir elementos extraños que atentan contra nuestros valores (Vallespín, 2019).

Ese refuerzo de lo identitario, fundamentando en la integración de dos elementos que generalmente evitan el fraccionamiento de las sociedades: la economía y la cultura, ha sido tomado tanto por populismos de derechas como de izquierdas. El primero, hacia abajo y de manera retrospectiva, señalando como enemigos a grupos vulnerables y con la nostalgia constante de restablecer los valores originales perdidos a causa de la inmigración o las diversidades sexuales y étnicas. Los segundos, orientados hacia arriba y prospectivamente, anhelando un futuro redentor protagonizado por un líder carismático que ponga fin a las distintas representaciones de la oligarquía moderna y cosmopolita (Sáenz, 2021).

A este respecto, un estudio realizado por los politólogos R. Inglehart & P. Norris (2016) en aras de explicar el éxito de las retóricas populistas en gran parte de las democracias occidentales, hace referencia a dos tesis. La primera, de carácter socio-económico, está

⁴ El pensamiento del sociólogo argentino G. Germani, tomado de la teoría de la anomia de E. Durkheim (1893), relaciona la ausencia de orientaciones normativas claras con los procesos abruptos de cambio social que nutren al populismo (Freidenberg, 2012).

relacionada con el término “perdedores de la globalización”. Dicho de otra manera, hace referencia a la desigualdad de recursos entre una élite progresista y cosmopolita, principalmente perteneciente a sectores tecnológicos, cuya formación educativa les permite gozar de una gran movilidad geográfica y versatilidad laboral, y unos trabajadores manuales, altamente perjudicados por la desindustrialización y la deslocalización aparejadas a la globalización.

Una interpretación similar es asumida, entre otros, por el politólogo argentino G. O'Donnell, relacionando, desde un prisma marxista, políticas sociales y económicas de corte populistas con la teoría de la dependencia. En muchos países latinoamericanos, la eclosión de un sistema capitalista mundial y la desaparición de sus oligarquías nacionales se tradujeron en el nacimiento de una nueva sociedad de clases (Freidenberg, 2012). Esta brecha social sería aprovechada por partidos que centraban sus estrategias en la industrialización del mercado interno, la nacionalización y el intervencionismo estatal en la economía. Nacieron, con ello, Estados populistas, legitimados por una gran base social, que eran fundamentalmente corporativos y controladores con los sindicatos (Vilas, 2018).

A su vez, el segundo razonamiento ofrecido por R. Inglehart & P. Norris se centra en una “*cultural backlash*” (2016, pp. 2-32). Denominan, entonces, “*silent revolution*” (2016, p. 3) a la reacción social contra el cambio cultural progresista que empezó a imponerse en las sociedades desarrolladas hace cincuenta años⁵. Por ello, detrás de la expansión de valores posmaterialistas como el feminismo o el cosmopolitismo estaría el auge de los populismos más reaccionarios. El origen de esta versión de populismo surge de la necesidad de protección de una cultura, la occidental, que hasta ahora ha estado dotada de un “privilegio anticipador”. Lejos de evolucionar hacia una convergencia cultural, los principios éticos-políticos occidentales como son la democracia liberal, el pluralismo o los derechos humanos, han pasado a verse como una cultura más y no superior. Simplificándolo, “Huntington ha vencido sobre Fukuyama” (Vallespín & Martínez-Bascuñán, 2017^a, p. 11).

Con todo, la nueva ola populista debe considerarse, además, una causa de la actual crisis del consenso liberal-democrático que nos ha acompañado en los últimos ochenta años (Freidenberg, 2012). En este sentido, para P. Rosanvallon, en la democracia “se entrelazan la historia de un desencanto y la de una indeterminación” (2020, p. 119). Las figuras de indeterminación democrática son conceptos o momentos en los que la democracia se enfrenta a dilemas o tensiones irresueltas, lo que genera incertidumbre y ambigüedad. El pensador francés explora estas figuras en su análisis del populismo, considerando cómo el populismo se relaciona con estas tensiones y cómo puede ofrecer respuestas simplificadas o aparentemente claras a problemas democráticos complejos (Pasamar, 2021).

Por su parte, dado que en todo sistema democrático conviven los principios de igualdad y soberanía popular con los principios liberales de pluralismo y libertades individuales, según la pensadora belga C. Mouffe (2005), la confrontación entre ambos deriva en un déficit participativo en donde la ciudadanía común no encuentra unos canales de representación óptimos en las instituciones de poder donde expresar su voluntad. Esa carencia de

⁵ Ahora bien, al mismo tiempo que se produce esa revolución silenciosa, un aspecto menos mencionado de este desarrollo es lo que Ronald Inglehart ha llamado “movilización cognitiva”, que significa que las nuevas generaciones se han educado mejor, pero también han desarrollado más eficacia o autoconciencia política. Como consecuencia, las generaciones posmaterialistas son menos deferentes al poder y sienten que pueden tomar decisiones políticas tan bien, o incluso mejores, que las élites políticas (Mudde, 2023, pp. 29-30).

representatividad es justificada, en parte, por la desconfianza en forma de paternalismo que los sectores elitarios tienen hacia los ciudadanos corrientes (Mudde, 2023). En esta línea, la pérdida de conexión entre los partidos tradicionales y su electorado se debe a la cartelización de los mismos. Esto es, son partidos altamente burocratizados, adscritos más al sistema político que a sus representados y casi indistinguibles ideológicamente entre sí que han sumido a la clase política en una ausencia de la dicotomía gobierno-oposición (Mair, citado en Vallespín & Martínez-Bascuñán, 2017b).

El trabajo de P. Mair ahonda más en esta materia y acuña la expresión “vaciamiento de la democracia occidental” a tenor de la imposición de la “política responsable” sobre la “política receptiva”. Mientras que esta última alude a las actuaciones de los gobiernos y partidos ajustadas a las demandas de su electorado, la primera se aleja de estas. La “política responsable” es sinónimo de despolitización, es decir, las políticas ya no se fraguan en la arena político-electoral sino que las decisiones públicas se privatizan y acaban siendo eliminadas del debate político bajo el pretexto antipolítico de que “no hay otra alternativa” (Mudde, 2023, pp. 28-29).

El consenso pospolítico ha desdibujado las fronteras ideológicas y, por ende, la percepción de los ciudadanos sobre los modelos alternativos que representan el antagonismo social. De manera que el fracaso de este modelo consensual y la opción de la Tercera Vía por parte de partidos liberales, socialdemócratas y democristianos, ha traído consigo la articulación por parte de los partidos populistas de unas nuevas fronteras a partir de la posición pueblo versus *establishment* (Mouffe, 2005). Así y todo, “la crisis de representación es condición necesaria pero no suficiente”. Un proceso populista solo queda completado en el momento en el que emerge y gana protagonismo en la esfera pública un liderazgo alternativo, como escisión extrainstitucional, capaz de explotar el resentimiento político, las demandas no atendidas y la sensación de marginación de ciertos colectivos (Torres, citado en Cárdenas, 2019, p. 1174). De este modo, los liderazgos populistas serán encumbrados como un castigo a la élite tradicional partidista que ha defraudado a los ciudadanos por incumplimiento de sus demandas (Weyland, 2017).

Finalmente, un último factor a tener en cuenta en relación a cómo o por qué se ha conformado el espacio público propicio para el auge del populismo es el comunicativo. “El papel central de las redes sociales, las operaciones de difamación, el desprecio a la deliberación racional y a la realidad fáctica y el predominio de lo emocional sobre lo reflexivo” (Vallespín & Martínez-Bascuñán, 2017^a, p. 16) son cruciales para implantar una actividad performática ágil, estereotipada y polarizadora. Esto es lo que se conoce como política posverdad, cuyo uso en política como estrategia de comunicación emotiva y manipulativa ha sido ampliamente teorizado por Moffitt (2016).

La democratización de los medios de comunicación en términos de control y la alta competitividad entre los medios privados han beneficiado en gran medida el establecimiento de agendas políticas populistas en tiempos de elecciones. Esta nueva lógica mediática, fruto de la pérdida de poder de las élites tradicionales sobre los medios, ha reforzado una “afinidad electiva” entre el populismo y las redes sociales gracias a su “narrativa rebelde”. Precisamente, esta tipología de retórica explicaría por qué muchos actores populistas gozan de una sobrerrepresentación en redes sociales que no se ajusta a la realidad (Gerbaudo, 2018, pp. 745-753).

En suma, la política posverdad que nutre al populismo como lógica de acción política tiene mucho que ver con el decaimiento de los hasta ahora mecanismos de conformación de la

opinión pública. La aparición de las nuevas tecnologías ha acabado con los principios de *auctoritas* y de intermediación. Hoy en día, cualquier fuente puede emitir una información carente de objetividad, sin estar contrastada y llegar a una audiencia considerablemente notable. Es más, el nuevo activismo mediante la generación de *fake news* o noticias sensacionalistas en las redes sociales tiene como único fin el reforzar los prejuicios de los afines y definir bien al adversario (Vallespín, 2019; Vallespín & Martínez-Bascuñán, 2017b).

III. La división social y la construcción de un enemigo

En su obra *¿Qué es el populismo?* (2017) el politólogo J. W. Müller aporta la siguiente conclusión: el populismo requiere enemigos mientras que la democracia necesita oposición. Aun cuando el conflicto es asumido como parte del juego democrático, “los populistas polarizan y demonizan a diversos “otros” deliberadamente” porque “no hay identidad si uno no se define contra el otro” (Müller, 2016, p. 5). En este sentido, su naturaleza antipluralista y su pretensión de representatividad exclusiva en pugna por la hegemonía se traducen en que cualquier discrepancia puede censurarse por inmoral, porque no forma parte del pueblo. De hecho, al tratarse de una forma de política identitaria que prospera fundamentalmente en los ambientes polarizados, toda actividad disidente será señalada como propia de los “enemigos del pueblo” (Müller, 2016, p. 8). El pueblo no cobra “sentido político más que cuando reconocen y se enfrentan a un elemento externo potencialmente hostil: el poder” (Vilas, 2018, p. 78).

La construcción de un enemigo común, “a menudo irónicamente reforzado de forma involuntaria por la retórica antipopulista del *establishment*” (Mudde & Rovira Kaltwasser, 2019, p. 94), permite a los populismos fijar la distinción entre lo puro y lo corrupto⁶. En consecuencia, en referencia la tesis laclauiana asociada al principio de hegemonía neomarxista de A. Gramsci, todo populismo se corresponde con un liderazgo sustentado sobre una alianza de clases/intereses en el espacio público contra el enemigo común (Mouffe, 2005). Así, la mayoría de los populistas coinciden en señalar como enemigo común a la oligarquía política, económica, cultural y mediática, entendiéndolas como grupos corrompidos, homogéneos y que atentan contra la voluntad popular.

Esta élite, configurada en términos de poder y control de recursos, es continuamente redefinida por el mensaje *anti-establishment* de los movimientos populistas una vez que adquieren el rol de gobernantes. Así, la clave de la crítica populista no se haya solamente en el poder de los líderes elegidos democráticamente sino también en ciertas fuerzas que ejercen influencia desde la sombra. Esta idea de una oligarquía manifestada a través de los poderes fácticos (Gamio, 2022), al fin de cuentas, resulta útil para justificar su falta de logros políticos cuando ya no son un líder-movimiento sino un partido gobernante (Mudde & Rovira Kaltwasser, 2019).

Es aquí donde P. Rosanvallon, teorizando sobre la movilización de las pasiones y emociones en los regímenes populistas, hace suya la premisa de S. Freud sobre “la masa debe su cohesión al poder del *eros*” (citado en Rosanvallon, 2020, p. 55). Con ello, entre estos

⁶ Consignas como *¡Que se vayan todos!*, acuñadas durante la crisis argentina de 2001, así como el conspiracionismo de muchas retóricas populistas o la repulsa de la competitividad política son un reflejo de cómo el populismo antes y una vez ya instalado en el poder siempre deslegitimará al adversario (Müller, 2016) y continuará denunciando a los poderes oligárquicos como si no hubiera ganado las elecciones (Casullo, 2019).

motores afectivos, se distingue entre emociones de posición o rabia por no ser reconocido (instrumentalizadas por el populismo contra supuestos enemigos), emociones de intervención (pervertidas en aras de un expulsionismo que anule todo espacio de diálogo), y las emociones de intelección (reflejadas en visiones complotistas y *fakes news* que encuentran el origen de las desgracias del mundo actual en la globalización y en el caos informacional a casusa del avance de las tecnologías de la información y la comunicación (Rosanvallon, 2020). En resumen, lo que podríamos considerar “resentimiento democrático” (Pasamar, 2021, p. 72).

La inteligencia y la resiliencia de todo populismo residirá en captar correctamente cómo usar estas emociones, destacando los “significantes vacíos” como instrumentos altamente movilizados o apelando a los “afectos comunes” (Laclau & Mouffe, citados en Rosanvallon, 2020). De todas maneras, la definición social de un enemigo es compleja de comprender si no se concibe a los populismos desde un prisma procesual. “La definición procesual implica reconocer las diferencias sustantivas que, en términos de proyecto político, separan a grupos con distintas identidades e ideologías y que dan sentido a esta pugna más allá del rechazo identitario en contra de la élite” (Riveros & Pelfini, 2022, p. 77). Así, se reconocen diferentes estadios en la articulación del populismo: momento, fenómeno y régimen.

En primer lugar, la idea de momento alude a la pérdida de consenso de los sectores subordinados con respecto al *statu quo* existente. Es lo que A. Gramsci denominó crisis hegemónica: un pueblo alineado alrededor de demandas postergadas y heterogéneas se antagonizará contra el grupo dominante debido a la pérdida de la legitimidad de su orden (Salinas, 2021). En este punto, Laclau expone su teoría de las demandas sociales donde distingue entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia. La primera se respondería a través de la fórmula del socialista utópico H. Saint Simon: “del gobierno de los hombres a la administración de las cosas” (Laclau, 2005, p. 244). Por su parte, en la lógica de equivalencia, se establece una relación de solidaridad entre demandas insatisfechas ante una creciente incapacidad del sistema institucional que quedarán reducidas a símbolos comunes y, en última instancia, desembocarán en la aparición de un líder que encarnará la denominada subjetividad popular (Valdivielso, 2016). En el momento en el que las demandas sociales se convierten en populares -ya no hablamos de peticiones sino de reivindicaciones-, nace la base rupturista de toda retórica populista: la distinción entre el “nosotros-pueblo” frente al “ellos-poder” (Lladó, 2014).

Este desenlace, la subordinación de la subjetividad democrática frente a la subjetividad popular, solo es posible si se instaura un antagonismo social en el que los desamparados -la parte dañada definida como pueblo- se presenta como el “todo” (Laclau, 2006b). En pocas palabras, esta totalización por la cual una demanda particular llega a representar una cadena equivalencial es lo que E. Laclau conoce como hegemonía -“nuevo bloque histórico” en términos gramscianos-, que implicará la reestructuración de la esfera pública (Retamozo, 2011, pp. 161-173).

Finalmente, el último estadio de este enfoque procesual sería el régimen populista en donde la lógica movilizadora y la institucional se combinan en una sola lógica (Ostiguy, 2017). Además, la institucionalización de partidos y liderazgos populistas, aunque exijan una ruptura del orden imperante, no se identifica con un proyecto revolucionario (Vilas, 2018). Por este motivo, A. Gramsci acuñó el concepto de “revolución pasiva” en sus estudios sobre el cambio social y político. Es decir, los populismos contemporáneos, con el fin de ganar y mantenerse en el poder, imponen una narrativa que tiene gran calado en aspectos como la división social o la

apelación a las emociones del pueblo común, pero aprovechándose y perpetuando las mismas estructuras de poder elitistas que rechazaban en un principio (Pizzorno, 2017).

Así y todo, el planteamiento procesual del populismo guarda una estrecha relación con la teoría de *cleavages*. Ante esto, autores como C. Riveros & A. Pelfini (2022) proponen dos tipos de *cleavages*: vertical y horizontal. Inspirado en la dinámica bajo-alto desarrollada por P. Ostiguy -expuesta más adelante-, el *cleavage* vertical constituye identidades socio-culturales y económicas mediante la conexión de distintas realidades del fenómeno social⁷. Con respecto al *cleavage* horizontal, este sí manifiesta expresamente una división que, para efectos del populismo, opone al pueblo frente a la élite. Aunque es cierto que el proceso populista se hace presente nítidamente en el *cleavage* horizontal, en muchas ocasiones este puede ser resultado de un conflicto vertical que, de agudizarse, puede derivar en una dicotomía. De ahí que la plenitud del proceso populista dependa de cómo se encuadren esos *cleavages* y hasta qué punto la reivindicación por parte del *populus* de la condición de totalidad puede enquistar o no la brecha social (Riveros & Pelfini, 2022).

IV. El concepto de pueblo

Todo proyecto político, sea más o menos democrático, implica la construcción de una fuerza propia gracias a la determinación de los objetivos a alcanzar o la identificación de adversarios y de aliados. Por regla general, el sujeto titular de derechos y responsabilidades de las democracias es el ciudadano, que goza de igualdad formal en el ámbito público a pesar de su heterogeneidad socioeconómica en el ámbito privado. En el lado opuesto, el sujeto del populismo es el pueblo, no como “una categoría demográfica, económica o laboral, sino como un sujeto político colectivo organizado en diferenciación conflictiva respecto del poder que explota, oprime o reprime” (Vilas, 2018, p. 77).

Desde su origen la democracia representativa viene ligada a una profunda indeterminación que afecta a su protagonista político: el pueblo. Éste puede referirse al pueblo como principio constitucional, es decir, “cuerpo cívico” o “sujeto de derecho”; o interpretarse como una concepción sociológica bajo el término “cuerpo social”, esto es, protestas, movimientos sociales o iniciativas populares (Rosanvallon, 2020). Y justamente de esa paradoja emana una insatisfacción permanente que desde hace siglos la democracia representativa ha amortiguado mediante diversas fórmulas (Pasamar, 2021). Así y todo, lo poco heroico de la democracia representativa y su racionalidad instrumental, en ocasiones, emancipa a los ciudadanos e impulsa el poder constituyente del pueblo que encuentra en el populismo la redención de la democracia de la lógica administrativa. Ello inevitablemente conduce al populismo a un ejercicio de poder patriarcal y prolongado en el tiempo hasta conseguir la transformación del Estado y la sociedad (De la Torre, 2017). Pero, ¿a quiénes se alude cuando en aras de legitimar un discurso o acción política se invoca al “pueblo”?

Una alternativa es la interpretación de “pueblo” como clase oprimida o marginal en tanto que la pertenencia a una clase social configura un “nosotros” que se opone a un “ellos” como clase dominante, bajo el horizonte marxista del conflicto de clases. A su vez, para otros actores

⁷ Esto es lo que en Argentina se conoce como “la grieta” que, sin ser necesariamente una expresión populista de identificación, construye identidades y separa a las sociedades en virtud de los *cleavages* clásicos (Riveros & Pelfini, 2022).

populistas el “pueblo” alude a la perspectiva romántica del *Volkgeist* o espíritu nacional - acuñada por J. G. Herder-, entendiéndola como una construcción comunitaria de la identidad que denuesta el globalismo. Por último, el “pueblo” también puede ser asumido como la multitud que es conducida por la ideología de un líder o partido hacia unas metas emancipadoras con respecto a crisis económicas, migratorias o bélicas (Gamio, 2022)⁸.

Retomando la tesis laclauiana sobre cómo la subjetividad popular se impone a la subjetividad democrática cuando se crea una cadena de equivalencias entre las demandas sociales insatisfechas, mientras mayor es la extensión de la cadena de equivalencias, menor es su conexión con las demandas particulares que son homogeneizadas por la figura del líder populista (Laclau, 2005). Por este motivo, tal y como enfatiza el profesor argentino en su análisis, la eficacia de una subjetividad popular implica necesariamente la construcción de “significantes vacíos”, es decir, una pobreza en la simbología del populismo como fruto de la reducción al máximo del particularismo de una realidad altamente heterogénea (Laclau, 2006a)⁹.

A pesar de la gran influencia del trabajo de E. Laclau sobre la ausencia de contenido real en la definición de pueblo, clase o nación, el enfoque ideacional de C. Mudde sí encuentra en la división maniquea entre “pueblo-puro” y “élite-corrupta” un contenido significativo. Esto se debe a que, mientras el populismo simplemente define al pueblo como puro, la ideología anfitriona que suele acompañarlo agrega una dimensión adicional, ya sea como “clase” en el caso del populismo socialistas o el de “nación” en el populismo etno-nacionalista. Esta vocación totalizante del populismo gravita en función de una concepción idealizada de la comunidad a la que apunta (Mudde, 2017).

Sin embargo, el problema principal de una escueta invocación de “pueblo” reside en su “antipluralismo moralizado” y su carácter no institucionalizado. Para los movimientos populistas, el pueblo “es una entidad ficticia situada al margen de los procedimientos democráticos existentes, un cuerpo homogéneo y moralmente unificado cuya supuesta voluntad puede oponerse al resultado real de las elecciones en las democracias” (Müller, 2016). Por tanto, la pertenencia o no al pueblo estará definida por la posición política en los conflictos de poder. A la par, esa fuerza política necesaria para el mantenimiento de la categoría “pueblo” en el espacio/tiempo dependerá de su capacidad real para acoger y sintetizar las aspiraciones de la diversidad social bajo un mismo proyecto político opuesto al poder constituyente, y de la asunción de la verdadera totalidad política entendiéndola como una totalidad dinámica. Al final,

⁸ Estas concepciones de “pueblo” anulan por completo la distinción entre el unitarismo del “pueblo-principio” como sujeto de derecho y la heterogeneidad del “pueblo-sociedad”. Frente a las clasificaciones sociológicas tradicionales de obreros, campesinos o burgueses, el populismo rescata la idea carlschmittiana de “nosotros-ellos” convertida en “pueblo *versus* oligarquía” (Pasamar, 2021).

⁹ En este supuesto, el mejor ejemplo de esta noción laclauiana es el peronismo. Se trata de un significante que no tiene significado. Puede llenarse de contenido según quien lo utilice a partir de las demandas que éste detecte en la masa; por ello, el peronismo de Menem o el kirchnerismo no responden a un mismo argumentario rupturista. Pero ahí justamente se refleja cómo un líder populista no es más que un significante vacío al que se le pueden atribuir multitud de significados (De la Torre, 2017). El estudio de Laclau sobre el discurso del populismo, además, presenta una clara inspiración en la teoría de M. Foucault sobre la veridicción y la importancia de los símbolos, narrativas y afectos en la construcción de una verdad y una identidad política que será aceptada por el pueblo (Valverde, 2019).

como resultado de la transformación en la estructura social, es necesario una reformulación continua del “nosotros” y “ellos” (Vilas, 2018).

Esta visión de la soberanía popular absolutamente polarizada va enlazada con el electoralismo. El populismo relega al componente liberal-representativo que encontramos en los cuerpos judiciales independientes o en los partidos políticos y prefiere optar por instancias cercanas a una democracia directa o participativa (Rosanvallon, 2020). Es ahí donde cobra una especial importancia la espontaneidad de la voluntad popular a través de los referendos y una modalidad de representación encarnada en la figura de líderes como un “puro órgano del pueblo” (p. 53).

Por último, sería oportuno señalar cómo esta creencia de una voluntad general del pueblo está vinculada a dos acepciones cruciales del hecho populista: el sentido común y los intereses especiales. Los populistas, en tanto se presentan como la voz del pueblo -*vox populi*-, afirman basar sus políticas en el sentido común, esto es, en el resultado de las prioridades honestas y lógicas de la gente corriente. Así, cualquiera que se oponga al sentido común es, por definición, parte de la oligarquía amoral. Por lo tanto, todo llamado a políticas que beneficien a grupos minoritarios -no necesariamente en términos numéricos-, se denuncia como política de intereses especiales (Mudde, 2017).

V. Liderazgos y partidos populistas

De forma independiente de su ideología, el populismo es “una política para gente ordinaria por líderes extraordinarios que construyen perfiles ordinarios” (Taggart, citado en Mudde & Rovira Kaltwasser, 2019, p. 105). Pero, a pesar de que frecuentemente hablamos de una acción de carácter personalista, la de traducir la heterogeneidad social en homogeneidad política mediante la organización de la diversidad social en la unidad de lucha frecuentemente, los grandes movimientos populistas solo han trascendido cuando sus dirigentes fueron capaces de implantar estructuras organizativas que autónomamente fueran capaces de sobrevivir a los vaivenes coyunturales (Vilas, 2018).

La noción de acción política racional, integrada en el enfoque político-estratégico de K. Weyland, define a los líderes populistas como políticos que utilizan una serie de tácticas para concentrar el poder e impulsar su liderazgo personal basándose en el respaldo de un gran número de seguidores con intereses difusos y que carecen de un compromiso firme con principios ideológicos (Weyland, 2017)¹⁰. La consecuencia directa de esta conceptualización es el uso de herramientas de democracia directa para legitimar sus acciones. Por esta razón, que el líder se someta a la voluntad popular, buscando en realidad neutralizar *ex ante* cualquier petición de responsabilidad, hace posible hablar de populismo en términos de un poder re-

¹⁰ Desde la llegada de la teoría de la elección racional al campo de las ciencias políticas, autores como A. Downs han sostenido que los líderes políticos “buscan el cargo únicamente para disfrutar de los ingresos, el prestigio y el poder que conlleva el manejo del aparato de gobierno” y que “los partidos políticos en una democracia formulan políticas estrictamente como un medio para ganar votos” (Downs, citado en Rueda, 2021, p. 169). Según este punto de vista, todo líder político quiere maximizar la utilidad, lo que significa que cuando se enfrenta a una serie de opciones, elige siempre la que cree que mejor servirá a sus intereses particulares -ya sea en votos, cargos públicos o escaños legislativos- (Freidenberg & Casullo, 2018).

constituyente que apunta a construir una autoridad fuerte y centralizada, al mismo tiempo que una vasta cohesión social (Urbinati, 2019a).

Ahora bien, ¿cómo podemos saber cuándo un político es un actor que busca poder o alguien que quiere ganar poder para implementar ciertas políticas basadas en ideologías? K. Weyland (2017) intenta sortear esta realidad trazando una diferenciación entre sujetos populistas que ansían exclusivamente el poder personal e ideócratas que emplean el poder como medio para implementar medidas de base ideológica. No obstante, esta dicotomía es cuestionada en tanto que las estrategias electorales de muchas figuras populistas fomentan un “radicalismo ideológico tan notable que acaba confinando a sus protagonistas a los márgenes políticos, limitando su capacidad para ganar respaldo de amplios sectores representativos del pueblo” (Rueda, 2021, p. 172)¹¹.

Tanto el enfoque ideacional como el enfoque discursivo definen al populismo como una categoría política que siempre y necesariamente va acompañada de elementos ideológicos adicionales. Por esta razón, mientras que los estudios de K. Weyland son catalogados de líder-centristas en tanto que, a diferencia de los partidos políticos, concluyen que la relación entre líderes populistas y su audiencia no está institucionalizada y es fluida (Weyland, 2017), académicos como C. Mudde, E. Laclau o R. Inglehart se oponen frontalmente a esta idea, tomando el partido o el movimiento político como unidad de análisis (Mudde & Rovira Kaltwasser, 2019). En realidad, la clave de la tesis de K. Weyland se encuentra en el grado de desorganización e inestabilidad de las masas populistas, así como su escasa conciencia ideológica en comparación con otros perfiles de votantes. Si bien, este argumento es similar al concepto de “institucionalidad sucia” (Ostiguy, 2017) y tiene solidez empírica, la realidad nos ha demostrado igualmente que un gran porcentaje de votantes de candidaturas populistas provienen de partidos ideológicamente similares e institucionalizados (Müller, 2017).

Esta idea rechazaría la noción de la que la movilización populista es incompatible con la política partidaria. La historia más reciente ha mostrado cómo muchos líderes populistas han sido capaces de fundar partidos con capacidad de competir y ganar elecciones rutinariamente, al igual que muchos partidos no populistas, pero con importantes redes clientelistas y vínculos con *lobbies*, han abanderado el encumbramiento al poder de algunos caudillos (Ostiguy, 2017). En efecto, “la mayoría de los populistas son *insider-outsiders* en lugar de verdaderos *outsiders*” (Mudde, 2023).

¹¹ Por ejemplo, Marine Le Pen, aun siendo consciente de que su programa y su partido encuentran serios obstáculos para ganar unas elecciones presenciales en segunda vuelta, no ha abandonado su discurso ideológico. Por el contrario, el kirchnerismo racionalmente se ha definido por sus “constantes esfuerzos por reorganizar el campo político alrededor de una visión dicotómica de la realidad social”; señalando diferentes enemigos del pueblo como “el menemismo, las empresas extranjeras, el Fondo Monetario Internacional, el campo, los medios o la corporación judicial” (Peruzzotti, 2017, pp. 155-156).

Aunque la distinción puede resultar dudosa, en parte porque el kirchnerismo, entendido como una de las múltiples ramificaciones del peronismo-, se encuadraría mejor en un marco de identidad política típico en el presidencialismo latinoamericano, el primer caso aludiría a un paradigma de político ideócrata, mientras que el segundo sería un prototipo de movimiento populista cuya fuerza impulsora es política, no ideológica. Rara vez los movimientos o líderes populistas son posibles de definir ideológicamente y se decantan más por maximizar votos y poder satisfacer las preferencias del votante medio (Rueda, 2021).

En este punto, es preciso diferenciar entre institucionalización partidaria populista e institucionalización partidaria programática. Los partidos programáticos gobiernan y movilizan a sus militantes y votantes sobre posicionamientos ideológicos estructurados, coherentes y públicamente reconocibles. A diferencia de ellos, dado que tienen un programa ideológico fluctuante, los partidos populistas utilizan el clientelismo y el mecenazgo como mecanismos de reclutamiento alrededor de la conexión vertical del líder con sus seguidores (Freidenberg & Casullo, 2018). Esto sumado a la constante aclamación y legitimización plebiscitaria del líder explicaría la enorme dificultad del populismo para afianzar su mandato a medio o largo plazo (De la Torre, 2001).

Esto no quiere decir que no haya diferencias entre partidos programáticos y populistas, pero estas dos categorías no son dicotómicas, sino que difieren en grado. Un movimiento populista puede hacer la transición a un partido populista y luego a uno programático o, a su vez, un partido programático puede dar lugar a un liderazgo populista. No hay, en suma, nada esencial o fijo sobre la naturaleza de un partido: las elecciones estratégicas hechas para ocupar un lugar u otro en el espectro tendrán que ver con factores internos y externos, las demandas de la sociedad y las posiciones relativas de los otros partidos que compiten en el sistema (Freidenberg & Casullo, 2018).

Por último, K. Weyland completa su perspectiva señalando un elemento clave del éxito del populismo, que suple la precariedad movilizadora de sus partidarios pero que resulta necesario para solidificar la relación directa entre el líder personalista y las masas: el carisma. Para uno de los máximos exponentes del enfoque ideacional como es C. Mudde, la fórmula secreta del avance electoral de los líderes populistas no reside en un carisma superior al de sus homólogos (Mudde, 2017); empero, la aproximación socio-cultural del politólogo P. Ostiguy (2017), encuadrada en la corriente performativa, sí pone en relieve la trascendencia del liderazgo carismático en los populismos.

De esta forma, superando la dimensión dual izquierda-derecha, Ostiguy introduce el “eje político alto-bajo”. El alto representaría un estilo político más sublimado y sofisticado, mientras que el bajo haría referencia a un enfoque más personalista, culturalmente nativista y menos sublimado. Pues bien, dado que el populismo no es un fenómeno exclusivamente de “arriba hacia abajo”, la conexión bidireccional entre líderes populistas y una base social se establece a través de “apelaciones bajas” de inspiración histórico-culturales que difícilmente trascenderían de no ser por un magnetismo afectivo-emocional del orador que las proclama (Ostiguy, 2017, pp. 77-84).

Finalmente, otra cuestión a tener en cuenta es cómo el populismo rescata la identificación con el líder. En este supuesto ya no hablamos de proximidad de los gobernantes con los ciudadanos, sino cómo los líderes populistas se valen de las ventajas de la personalizar el pueblo (Casullo, 2019). La política inmediata que prescinde de intermediarios entre el político y su electorado nos hace diferenciar entre líder populistas y líder de proximidad. No obstante, mientras que la identificación populista “yo soy un pueblo” tiene una dimensión colectiva que redundante en una identificación con el conjunto de los ciudadanos, la lógica de proximidad se traduciría en “yo soy usted/tú”. Precisamente, enlazando con el concepto de “investidura radical” y cómo la identificación populista es constructora de un pueblo en el sentido laclauniano, la identificación de proximidad es contraria a la populista porque ni es carismática, ni tiene una dinámica singularizante ni promueve la admiración más allá de simplemente resaltar los rasgos que hacen ordinarios a los líderes (Annunziata, 2021, p. 228).

VI. El populismo como desafío a la democracia liberal

Dado que “la representación política y la soberanía popular siempre tienen manifestaciones que van mucho más allá del mero ejercicio electoral, de modo que cuanto más sólida es una democracia, tantas más expresiones e instancias acoge” (Pasamar, 2021, p. 139), la democracia electoral-representativa ha multiplicado sus dimensiones. Por este motivo, toda democracia está completada con formas contra-democráticas de expresión de la soberanía popular, de modos no electorales de construir la legitimidad o con diversas alternativas de crear una sociedad igualitaria (Annunziata, 2021).

P. Rosanvallon (2020), en virtud de la clásica distinción entre buenas y malas formas de organización política, identifica tres formas de democracias límite: la democracia minimalista, cimentada en el rol schumpeteriano del ciudadano como electoral, que puede derivar hacia una oligarquía electiva; la democracia esencialista, de inspiración marxista en pro de un orden social comunitario, fácilmente transformable en totalitarismo; y la democracia polarizada o populista, que puede generar en “democradura” cuando organiza los medios para perpetuarse en el poder. Así, cada una de ellas enfrenta a la democracia contra sí misma y puede derivar en una forma degenerada de democracia (Magrini, 2022). Curiosamente, desde una visión historicista del fenómeno populista, vemos cómo “la sustitución de la idea de independencia política por la de adhesión, de la representación parlamentaria por el referendo, y de los espacios de diálogo por ámbitos de enfrentamiento contra una supuesta oligarquía omnipresente o contra la presencia de partidos políticos opositores a los que se niega la capacidad de representar intereses generales” (Pasamar, 2021, p. 138) aproximan hacia sus límites a muchas democracias.

Esta amenaza del populismo de acabar con la impropiedad del poder, gracias a la reducción de lo democrático a lo electoral y la toma del referendo como mecanismo predilecto, subyace de la idea de C. Lefort de que el poder debe designar también un “lugar vacío” (Rosanvallon, 2020, p. 167). El filósofo francés sostenía que la democracia no podía exclusivamente fundarse en el libre consentimiento de los ciudadanos sino ser un régimen donde el poder designara también un lugar vacío (Magrini, 2022). De este modo, en aras de buscar la reversibilidad de las democracias populistas, P. Rosanvallon aboga por sustituir “el poder de todos”, como fuente de legitimación democrática reducida a la noción de aritmética-electoral de un pueblo-número de plebiscitos, por “el poder de cualquiera”. Y a su vez, este por “el poder de nadie”, es decir, el poder democrático no se puede confiscar (Pasamar, 2021).

Al fin de cuentas, la clave de la controvertida relación entre democracia y populismo descansa sobre la naturaleza monista y moralista de este último. Si entendemos la democracia desde el argumento de Schumpeter, se trata de una combinación de la soberanía popular, el gobierno de la mayoría con la protección de los derechos de la minoría, el Estado de derecho y la separación de poderes (Mudde, 2023). Ahora bien, es con esa definición de democracia con la que el populismo no simpatiza al considerar que no hay minoría legítima que esté por encima de la voluntad general del pueblo. Dicho de otro modo, “el populismo está a favor de la democracia, pero en contra de la democracia liberal” (Mudde, 2023, p. 19).

Lo que distingue a los políticos demócratas de los populistas es que los primeros entienden su representatividad como hipótesis que pueden ser refutadas empíricamente a través de los resultados reales de procedimientos regulares e instituciones como las elecciones (...). En cambio, los populistas persisten en la reivindicación absoluta de su representatividad moral pase lo que pase; como esa reivindicación tiene una naturaleza moral y simbólica, y no empírica y natural, no puede refutarse (Müller, 2016, p. 8). De esa simplificación maniquea del conflicto social nace el populismo y su

consustancial antipolítica, lo que imposibilita la capacidad de negociación o acuerdo alguno. En este sentido, la defensa imperiosa de un pueblo con voluntad única que trasfiere su responsabilidad política al líder populista se enlaza con la oposición radical a la democracia representativa en tanto que esta refleja a la perfección la división pueblo-élite o representados-representantes (Rivero, 2017). Por ello, la retórica populista rechaza la dicotomía izquierda-derecha y prioriza en su lugar el eje arriba-abajo.

En las últimas décadas, muchas cuestiones económicas y/o políticas, tales como la migración, se han despolitizados, trasladándose a la arena judicial. En ocasiones, aunque estas maniobras se han ejecutado dentro de los límites democráticos, dado que no figuraban en las campañas electorales de los partidos políticos tradicionales o la mayoría de ellos tenían posiciones casi idénticas, fueron decisiones que se adoptaron de forma ajena al control popular (Mudde, 2023). Así, la desorientación causada entre los electores ante la adopción de medidas anticrisis que ni son informadas ni debatidas lo suficiente por cuanto son impopulares o se cree que cuentan con legitimación social, es aprovechada por discursos demagógicos que encuentran en ellas mala voluntad y afán oligárquico contra el sufrido pueblo (Rivero, 2017). A partir de ese momento, la ruptura de comunicación entre representados y representantes, ya carentes de autoridad, da alas al populismo que identifica en el escándalo el remedio de su propia crisis.

Sin embargo, lo impolítico no necesariamente implica pasividad. De esta forma, frente a quienes vislumbran en lo impolítico el nacimiento del populismo, P. Rosanvallon reseña su capacidad de construir lo común en muchas sociedades gracias a la combinación del rechazo al *establishment* con fuertes liderazgos (Annunziata, 2021). Este argumento, aunque oponiéndose radicalmente a los demás preceptos defendidos por Rosanvallon, también coincide con el razonamiento de E. Laclau y C. Mouffe: la conformación de un pueblo es la principal aportación del populismo a la democracia, algo que es “condición *sine qua non* del funcionamiento democrático” (Laclau, 2005, p. 186). En esta misma línea, el politólogo sudamericano C. Vilas (2018) reseña positivamente cómo el populismo se configura como herramienta para ampliar el alcance sustantivo de la democracia mediante la incorporación de nuevos sujetos e intereses antes postergados, o la pensadora C. Delsol (citado en Massini-Correas, 2016) que encuentra en la pretensión universalista y de emancipación de la democracia liberal las causas de la aparición del populismo.

En la posición contraria, el profesor A. Rivero (2017a) enfatiza en cómo la retórica populista, paradójicamente, utiliza a su favor los aparatos democráticos para socavarlos:

El populismo, ese endemismo propio de la democracia, que resulta incluso beneficioso en pequeñas dosis homeopáticas, porque aviva el debate público, cuando traspasa el umbral del estilo político personal y se instala como movimiento político se convierte en un formidable instrumento de crítica de la democracia en su propio nombre. El resultado previsible y paradójico será que presentándose como un movimiento de regeneración puede acabar por agostar por completo las instituciones debilitadas de una democracia real (Rivero et al., 2017, p. 23).

En esencia, toda reivindicación populista actual es “una respuesta democrática iliberal al liberalismo no democrático” (Mudde, 2023, p. 21). En un escenario de despolitización, el populismo adquiere una naturaleza iliberal democrática al imponer un extremismo mayoritario, esto es, neutralizar cualquier limitación del poder de la mayoría. En cierto sentido, en palabras de Habermas, “el pueblo sólo se presenta en plural”, por lo que la concepción de pueblo como unidad homogénea y auténtica es antidemocrática (Müller, 2016, p. 6).

POPULISMO Y NEOLIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA

I. Conceptualización de Neoliberalismo: orígenes y escuelas de pensamiento

La relación entre el Neoliberalismo, un conjunto de ideas y políticas que han evolucionado desde el periodo de entreguerras hasta nuestra época actual y el populismo, es todavía una cuestión abierta. El concepto de Neoliberalismo, al que autores T. Boas y J. Gans-Morse le asocian “patrones asimétricos de uso” (Nofal, 2023, p. 586), continúa proporcionando una herramienta fundamental para comprender la economía, la política y la sociedad actuales, sobre todo porque los estudios sobre el tema continúan creciendo en riqueza y alcance (Davies & Gane, 2021; Nofal, 2023). Por este motivo, se analizará el Neoliberalismo en su contexto histórico para así poder observar las transformaciones que ha experimentado hasta la actualidad e identificar el papel que jugaron las diferentes escuelas de pensamiento en la configuración del pensamiento neoliberal y en el impacto de sus políticas.

El liberalismo, entendido como una tradición política que defiende la libertad como valor supremo, así como los derechos civiles y políticos, es una tradición política que se remonta a finales del siglo XVII (Morresi & Vicente, 2019). El pensamiento económico de Adam Smith y su “mano invisible”¹², conceptualizada como la no intervención del gobierno en los asuntos económicos, sienta las bases epistemológicas de la liberalización de los mercados que estamos viviendo en la actualidad (Steger & Roy, 2011). Ahora bien, aun pudiendo considerar el liberalismo conservador como el germinador del Neoliberalismo, el Neoliberalismo es algo distinto. Conforme a la definición aportada por S. Morresi & M. Vicente, “el Neoliberalismo es, ante todo, un proyecto ético-político surgido de un colectivo intelectual antisocialista que procura la expansión de la libertad en un sentido muy limitado - como ausencia de impedimentos deliberados a la acción individual-, a través de la mercantilización de objetos, sujetos y espacios” (2019, p. 2).

Para el sociólogo mexicano F. Escalante (2016; 2017), el Neoliberalismo puede estudiarse como un programa intelectual acerca de la sociedad, la economía o el derecho, tomándolo como una de las ideologías más influyentes en la vida pública de la segunda mitad del siglo XX y del siglo XXI, o como un programa político. Desde el prisma disciplinar, el Neoliberalismo es la conversión de la economía neoclásica en ideología. Así, se sintetiza en: frente a los abstencionistas defensores del famoso *laissez-faire*, “no pretende eliminar al Estado, sino transformarlo de modo que sirva para sostener y expandir la lógica del mercado”; determina qué, cuánto y para quién producir gracias al sistema de precios fijado por el mercado; “la idea de la superioridad técnica, moral y lógica de lo privado sobre lo público en especial en materia de eficiencia”; la naturaleza última de todo los individuos es perseguir su interés particular, obteniendo el mayor beneficio posible; “la política funciona como el mercado y los problemas que pueda generar el funcionamiento del mercado serán resueltos por él mismo” (Escalante, 2016, pp. 12-14).

¹² La noción de la “mano invisible” introducida por Adam Smith en *La Riqueza de las Naciones* (1776) ejemplifica cómo la ley de la oferta y la demanda puede favorecer a la sociedad en su totalidad de manera indirecta. De esta forma, este principio se basa en que en un mercado libre, el resultado de que todos persigan sus propios intereses beneficia a la sociedad en su conjunto, en tanto que cada individuo siempre buscará su interés individual (Peck, 2023).

Desde la perspectiva política, el Neoliberalismo abarcaría una serie de arreglos institucionales y medidas económicas o fiscales que tienen como fin contrarrestar las tendencias colectivistas que primaron hace ya unas décadas (Escalante, 2016). Dicho de otra forma, los neoliberales surgieron para combatir el socialismo en todas sus formas, desde el comunismo soviético hasta el keynesianismo pasando por el nacional-socialismo y el Estado de bienestar (Morresi & Vicente, 2019). Para ello, emplearon incluso todos los medios necesarios y en infinitos escenarios: ganando elecciones democráticas, derrocando al comunismo de Europa del Este, inspirando teóricamente a dictaduras como la de Augusto Pinochet en Chile¹³, reestructurando la nueva Sudáfrica tras el final del *apartheid*, o imponiéndose en las tres grandes potencias asiáticas: Japón, China e India (Steger & Roy, 2011, pp. 492-493)¹⁴.

El origen del Neoliberalismo como corriente de pensamiento se sitúa en la antesala de la Segunda Guerra Mundial, en plena crisis del liberalismo debido al auge de los totalitarismos y la regulación generalizada de los mercados. De esta forma, se celebra en París el conocido Coloquio Lippman, cuyos principales exponentes -entre ellos, W. Lippman, F. A. Hayek o L. von Mises- reivindicarán un Estado activamente impulsor del mercado (Escalante, 2017). Ahora bien, el final de la guerra y la necesidad de reconstruir las economías europeas mediante una masiva inversión de recursos públicos y una orientación política de la economía, pospusieron la agenda neoliberal. El resultado fue el nacimiento de la economía mixta y del Estado de Bienestar, inspirados en el pensamiento de J. M. Keynes y en el desarrollo de la demanda como clave para un Estado desarrollista (Edgerton, 2021).

Le sucedieron, entonces, los llamados “años dorados” del capitalismo de posguerra marcados por la industrialización, un incremento de la productividad, el auge de las democracias, la reducción de las desigualdades socioeconómicas y una rápida expansión de las clases medias. Sin embargo, sería de la crisis económica de la década de los años 70 debido al encarecimiento de los precios del petróleo y los continuos periodos de estanflación cuando las tesis neoliberales surgieron con fuerza. De esta forma, se inicia una era neoliberal como reemplazo del keynesianismo que haría retroceder el Estado de bienestar gracias a programas de “privatización en el que resonaban algunos motivos de la rebelión cultural de los años sesenta: individualismo, antiautoritarismo, la crítica de la burocracia, de los reglamentos, de la política” (Escalante, 2017, p. 37).

La crisis del keynesianismo obedeció a un ritmo clásico kuhniano de cambio de paradigma: mientras un conjunto coherente de teorías y predicciones integradas en instituciones de élite dejaron de explicar los problemas que afligían a muchas sociedades capitalistas, un grupo rival, fuertemente asociado con la Escuela de Chicago y numerosos *think tanks* y medios de comunicación, prometió aliviar las crisis, en particular la inflación. De esta forma, el

¹³ Los Chicago Boys, un grupo de economistas chilenos formados en la Universidad de Chicago bajo la tutela de M. Friedman, implementaron de forma radical, sin debate público y con el respaldo del régimen autoritario de Pinochet, una serie de políticas económicas y fiscales en un contexto de crisis para liberalizar el mercado, aumentar la privatización y reducir el gasto público (por ejemplo, en Chile se privatizó el sistema de pensiones), bajo la última pretensión de democratizar el régimen. Estas medidas, conocidas como “doctrinas del shock”, tuvieron efectos mixtos: crecimiento económico y modernización acompañados de desigualdad y malestar social. En realidad, (Steger & Roy, 2011).

¹⁴ En palabras de F. Escalante, en el Neoliberalismo “la democracia, incluso la soberanía popular, tienen muy poca importancia para el programa: de hecho, la forma política parece ser irrelevante, mientras se mantenga el libre mercado” (2016, p. 100),

keynesianismo, construido sobre las posibilidades epistémicas y técnicas del Estado en tiempos de guerra, se encontró con una alternativa con ambiciones programáticas, tecnocráticas y macroeconómicas (Davies & Gane, 2021) que buscaba una “reestructuración del Estado de bienestar para priorizar el trabajo, la familia y la responsabilidad personal” (Harvey, citado en Davies & Gane, 2021, p. 5).

Si bien, tal y como señala J. Peck (2023), los modelos “plantilla” del Neoliberalismo son cuestionados en tanto que la neoliberalización nunca es tan simple como alinear una lista de atributos como la privatización, la desregulación, la deslocalización de la producción o el Estado limitado, los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en los años 80 se consideran un fiel trasunto del Neoliberalismo (Strobl, 2023). Ya en la década de los 90, con la inflación en gran medida vencida y el capital cada vez más móvil, un modelo de Neoliberalismo más moderado se volvió hegemónico en las democracias occidentales a través de los gobiernos de Tony Blair y Bill Clinton sustentados en la Tercera Vía de A. Giddens¹⁵ (Steger & Roy, 2011). El hecho de que esta fase del Neoliberalismo fuera a menudo supervisada por partidos de centroizquierda significa que, como proyecto político, se trataba de esfuerzos para reformar y renovar el ámbito social (Davies & Gane, 2021).

Este marco de análisis se complementa con la adhesión del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial a los planteamientos neoliberales¹⁶, abandonando así sus tendencias keynesianas iniciales, y con el Consenso de Washington¹⁷ (Steger & Roy, 2011). De esta forma, la segunda fase del Neoliberalismo que surgió después de la desaparición del socialismo de Estado, confirma la idea foucaultiana de que el Neoliberalismo no es sólo un paradigma político o modelo institucional, sino un modo de subjetividad que opera a través de redes de poder dentro y fuera del Estado, echando raíces particularmente en aquellas instituciones paraestatales tecnocráticas de bancos centrales o agencias multilaterales (Davies & Gane, 2021; Peck, 2023; Vilas, 2018).

Es importante, por su parte, entender que el Neoliberalismo como doctrina filosófica no es un intento de impregnar las instituciones de la idea de los agentes humanos como *homo economicus*, sino que la dimensión normativa del Neoliberalismo va más allá de lo económico y apuesta por el funcionamiento de un mercado competitivo que requiera de un adecuado

¹⁵ Coetáneamente, en la llamada “Ola Rosa” latinoamericana, gobiernos de centro-izquierda e izquierda buscaron construir una alternativa progresista en países como Venezuela, Brasil, Ecuador, Bolivia, Chile o México ante la insatisfacción popular con las políticas orientadas al mercado de la década de 1990. En cierta medida, se intentó flexibilizar la disciplina de mercado, conciliando el desarrollismo neoliberal y políticas de bienestar social (Mattos et al., 2022).

¹⁶ Un aspecto relevante de la institucionalización del Neoliberalismo es la conocido *lex mercatoria*: un conjunto de normativas nacionales e internacionales que formalizan el poder del capital transnacionalizado y actúan como soporte institucional del Neoliberalismo. Este instrumento legitima, en palabras de S. Stoessel, a un “soberano privado supraestatal difuso” encarnado en organismos mundiales de crédito como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial que imponen a países débiles un marco regulatorio para presionarles mediante la asunción “de compromisos financieros con estos actores políticos” (Stoessel, 2022, pp. 54-55).

¹⁷ El Consenso de Washington, término acuñado en 1989 por el economista británico John Williamson, fue un acuerdo conjunto entre el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos con la intención de neoliberalizar, por medio de préstamos con intereses, los países en vías de desarrollo latinoamericanos azotados por la crisis financiera. Estas medidas incluían políticas de estabilización macroeconómica, reducción del Estado y la liberalización de la actividad comercial (Steger & Roy, 2011).

fundamento jurídico e institucional (Vallier, 2021). Por esta razón, especialmente desde la perspectiva hayekiana¹⁸, se hace un especial énfasis sobre la importancia de un Estado de derecho, no Estado administrativo, que proteja las libertades individuales frente a transferencias arbitrarias. De ahí que los neoliberales esgriman el imperio de la ley contra los que favorecen Estados más extensos, como los socialdemócratas o los socialistas, que violan el Estado de derecho en favor de intereses propios (Hayek, citado en Vallier, 2021).

Los neoliberales no confían en que el mercado se basten a sí mismo y suponen necesario reforzarlo desde el Estado, regulando o desregulando, para convertir en mercancía aquello que los colectivos de ciudadanos se empeñan en desmercantilizar. En este sentido, al contrario de lo que se suele suponer, el Neoliberalismo no tiene la voluntad de “achicar el Estado”, sino de potenciarlo para reorientarlo a la mercantilización a través de la despolitización, entendida como la ausencia de polémicas sobre aquello que se debe hacer, y la búsqueda intencional de cierto nivel de desigualdad social y económica. Esta desigualdad se supone necesaria para generar la competencia que redundará en crecimiento (Morresi & Vicente, 2019, p. 2).

A pesar de que las actuales mutaciones de la derecha política evidencia lo contrario, la diversidad metodológica y política en el proyecto neoliberal surge de la tensión, por un lado, con el liberalismo de *laissez-faire* o lo que posteriormente se conoció como libertarismo, y, por el otro, con el conservadurismo (Davies & Gane, 2021). En este sentido, F. A. Hayek, notablemente influenciado por los razonamientos de C. Menger y L. von Mises, en su obra *Los fundamentos de la libertad* (1960) sostiene que, frente al principio de autoridad y nacionalismo de todo conservadurismo, las fuerzas espontáneas de la libertad de mercado derrotan toda forma tradicional de autoridad -sean estas la Iglesia, el Estado o la familia- y permiten el movimiento sin fricciones de capital y mano de obra a través de las fronteras nacionales (Peters, 2022).

Si bien en la figura de F. A. Hayek la distinción entre Neoliberalismo y conservadurismo es parcialmente visible, salvo en su comprensión idiosincrática de la justicia social (Vallier, 2021), los límites entre Neoliberalismo y libertarismo cada vez se vuelven menos inteligibles en él, sin llegar a la postura anarcocapitalista de M. Rothbard. De hecho, en su libro *La Desnacionalización del dinero* (1976), el filósofo austriaco se aleja de un proyecto que busca redefinir la lógica del gobierno y del Estado según las líneas marcadas por el mercado, y en su lugar busca romper el monopolio del Estado sobre la oferta monetaria en una apuesta por mejorar las libertades individuales de los consumidores (Peters, 2022).

Todas estas ideas pueden vincularse, además, con algunas de la Escuela de Chicago. Uno de los fundadores de la “tercera” Escuela de Chicago, el Premio Nobel M. Friedman, es un claro paradigma de cómo la capacidad de los pensadores neoliberales para trabajar con sus colegas conservadores y libertarios, a menudo con fines políticos particulares, ha tenido como resultado el éxito continuado del Neoliberalismo (Davies & Gane, 2021). M. Friedman, por ejemplo, une de tal forma el conservadurismo y el libertarismo que, no solo prescribe un perfil limitado para el gobierno sino que también asigna una posición privilegiada a la familia, no al mercado, como institución central de la sociedad capitalista moderna. Este ataque al

¹⁸ F. A. Hayek, en su famosa trilogía *Derecho, legislación y libertad* (1973) ofrece una distinción entre el orden espontáneo, propio de los sistemas económicos descentralizados de libre mercado, y el orden organizado, desarrollado en las economías centralizadas y planificadas. Para el economista de la Escuela Austriaca, el orden espontáneo del mercado es autosuficiente de ahí que los individuos interactúen voluntariamente de acuerdo con sus propios intereses. De esta forma, razonamientos como la justicia distributiva o social solo cabrá como propuesta dentro de los sistemas planificados (De Vega, 2023).

paternalismo estatal, así como el llamamiento a favor de formas privatizadas de bienestar, le permitió coaligarse con algunas figuras relevantes del conservadurismo moderno (Vallier, 2021).

El individualismo neoliberal encaja a la perfección con la defensa de la familia tradicional, esa que funciona de estabilizador social, espacio de control social (...). Los lazos familiares se muestran así imprescindibles para absorber los choques y la indeterminación que provoca el libre mercado, ya que se pretende desmontar cualquier soporte bienestarista mientras se liberaliza -se precariza- el trabajo y se dejan los bienes básicos a merced de la “mano invisible”. Así, el Neoliberalismo utiliza a la familia para reducir funciones del Estado. De hecho, después de la crisis del 2008, con los recortes y la austeridad propios de la salida neoliberal, la familia se ha vuelto más importante para la supervivencia de las personas (Cooper, citado en Alabao, 2020, p. 7).

A lo sumo, así como el keynesianismo fue desplazado por un paradigma que guardaba ciertas semejanzas formales con él, el Neoliberalismo está siendo corroído y desplazado por “lógicas populistas y proteccionistas” que, parcialmente, coinciden en la desconfianza hacia el Estado, el énfasis en la descentralización o su reformateo de la subjetividad individual, pero que desplaza al razonamiento neoliberal de “los términos de economización y mercantilización” (Davies & Gane, 2021, p. 13). Dentro de lo que se conoce en el mundo académico como “PosNeoliberalismo”, podemos presenciar variedades denominadas de “redescentralización”, mediante una renovación del ataque al Estado liberal y tecnocrático, en nombre de una libertad más auténtica. En este frente, las tendencias posneoliberales operan en los márgenes del sistema, perturbando la capacidad del gobierno para gobernar y reafirmando la autoridad de la propiedad privada y los modos de gobernanza privada. Pero, igualmente, encontramos variedades de “recentralización”, devolviendo poderes a la nación y al soberano -como este sea entendido-, que habían sido robados por autoridades tecnocráticas, multilaterales y financieras (Vallier, 2021).

No obstante, tal y como recuerda F. Escalante (2017, p. 43), aun siendo abiertamente beligerante y enemigo del Estado, el Neoliberalismo “necesita de un Estado fuerte pero con un programa de firme defensa del mercado”. Por eso, cuando el carácter individualista y antiautoritario del Neoliberalismo se extralimita, sin ninguna forma de coerción que restrinja la acción individual, se llega a un escenario que el economista francés T. Piketty denominó “hipercapitalismo moderno” (Edgerton, 2021). Esta es una etapa avanzada del capitalismo caracterizada por la extrema concentración de riqueza y la profundización de las desigualdades, alimentada por políticas y dinámicas neoliberales. Esta situación plantea desafíos significativos para la justicia social y la cohesión económica a nivel global que desencadenará en el augurio de J. M. Keynes sobre la “eutanasia de los rentistas”¹⁹ en medio de una inestabilidad en el sistema financiero (Mattos et al., 2022, p. 35).

¹⁹ En contraste con las tendencias neoliberales de beneficiar a los rentistas y aumentar la desigualdad económica, J. M. Keynes introdujo en su obra *La Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero* (1936) el concepto de la “eutanasia de los rentistas”. Según el pensamiento del economista británico, una economía marcada por tasas de interés bajas y abundancia de capital fomenta la inversión productiva y el crecimiento inclusivo, reduciendo así la influencia de los inversores pasivos que simplemente ganan ingresos por poseer capital (Edgerton, 2021). Al perder su capacidad de restauración, el capitalismo estaría en un estado de entropía, muriendo por autodestrucción (Mattos et al., 2022).

En pocas palabras, la literatura estudiada destaca la regulación financiera y el modelo de acumulación de capital como las principales características económicas del Neoliberalismo. Siendo profundas las transformaciones neoliberales, no solo en la promoción de la acumulación de capital sino, además, en el campo de las ideas, en la confrontación de narrativas y en la configuración de un modelo de sociedad capitalista, la experiencia internacional reciente en países de América Latina a más de cuatro décadas de la hegemonía del Neoliberalismo demuestra cómo la tendencia estructural de mantener una política macroeconómica moldeada por la ideología del libre mercado no es una ley natural irrevocable, pero sí es difícil modificarla (Mattos et al., 2022).

II. El neopopulismo y la compatibilidad entre populismo y Neoliberalismo

El populismo y el liberalismo son, en sus formas clásicas, filosóficamente excluyentes (Armony, 2021). Mientras que el liberalismo, como tipo ideal, defiende el principio de un vínculo universalista, electivo y contractual entre individuos libres y racionales, el populismo generalmente se ha asociado a una visión romántica, orgánica y naturalista del orden social (Stoessel, 2022). Si atendemos a la lógica laclauiana sobre la diferencia entre una concepción heterogénea y una homogénea del pueblo, “el populismo es una auténtica revolución porque las cadenas equivalenciales de la heterogeneidad social permanecen y nunca se disuelven en la lógica diferencial o institucional”, en cambio, aunque haya un discurso radical de ruptura con la oligarquía imperante, “si se abandona la heterogeneidad equivalencial articuladora del *plebs*, entonces no hay populismo”. De esta manera, el Neoliberalismo tomado como una suerte de populismo de derecha no sería populismo *per se* porque la “heterogeneidad consustancial revolucionaria se abandona para ser reemplazada, nuevamente, por una unidad homogénea” (Laclau, citado en Cordero, 2023, pp. 154-155).

Entonces, ¿de dónde viene la correlación entre Neoliberalismo y populismo bajo el título común de neopopulismo? El término neopopulismo ha sido comúnmente empleado por algunos intelectuales sudamericanos para denominar a aquellos regímenes políticos, caracterizados por liderazgos fuertemente personalizados y un apoyo electoral amplio entre sectores sociales con escasez de recursos, que hace más de tres décadas implementaron una batería de reformas macroeconómicas y sociales de corte neoliberal en América Latina. Así, “la partícula *neo* antepuesta a *populismo* destacaría esa dimensión inesperada de un concepto tradicionalmente asociado a diseños macroeconómicos y sociales de características más bien opuestas” (Vilas, 2003, p. 13).

Por regla general y tomando como ejemplos, entre otros, los gobiernos de Alberto Fujimori en Perú, Carlos Salinas de Gortari en México y Carlos Saúl Menem en Argentina (Cordero, 2023), la hipótesis neopopulista surge de un reduccionismo por parte de la literatura de un fenómeno profundamente complejo a alguna de sus partes constitutivas. En realidad, se estaría reduciendo el hecho populista contemporáneo a algunas políticas de flexibilidad fiscal unidas a una fuerte personalización que “ni son exclusivas del populismo ni fueron implementadas por todos los regímenes populistas”²⁰ (Vilas, 2003, p. 19).

²⁰ Además, conforme a la lógica sartoriana del estiramiento conceptual²⁰, esta nueva generación de líderes políticos latinoamericanos que en los años 80 y 90 personificaron “algunas características del populismo clásico para llegar y mantenerse en el poder (...), pero desplegando políticas neoliberales que distaban completamente del populismo

En esta línea, en su obra *Las raíces liberales del populismo* (2015), el profesor J. L. Villacañas argumenta que el populismo, lejos de ser una ideología opuesta al Neoliberalismo, en realidad surge de ciertas tensiones internas dentro del propio liberalismo²¹. Tomando la concepción neoliberal de que la política funciona como el mercado, no sería una apreciación menor como ésta cuestiona la idea de interés público. Por tanto, si admitimos la noción de la “ley de hierro de la oligarquía”²², los impuestos, el gasto público y la capacidad de endeudamiento serán limitados al máximo como resultado de una dicotomía entre lo público y la privado que, entre otras cosas, favorece, al igual que en el populismo, la desconfianza en el Estado (Escalante, 2016, p. 103).

Dicho de otra forma, la retórica neoliberal aprovecha una veta antipolítica que hay siempre en las sociedades modernas, y mantiene una inclinación populista que suele ser muy eficaz. Está ya presente en la obra de Mises, también en Friedman, en políticos como Margaret Thatcher. La línea argumental es sencillísima: los burócratas se arrojan el derecho de decidir cómo debe vivir la gente, qué debe consumir o cómo tiene que educar a sus hijos; en contra de eso, la receta neoliberal es clara, obvia, transparente, que la gente decida, que los consumidores decidan, que nadie se meta en su vida. Es un programa simple, convincente, asequible para el sentido común de cualquiera (Escalante, 2016, p. 76).

El Neoliberalismo, al fin de cuentas, se impuso gracias a que ofrecía una receta sencilla, individualista y privatista que pone énfasis en la importancia del consumo para la definición de la identidad (Marquand, citado en Escalante, 2016). Si bien su individualismo a priori se traduciría en una oposición a cualquier intención populista de movilizar masas y homogeneizar sus intereses bajo un mismo discurso, quizá en la confusión de la idea antisistema de equiparar al Estado y sus instituciones con lo público sí encontramos un punto común entre el Neoliberalismo y el populismo: la idea individual sobre la concepción de lo colectivo (Escalante, 2016).

Por último, el profesor C. Vilas (2018) pone el acento en cómo las TIC permiten crear realidades sociales en un nuevo escenario distinto al de la realidad física, el de la realidad virtual, en donde las lógicas neoliberales cada vez tienen mayor cabida²³. Dicho de otra forma,

clásico nacionalista, estatista y keynesiano, estigmatizado por los teóricos del Neoliberalismo” fue catalogado como “populismo económico” por algunos intelectuales neoliberales como J. Sachs, R. Dornbush o S. Edwards (Sánchez, 2016, pp. 41-42).

²¹ J. L. Villacañas (2015) ofrece una posición crítica con el razonamiento lauchiano sobre el populismo. Para el profesor español, el éxito del populismo surge de una sociedad neoliberal que prioriza el mercado por encima de cualquier otro criterio. Esta teoría de la subsidiariedad del populismo, a diferencia de interpretaciones anteriores que lo ven como un fenómeno de resistencia, lo ubican dentro del propio éxito de los procesos de modernización.

²² La noción de “ley de hierro de la oligarquía”, desarrollada por el sociólogo alemán R. Michels en su libro *Partidos Políticos* (1911), sugiere que todas las organizaciones tienden a desarrollar una élite gobernante que actúa en su propio interés, a menudo en detrimento de los objetivos y deseos originales de la organización y sus miembros. Esta tendencia hacia la oligarquía, sin importar cuán democrática sea en sus inicios una organización, es vista como inevitable debido a las necesidades estructurales y operativas de cualquier partido político, corporación, sindicato o movimiento social.

²³ Los medios están cada vez más controlados (incluida la propiedad de su capital) por las empresas financieras, las *big techs*, las corporaciones productivas más importantes del mundo o las redes de intelectuales vinculadas a la ortodoxia neoclásica, de modo que promueven interpretaciones ultraliberales de la economía y del Estado como si no hubiera alternativa a ellos. En este sentido, L. Winters acuñó el término de “industria de defensa de la renta”

en la era de la conectividad donde las redes sociales se configuran como la principal herramienta de los poderes nacionales y transnacionales, la construcción de lazos sociales-virtuales que, debido a su carácter dicotómico y antinómico pero no dialéctico, fragmentan y subordinan a la vez a la población en relación a determinados intereses, nos permite concluir que hay una política de subjetivación que enlaza a la perfección con el modo diferencial del populismo de hacer política (Sforzin & Fernández, citados en Vilas, 2018). Así es como el populismo y el Neoliberalismo pueden tomarse como procesos políticos que configuran relaciones institucionales determinadas y que, a nivel ontológico, construyen un orden social y, con él, sujetos y subjetividades (Stoessel, 2022).

1. El paradigma latinoamericano: ¿populismo renovado o pura doctrina neoliberal?

“Las definiciones declarativas se vuelven indispensables para identificar los significados que hoy se le atribuyen al populismo” (Sánchez, 2016, p. 46). La combinación de Neoliberalismo y populismo en América Latina ha sido descrita como una convergencia paradójica entre dos opciones políticas que, aun estando aparentemente en desacuerdo, su naturaleza oportunista les hace tener una especial sintonía (Armony, 2021). El reduccionismo fiscalista que otorgó plausibilidad a la hipótesis neopopulista fue completado también por un reduccionismo personalista, asumiendo un liderazgo de alto perfil personal en regímenes presidencialistas con una mediación institucional con los ciudadanos inexistente (Vilas, 2003).

El ascenso de los que C. Vilas denominó “caudillos electorales de la posmodernidad” a finales del siglo pasado encuentra su génesis en las transformaciones estructurales, tanto a nivel social como económico, que trajeron consigo la crisis del modelo de sustitución de importaciones²⁴, el vacío ideológico dejado tras el fracaso de los ideales marxistas y el final de las políticas keynesianas y nacionalistas que se tradujeron en un mayor incremento de la pobreza y la economía informal. Por esta razón, a diferencia de los movimientos populistas clásicos en Latinoamérica como el peronismo que encontraban apoyo en las clases medias, la base social de los neopopulismos descansa sobre una alianza entre las nuevas élites emergentes y los sectores populares (Vilas, citado en De la Torre, 2001, p. 172). Por este motivo, los votantes de estos líderes neopopulistas fueron analizados como “masas marginadas disponibles”, combinándose así la “teoría de la anomía de Durkheim, entendida como la falta de orientaciones normativas claras cuando se dan procesos abruptos de cambio social, con la interpretación de Weber que reduce el carisma a la capacidad de seducción del líder (...), sin olvidar que lo crucial es que el líder carismático sea reconocido” (De la Torre, 2001, p. 173).

La recesión del Estado oligárquico latinoamericano y su modelo agroexportador de los años treinta, unida a la crisis del modelo de sustitución de importaciones, la deuda externa y la

como concepto para resaltar cómo se combinan actualmente las relaciones entre la política democrática y las empresas del sector privado (Mattos et al., 2022).

²⁴ El modelo de sustitución de importaciones hace referencia a una estrategia adoptada, principalmente en América Latina durante la segunda mitad del siglo XX, en busca de reducir la dependencia de bienes importados mediante la promoción de la producción nacional de esos bienes. Ello se materializó a través de la imposición de altos aranceles, subsidios a las industrias locales y fomento de la inversión estatal en sectores económicos básicos. Si embargo, ya en el último tercio de siglo, la baja productividad, la falta de competencia internacional, la excesiva dependencia del Estado, la inflación o la deuda externa llevó al modelo de sustitución de importaciones a una profunda crisis que sería solventada, en parte, por las políticas neoliberales del FMI y el Banco Mundial (R. Sánchez, 2016).

globalización económica estuvieron estrechamente relacionadas con un sentimiento de marginalidad del electorado que fue utilizado por los líderes neopopulistas para imponerse democráticamente en las elecciones. Igualmente, dada la dualidad que existe en este subcontinente entre el reconocimiento formal de los derechos constitucionales y la falta de implementación de estos en la práctica, el clientelismo como rasgo básico de la cultura política regional, y la exclusión de aquellos sectores que no pueden acceder a beneficios a cambio de la lealtad de determinados partidos, resultó vital para captar el voto²⁵ (De la Torre, 2001).

Sin embargo, la hipótesis neopopulista en Latinoamérica ha sido mayoritariamente cuestionada en tanto que el neopopulismo está más allá de un estilo de conducción política personalista o una política fiscal sistemáticamente deficitaria. Frente a los que encuentran el origen de estos regímenes en las crisis de representación como causa que motivó el desplazamiento de las adhesiones políticas hacia nuevos referentes, ejemplos neopopulistas como los de Argentina o Perú no coinciden en que fueran gestados a partir de crisis institucionales sino más bien a partir de un tensionamiento de la gobernabilidad tras procesos dictatoriales previos. Es más, en ambos contextos, la deslegitimación del sistema político partidista hizo eclosión después de la victoria electoral de estos caudillos populistas, y no al revés. Por último, en Salinas de Gortari y Menem se evidencia una de las mayores fragilidades de la idea neopopulista: ya eran líderes políticos veteranos con sólidos aparatos partidistas cuando accedieron a la primera línea política, no cumpliendo así con el perfil de personajes *outsiders* propio de los movimientos populistas que llegan a competir por el poder a partir de prestigios construidos en otros ámbitos profesionales (Vilas, 2003).

Entonces, conforme a la idea de W. Larner de cómo los acontecimientos en la “periferia” pueden ser tan significativos, si no más, que los del “centro” a la hora de explicar la expansión del Neoliberalismo (Rodríguez, 2021), ¿qué hace que los países latinoamericanos sean un caso instructivo para observar las políticas del Neoliberalismo? ¿Es necesario el populismo como una “forma” para que el Neoliberalismo como “contenido” sea viable en América Latina?

Diferente de la trayectoria occidental en la que el Neoliberalismo ha llegado a coexistir con instituciones socialdemócratas y de bienestar preexistentes y en donde la transición al modelo neoliberal puede considerarse comparativamente suave, la iniciación y difusión de las reformas neoliberales en América Latina fueron abruptas (Rodríguez, 2021). Dicho de otra forma, el ascenso del Neoliberalismo en América Latina estuvo marcado por una incompleta democratización, el legado de las estructuras de poder coloniales que fueron ocupadas por caudillos populistas clásicos y un autoritarismo reconfigurado hacia políticas basadas en el mercado como consecuencia de las crisis petrolera de 1970 y la inflación (Nofal, 2023). En este contexto, para sus defensores, el Neoliberalismo apareció como un modelo de desarrollo superior frente a factores como la enorme dependencia de las economías nacionales respecto a la importaciones de bienes de capital y un mercado global cada vez más integrado (Rodríguez, 2021).

²⁵ A diferencia de las subjetividades creadas por el populismo clásico, las políticas neoliberales presentaron una importante capacidad de erosión de las identidades colectivas que se tradujo, en última instancia, en la generación de las ya mencionadas “masas marginas disponibles”, políticamente desmantelas y socialmente desintegradas, que serían fácilmente manipulables en una escena pública marcada por el ascenso de las nuevas tecnologías y las “guerras culturales” en contra de la mundialización moderna (De la Torre, 2001, p. 178).

Si bien la mayoría de la literatura coincide en que las políticas neoliberales de la década de 1990 no ofrecieron una estabilidad económica a largo plazo y los índices de desigualdad de ingresos se acentuaron en la región, en el escenario político y sociológico, la introducción de recetas neoliberales durante el lapso de treinta años significó una redefinición de la relación entre Estado, partidos políticos y sociedad civil que hoy perdura. Por ello, el ascenso reciente, ya sea mediante maniobras institucionales o no institucionales, de las nuevas versiones derechistas del Neoliberalismo más reaccionario -personificado en Jair Bolsonaro, Nayib Bukele o Javier Milei- han puesto de manifiesto que, incluso cuando su influencia y poder electoral disminuyeron durante el periodo posneoliberal con los izquierdismos de la Ola Rosa, la ortodoxia neoliberal no está en crisis en el subcontinente (Rodríguez, 2021).

En definitiva, la realidad de cómo el populismo latinoamericano se adapta a la era neoliberal evidencia que ni es un fenómeno transitorio de una sociedad tradicional a una moderna, ni que tampoco es una fase más del desarrollo regional ligado a la sustitución de importaciones ni un resultado de las crisis porque también se ha dado en tiempos de estabilidad (Sánchez, 2016). Desde este punto de vista, el populismo neoliberal nace para promover la agenda económica de las élites, es decir, la liberalización del mercado, bajo una suerte de autoritarismo presidencial (Vilas, 2003). En consecuencia, los partidos de la oposición y la sociedad civil no son capaces de desafiar eficazmente las políticas neoliberales a la vez que las masas fragmentadas respaldan este tipo de liderazgo político. Esta combinación exitosa surge de la necesidad de crear “un vínculo estrecho entre líderes políticos y liderados, a través del poder personalista, políticas sociales específicas y clientelismo, en tiempos de agitación económica y movilización rápida” (Knight, citado en Armony, 2021, p. 250).

III. El auge actual de la derecha radical de carácter populista

Desde comienzos del nuevo siglo, asistimos a una desmarginación de la ultraderecha, no solo por el apoyo social y electoral que reciben las formaciones políticas de este signo ideológico, sino también por cómo han sido integradas por sistemas políticos democráticos, influyendo altamente en las agendas políticas de los partidos hegemónicos (Antón & Seijo, 2023). Tradicionalmente, los movimientos políticos ubicados a la derecha de la derecha liberal-conservadora han sido conceptualizados como un todo homogénea bajo el título de extrema derecha. Ahora bien, mientras el neofascismo y la derecha radical populista de la primera mitad del siglo XX -encuadrados en las dos primeras oleadas ultraderechista- eran fundamentalmente antidemocráticos, oponiéndose tanto a la soberanía popular como al gobierno de la mayoría, el radicalismo de derecha de los años 80 y 90 -que nace de la *Nouvelle Droite* de A. de Benoist y que se extiende hasta nuestros días-, abandona los elementos del fascismo como la violencia como método sistemático o el intervencionismo estatal y apuesta por combinar el liberalismo clásico con medidas proteccionistas (Mudde, 2016).

En este punto, sería preciso desarrollar un marco conceptual donde poder diferenciar dentro de la ultraderecha, la extrema derecha de la derecha radical. Partiendo de una naturaleza común, quizá, el elemento más importante por el que la derecha radical se desmargina y la extrema derecha no, es la asunción democrática, a pesar de que sea “una concepción iliberal de la misma” (Fernández-Vilas, 2022, p. 110).

En primer lugar, si bien la ultraderecha tenderá a priorizar una concepción cultural de la nación sobre una concepción voluntarista, negando así el momento político de la misma, la

extrema derecha enfatiza el componente racial y, en cambio, la derecha radical articula un “etnodiferencialismo” que exclusivamente contemple la inmigración regular y “de minorías culturalmente asimilable”. Por su parte, aunque el decadentismo en forma de “ultranacionalismo palingenésico” es consustancial al ideario ultraderechista, la extrema derecha mira hacia un nuevo futuro en el que se supriman las instituciones democráticas a diferencia de la derecha radical que apunta hacia el pasado, intentado restaurar un orden corrompido. Y por último, en aras de alcanzar sus objetivos, la derecha radical abandona la “violencia física como medio político” y se decanta más por un “vaciamiento de contenido de las instituciones democráticas, introduciendo tanto autoritarismo como permitan las formas políticas democráticas” (Antón & Seijo, 2023, pp. 63-66).

El politólogo C. Mudde (2016) ofrece un estándar mínimo de definición de derecha radical basado en tres características desde el supply side: nativismo, autoritarismo y populismo. En lo que respecta a nativismo, su principal manifestación es la construcción de un Estado monocultural que neutralice cualquier inmigración que suponga una amenaza contra la identidad nacional, salvo en caso de que pueda ser asimilada culturalmente. Por otro lado, el autoritarismo hace referencia a una sociedad fundamentada en la seguridad y el orden como valores principales, haciendo además inexistente cualquier cuestionamiento a la autoridad. En otros términos, nacionalismo y soberanismo se combinan en aras de homogeneizar, jerarquizar y ordenar la identidad nacional (Sanahuja et al., 2023).

Igualmente, la derecha radical contemporánea presenta tintes populistas. Empero, aun cuando el carácter populista es discutible como rasgo completamente definitorio en tanto puede ser tomado como una thin ideology, un discurso o un estilo político, es innegable que “la cuestión de la alteridad conforma el núcleo de la ideología de la ultraderecha” (Fernández-Vilas, 2022, p. 114). Precisamente, tal y como señalan J. Antón & A. Hernández (2016), la argumentación populista por parte de las derechas radicales conforme a cuatro pilares: paro, inseguridad, corrupción e inmigración, es primordial para hacer creíble un discurso todo lo autoritario que el sistema democrático permita, gracias a liderazgos carismáticos y mediáticos.

Ahora bien, cuando hablamos de derecha radical populista, necesariamente tenemos que hablar de un tipo específico de populismo: el nacional-populismo. En concreto, se identifica el pueblo con una nación idealizada de tal forma que, en lugar de adoptar la clásica invocación populista del enfrentamiento entre los de abajo contra las élites, el carácter palingenésico heredado del neofascismo lo traduce en la comunidad nacional amenazada por la inmigración y la oligarquía progresista fruto de la mundialización (Antón & Hernández, 2016). Convirtiéndose, por ende, los partidos populistas de derechas en buques insignias de la auténtica democracia más allá de cualquier lucha ideológica-partidista.

Según la política de resentimiento y conspiraciones presentes en el populismo, para la derecha radical, la injerencia de los organismos supranacionales -en materia migratoria o de lucha contra el cambio climático, las empresas multinacionales, los inversores extranjeros o las élites políticas responsables de la gestión del multiculturalismo son ajenos a los intereses del pueblo dotado de un sentido común innato y justo (Griffin, 2021). En otras ocasiones, tal y como se ha manifestado en Sudamérica, la alteridad, aun siendo a veces un inmigrante, otras tantas se ha configurado entorno al portador de “ideas foráneas disgregadoras del orden y la nación” (Sanahuja et al., 2023, p. 17).

Así, esta ideología identitaria, xenófoba, autoritaria y nativista es catalogada por R. Griffin (2000) como “liberalismo etnocrático”, es decir, un nuevo orden donde los valores

liberales no son reemplazados sino exclusivamente defendidos para un solo grupo étnico: los autóctonos. Precisamente, el éxito de estos postulados etnonacionalistas y antiinmigración²⁶, mucho más notorios en la derecha radical europea y norteamericana, ha descansado sobre la simbiosis entre *ethnos* y *demos*. Es decir, la nación étnicamente pura con las clases populares incorruptas (Lerín, 2023).

El populismo de derechas en sus manifestaciones radicales utiliza manifiestos, campañas en la prensa y las redes sociales, concentraciones públicas e incluso ataques físicos dirigidos contra los supuestos “enemigos” del “pueblo” y todo lo que se considere que socava la (esencialmente mítica) homogeneidad, identidad, soberanía o “grandeza” de la nación existente en su constitución democrática. Su finalidad es desliberalizar, pero no derrocar, las estructuras democráticas y restringir los derechos humanos a un grupo étnico concreto que se imagina como nativo y homogéneo (Griffin, 2021, p. 9).

Con todo, el nacional-populismo de derechas también se traduce en un nacionalismo antiestablishment (Lerín, 2023). No obstante, contrariamente al populismo de izquierdas, el nacional-populismo no tiene “objeciones frente al sistema capitalista per se” o contra la élite económica nacional. Aunque es cierto que se opone a la globalización y a la tecnocracia multinacional, rara vez apela al pueblo para enfatizar su crítica contra poderes económicos como la banca o el sector empresarial. En otras palabras, “se caracterizan por “pegar para abajo” en tanto antagonizan con sectores no pertenecientes a las elites económicas y sociales” (Casullo, citado en Prol, 2021, p. 40).

Además, la profunda heterogeneidad dentro de la derecha radical. A grandes rasgos, esta ideología se puede dividir entre neoliberales autoritarios y social-identitarios. Mientras que los primeros abogan por una defensa a ultranza de políticas típicamente neoliberales o libertarias, oponiéndose a cualquier intervención gubernamental y confiando en el mercado como generador de bienestar social (Crespo, 2023), los segundos, por su parte, apuestan por la implantación de una batería de políticas sociales que exclusivamente puedan beneficiar a la población nativa (Antón & Seijo, 2023). Por consiguiente, estaríamos ante un “chauvinismo de bienestar” o liberalismo etnicista (Fernández-Vilas, 2022, p. 114) en el que se implanta un “sistema de discriminación institucionalizado y validado democráticamente” con ciudadanos de primera y ciudadanos de segunda (Antón & Hernández, 2016, p. 22).

Con todo, la principal victoria de la derecha radical pasa por la normalización de su discurso. Poniendo el foco en el demandé side, el aumento de su electorado en tiempos de crisis económicas, sociales o políticas se explica a través de la conversión de temas extraordinarios en una preocupación relevante para una gran parte de la sociedad, accediendo así a las agendas políticas issues como la corrupción o la inmigración que hasta la llegada del Neoliberalismo se gestionaron al margen del debate socio-electoral²⁷ (Delle Donne, 2022; Mudde, 2023). Los

²⁶ La importancia del factor nacionalista inevitablemente plantea otra esta dicotomía entre dos singularidades: atlantistas y eurasianistas, en función de sus propios intereses nacionales (Sanahuja et al., 2023). Finalmente, otro aspecto es el relativo a los valores morales: por una parte, hay populismos de derechas que se ha apropiado de cuestiones como el feminismo o el colectivo LGBTI. Por otra parte, encontramos una derecha radical en países como Rusia, Turquía, Estados Unidos o Brasil, relacionada con el neotradicionalismo de A. Dugin, el conservadurismo radicalizado o las *alt right*, que antagonizan profundamente la ampliación de derechos civiles como el aborto o la libertad sexual (Antón & Hernández, 2016).

²⁷ Tradicionalmente, las políticas de inmigración han sido democráticas en su proceso de adopción pero antidemocrática en su espíritu de consenso. Durante muchas décadas, principalmente en Europa, se partía del

partidos de derecha radical populista “toman las crisis como estructura de oportunidad política, la cual es condición sine qua non para la organización y potencial movilización de los recursos (...) Utilizan la fragilidad de la democracia liberal y sus instituciones para integrar su discurso (...) del que se acaban contagiando otros partidos del espectro de la derecha mainstream, compitiendo por un mismo espacio político” (Fernández-Vilas, 2022, p. 113).

Todo esto se ha producido en un contexto donde dos elementos han sido claves: el pensamiento ultraderechista como normalidad patológica y los medios de comunicación como actores legitimadores. Al fin y al cabo, el ideario de la derecha radical se percibe bien conectado con las ideologías dominantes de la democracia occidental y muy en sintonía con las actitudes ampliamente compartidas por las masas. Y, asimismo, en contraste con oleadas pasadas, la sobredimensión por parte de los medios privados de los discursos centrados en la delincuencia, la inmigración, la corrupción o el terrorismo, se ha traducido indirectamente en un mayor interés por los posicionamientos de la derecha populista (Fernández-Vilas, 2022).

En este sentido, la repercusión del discurso ofertado por la derecha radical en determinados electorados se encuadrada en la denominada “revolución silenciosa”. La desarticulación de postulados conservadores en relación al rol de la mujer, la sexualidad o los derechos de las minorías, debido a la consagración de una agenda posmaterialista, ha desarticulado una reacción autoritaria de aquellos sectores que han visto amenazado sus convicciones. Con ello, se generan tres impactos: una contundente movilización del electorado conservador gracias al accionar de relatos altamente emocionales que no tienen las fuerzas más tradicionales; una mayor alienación mundial del populismo de derechas a través de redes de contacto e intercambios ideológicos y una paulatina influencia en el diseño de políticas públicas (Delle Donne, 2022).

En contra del globalismo y multilateralismo cosmopolita de las derechas liberales y conservadoras, la propuesta de la derecha radical descansa sobre el nacional/soberanismo o su alternativa individualista libertaria (Sanahuja et al., 2023). Este internacionalismo reaccionario que busca reconceptualizar el orden internacional introduciendo nuevas lógicas transnacionales de signo ultraconservador enlaza a la perfección con la doble amenaza que, según ellos, todo pueblo/nación sufre dada “la traición de las élites y la gradual desnaturalización ante la masiva llegada de inmigrantes” (Antón & Hernández, 2016, p. 25).

Es más, la argumentación del populismo etnonacionalista -compartida también por los populismos izquierdistas- apela constantemente a la visión maniquea de perdedores y ganadores de la globalización. En línea con lo expuesto anteriormente, para muchos de las formaciones radicales de derechas, la mundialización económica es consustancial a la degradación de las estructuras productivas nacionales, cada vez más carentes de una soberanía propia frente a amenazas exógenas (Antón & Seijo, 2023). De hecho, para los autopercebidos perdedores de la globalización, al agravio material a menudo se le suma la contestación y polarización de las llamadas “guerras culturales” a causa de la dinamización y apertura de las sociedades occidentales (Sanahuja et al., 2023).

supuesto de que existía un “consenso permisivo en el seno de la población que legitimaba las políticas favorables a la integración” de inmigrantes sin necesidad de un debate público. Aunque los representantes políticos eran elegidos democráticas, la mayoría de los partidos principales no solo no hacían campaña electoral sobre estas políticas sino que, además, mantenían una línea común que han mantenido al margen de la agenda política durante décadas hasta la aparición de los nuevos populismos de derechas del siglo XXI (Mudde, 2023, p. 27).

A primera vista, la tesis de los “perdedores de la globalización” parece estar confirmada por el perfil sociodemográfico del prototipo de votante de la derecha radical populista: hombre blanco, de clase media, baja formación y escasa lealtad electoral (Mudde, 2016). No obstante, este perfil generalmente mayoritario, que se repolitiza ante un escenario de crisis de hegemonía acusado por una desprotección socioeconómica de los Estados, incluye también exvotantes de posiciones conservadoras cuya radicalización será en función de cómo hayan canalizado “los resentimientos sociales contra inmigrantes y élites” (Antón & Hernández, 2016, p. 25).

En las últimas décadas, en la medida en que se volvió defensiva y se abroqueló en la normatividad de lo políticamente correcto, la izquierda, sobre todo en su versión “progresista”, fue quedando dislocada en gran medida de la imagen histórica de la rebeldía, la desobediencia y la transgresión que expresaba. Parte del terreno perdido en su capacidad de capitalizar la indignación social fue ganándolo la derecha, que se muestra eficaz en un grado creciente para cuestionar el “sistema” (Stefanoni, 2021, p. 15).

Esta idea de la corrección política, entendida como la imposición estatal de un corpus de ideas contrarias al sentido común, es explicada por P. Stefanoni en su libro *¿La rebeldía se volvió de derecha?* (2021). Para el periodista argentino, la llamada “trampa Fraser” - denominada así en honor de la feminista N. Fraser- se construye a partir del antagonismo entre derechas soberanistas, políticamente incorrectas y defensoras de la identificación con un lugar o etnia fijos, y un posliberalismo progresista, políticamente correcto, que incorpora todas las demandas del capitalismo globalizante. Ante esa “trampa”, una mayor “capacidad de la derecha populista de indignarse frente a la realidad y de proponer vías para transformarla” incapacita a las izquierdas para armar representaciones más amplias (Stefanoni, 2021, p. 15).

En pocas palabras, el éxito de este populista zeitgeist, en palabras de C. Mudde (2016), protagonizado por una derecha populista que busca ganar la guerra cultural para “librar a Occidente de la degeneración” y del “igualitarismo” mediante la recuperación de mitos palingenésicos premodernos (Antón & Seijo, 2023, p. 92), será lograr legitimidad democrática consiguiendo que la sociedad no la vincule con los idearios de derecha radical del primer tercio del siglo XX. De ahí que, reiteradamente, “se enlace la soberanía popular, la auténtica democracia y el pueblo como sujeto político decisivo y decisor para el futuro de la nación” (Antón & Hernández, 2016, p. 25).

En conclusión, la naturalización del populismo antiestablishment de derechas o del etnonacionalismo implica, en última instancia, un revisionismo de uno de los pilares claves de cómo concebimos la democracia cívica moderna: el pluralismo social y político (Lerín, 2023). Al fin de cuentas, la derecha radical populista, por más que acepte las reglas del sistema liberal y representativo, no valora la democracia como un fin en sí y menos desde que la caída del socialismo real situara a la clase política y a las instituciones liberal-representativas como los nuevos enemigos de la democracia (Schedler, citado en Cordero, 2023).

EL LIBERTARISMO DE JAVIER MILEI EN LA ERA POSNEOLIBERAL

I. Las nuevas derechas alternativas y el paleolibertarismo

La percepción irreal de que una única clase progresista de élites y tecnócratas gobierna actualmente el mundo, ya sea a través de Estados, corporaciones, organismos multilaterales o conglomerados de medios de comunicación, es común en algunas versiones del Neoliberalismo contemporáneo que se han alineado autoidentificándose contra esa nueva oligarquía que, según ellos, trata de imponer su ideología culturalmente relativista y que pretende, además, eliminar la libertad de expresión y alterar las identidades género. El viraje de las nuevas derechas hacia posicionamientos etnonacionalistas y ultraconservadores pone en cuestión si la esencia del modelo neoliberal de hace cincuenta años y si esta se mantiene intacta o no. En ocasiones, este desplazamiento hacia los extremos responde a una apuesta por la liberalización económica. En otros supuestos, se asocia a al proteccionismo y a un tipo de Estado excluye a diversidades raciales, migratorias y de género (Maher, 2023).

La crisis bancaria de 2008, sobre la que, según algunos, se actuó de modo poco liberal, pareció anunciar el cambio de aquel paradigma político que había llevado al surgimiento de las ideas monetaristas y neoliberales a finales de los años 70. En los años siguientes surgió la pregunta de si el Neoliberalismo había sobrevivido intacto o si había mutado en algo diferente. Liderados por J. Peck, los académicos plantearon la posibilidad de un "Posneoliberalismo" o un "Neoliberalismo mutante" ante el ascenso electoral de líderes y partidos populistas durante la década de 2010 que, como rechazo a la agenda tecnocrática y liberal, habían adquirido nuevas cualidades autoritarias, iliberales y antidemocráticas (Davies & Gane, 2021, p. 4).

La capacidad de los pensadores neoliberales para trabajar con sus colegas conservadores y libertarios, a menudo con fines políticos particulares, explica tanto el éxito continuo del proyecto neoliberal como por qué el Neoliberalismo ha resultado históricamente tan difícil de definir. Sin embargo, esto no implica que no haya tensiones entre estos campos (Davies & Gane, 2021). Entonces, sería preciso centrarse en cómo el proyecto neoliberal ha seguido funcionando e incluso fortaleciéndose a pesar de tales tensiones, y si las incómodas alianzas en la derecha política entre el Neoliberalismo, el conservadurismo y el libertarismo representan una amenaza potencial para la estabilidad del proyecto neoliberal como pudiera ser cualquier otra forma de oposición de la izquierda.

En este punto, considerar la continuidad del Neoliberalismo en los últimos treinta años pasa por analizar una variedad de posiciones y movimientos dentro de la derecha política que encuentran “sus antecedentes en la “alianza paleo” entre el libertarismo de M. Rothbard y L. Rockwell Jr. y el paleoconservadurismo de P. Buchanan”²⁸. El resultado de esta confluencia es

²⁸ La alianza entre paleolibertarios y paleoconservadores se materializa en la campaña de Patrick Buchanan para las primarias republicanas de 1992 en busca de “liderar una revolución populista de base hasta ahora incipiente y sin líderes contra las élites gobernantes igualitarias, colectivistas e internacionalistas” (Saidel, 2021, p. 355). Esta alianza, clave para entender el populismo neoliberal, nace de “la apelación directa de M. Friedman al hombre pequeño frente a los políticos y burócratas de Washington” representantes del *New Deal* de posguerra, del intervencionismo militar y de los programas sociales y de ajuste fiscal -lo denominado *Big Government*- (Saidel, 2021, p. 350). El principal exponente teórico de esta unión es el artículo de M. Rothbard *Populismo de derecha: una estrategia para el movimiento paleo* (1992) que daría lugar primero al *Tea Party* y luego al trumpismo (Stefanoni, 2024).

el paleolibertarismo, antecedente directo de “las actuales derechas alternativas”, que conjuga valores tradicionales a favor de “la familia, la Iglesia o las empresas como contrapeso y alternativa al poder estatal (verdadero enemigo de la libertad)” con una “privatización completa de la vida social, incluso de la justicia y las fuerzas de seguridad”. En definitiva, una promoción de “posturas nacionalistas, antiintervencionistas y antiinmigración” (Saidel, 2021, pp. 350-352).

Así, el paleolibertarismo permitía resolver aquellas incongruencias propias del libertarismo²⁹ estrictamente económico de los años 60 y 70 en relación con los preceptos paleoconservadores que tienen su origen en la *Old Right* norteamericana de entreguerras. En este sentido, a diferencia de los libertarios clásicos que rechazaban cualquier forma de autoridad, los paleoconservadores establecían una diferenciación entre, por un lado, la autoridad natural que surge de la jerarquización voluntaria de la sociedad mediante instituciones como la familia o la Iglesia, que son legítimas en tanto que todo individuo puede desertar de ellas, y por otro lado, las estructuras de poder antinaturales que son impuestas coercitivamente por el Estado (De Vega, 2023; Sanahuja et al., 2023).

Ambas ideologías muestran una profunda oposición al gobierno económico mundial ejercido por organismos financieros y comerciales que sucumbieron a la hegemonía del Neoliberalismo en la década de 1980. Sin embargo, mientras que los libertarios rechazan instituciones como la Organización Mundial del Comercio por su intervencionismo contrario al libre cambio entre empresas en el mercado global, el argumento paleoconservador tiene un sesgo más nacionalista en defensa de la soberanía nacional de los Estados (De Vega, 2023; Sanahuja et al., 2023). De igual forma, si bien coinciden con la Escuelas de Chicago en su apuesta por el libre mercado, consideran que la tesis monetarista de M. Friedman cuestiona débilmente el control estatal del dinero, la seguridad y la ley. Para M. Rothbard, “la inflación y la imposición progresiva serían los instrumentos principales a través de los cuales el Estado fiscal moderno transfiere los recursos de los productores a la clase parasitaria de los asistidos”. La inflación se convierte en “una forma de imposición sigilosa que redistribuye sutilmente la riqueza de acreedores a deudores y de ahorristas a consumidores, alterando así su distribución natural” (citado en Saidel, 2021, pp. 357-358).

En este sentido, aun existiendo posiciones conflictivas en toda la categoría de derechas alternativas, desde el conservadurismo más reaccionario hasta el etnonacionalismo y el libertarismo, lo que confiere cierta unidad a esta heterogeneidad es la creencia en el valor de la desigualdad. En palabras de A. Finlayson (citado en Davies & Gane, 2021, p. 14), “la desigualdad es un concepto central, entendido como un fenómeno natural, verificado científicamente como la base necesaria del orden civil, esencial -además- para el mantenimiento de la libertad individual, la estabilidad económica y la coherencia cultural”. Tales puntos de vista son coincidentes con la crítica abierta de F. A. Hayek a los intentos del Estado de Bienestar de igualar las diferencias naturales entre individuos (Peters, 2022).

²⁹ Dentro del libertarismo, a grandes rasgos, encontramos dos corrientes: el modelo minarquista, expuesto por Robert Nozick, basado en una “revaloración de los fundamentos del liberalismo iusnaturalista en defensa de un Estado mínimo”; y el anarcocapitalismo, representado por Hans Hoppe y Murray Rothbard, cuyos “argumentos en defensa de la propiedad privada, no tendrá la misma tolerancia con el Estado” que el minarquismo (De Vega, 2023, p. 10).

En la actualidad, la unión entre libertarios, paleoconservadores y reaccionarios de derechas en un frente común antiprogresista ha tenido éxito en distintas geografías, incluido en Latinoamérica. Victorias electorales como la de Javier Milei en Argentina demuestran justamente cómo la construcción de una única identidad política a través de la articulación de identidades ideológicas diferentes -neoliberal, populista, libertario, nacionalista o conservador- produce ese cambio de un orden neoliberal, definido por su compromiso con la competencia y la aplicación gubernamental de las reglas del juego, a un tipo diferente de orden en el que ganar mayorías a toda costa parece que se convierte en el objetivo principal (Nazareno, 2023). Sin embargo, tal y como anticipó uno de los padres intelectuales de la *alt right*, S. Francis, en su teoría de las élites, el giro del libertarismo hacia ideales de extrema derecha representados por el social-identitarismo, una vez que alcance el poder, será la antesala del triunfo del nacionalismo económico y del proteccionismo. Es decir, el libertarismo sucumbirá ante el paleoconservadurismo una vez que ambos converjan a la vez en un mismo gobierno.

En definitiva, las instituciones regulatorias y monetarias que en el apogeo neoliberal de la década de 1990 eran orgullosamente reivindicadas por la doctrina neoliberal, en los últimos años han sido gradualmente cuestionadas por cómo han abordado el estancamiento económico, la cohesión social, la crisis pandémica o el cambio climático.

Cierta dificultad reside en que esas mismas instituciones son consideradas a menudo como antidemocráticas debido a su diseño, lo que confirma, aún más, las sospechas de los movimientos populistas, antiexpertos y antigubernamentales vinculados a la derecha nacionalista o libertaria de que son los tecnócratas globalistas quienes han tomado el poder político mundial desde hace cuarenta años (Griffin, 2000). Por este motivo, no se debe hablar de una desaparición repentina de las elites, los instrumentos y las instituciones políticas neoliberales, sino de su descrédito popular e intelectual como resultado del aislamiento de la formulación de políticas económicas de la democracia y la consecuente crisis de legitimidad del orden liberal (Edgerton, 2021).

IV. Contextualización histórica del populismo y el Neoliberalismo en Argentina

Una de las respuestas al origen del populismo en el subcontinente sudamericano fue la que encontró el historiador estadounidense R. M. Morse en dos objetividades que convergen al mismo tiempo: “el culto popular a la personalidad carismática” y la encarnación de la soberanía popular por encima de las realidades individuales bajo “un concepto corporativista y casi místico del Estado”. En otras palabras, la caída del imperio español a principios de la etapa decimonónica propició que el poder central se disgregara regionalmente fortaleciendo a los caudillos que lideraron las guerras de independencia. Así, tomando como referencia a Maquiavelo en el sentido de que “la necesidad del Príncipe es regirse por leyes que proporcionen seguridad para todo su pueblo”³⁰, la cultura política en Iberoamérica se inspiró en

³⁰ Una de las primeras obras de la teoría política moderna, *El Príncipe* (1532) de N. Maquiavelo, es utilizada por el profesor A. Rivero (2017) en el libro *Geografía del Populismo* como explicación de la larga tradición populista en países como Argentina. Así, el escritor italiano describe cómo la obediencia de un pueblo frente a sus gobernantes pasa por el temor y no por el amor. Esto es, el pueblo es por naturaleza profundamente egoísta, interesado y voluble. Por este motivo, en el momento en el que la clase gobernante empieza a subir los impuestos o recorta en servicios públicos, el amor se torna en odio. Y si algo ha demostrado la historia es que ningún gobierno está a salvo del odio incensurable de sus súbditos.

una legitimidad carismática complementada con la tradición neotomista del *Pactum Translationis*: la visión orgánica del Estado y paternalista de la política nace de la enajenación absoluta que hace el pueblo de su soberanía a un monarca -en este caso, un caudillo- (Krauze, 2017, pp. 16-17).

Es por ello que en el siglo XX, en el periodo inmediatamente anterior y posterior a la Segunda Guerra Mundial, la influencia del fascismo italiano trajo consigo la conversión del caudillismo patriarcal en lo que se conoce como populismo clásico. De esta forma, personajes como Getulio Vargas en Brasil o Juan Domingo Perón en Argentina se consagraron como líderes carismáticos que ganaban elecciones bajo el juramento de hacer redimir al pueblo. Posteriormente, el control y la visión monolítica del pueblo unido a la apropiación del aparato represivo, productivo, burocrático y corporativo del Estado, les permitía eliminar la división de poderes, cancelar libertades básicas y, en última instancia, implantar un sistema dictatorial (Díaz, 2023).

A partir del golpe de Estado en Brasil en 1964, en América Latina se consagra un nuevo periodo de dictaduras militares de carácter reaccionario y conservador que se extenderá hasta el final de los años 80 con la caída de Pinochet en Chile y la recuperación de los regímenes democráticos. Estos modelos de Estado burocrático-autoritarios fueron la antesala de la segunda oleada de populismo latinoamericano, de naturaleza neoliberal, que encarnaron las presidencias de Alberto Fujimori en Perú y Carlos Menem en Argentina. Mientras la primera ola populista identificó la alteridad en aquellas élites “que se oponían a la expansión del Estado, la nacionalización de la economía y la implementación de políticas comerciales proteccionistas”, en la segunda ola populista “el pueblo fue visto como una masa pasiva de individuos” cuyo enemigo era la oligarquía corrupta que se “beneficiaron del modelo de desarrollo estatal y se opusieron a la implementación del llamado Consenso de Washington” (Rovira Kaltwasser, citado en Zanotti & Roberts, 202, p. 25).

La supervivencia del Neoliberalismo en el Cono Sur de la mano de líderes neopopulistas se debió, en parte, a la adopción de acuerdos estratégicos con empresarios y las fuerzas armadas y al apoyo electoral como consecuencia de la reducción de la hiperinflación, la reactivación de la economía y la consolidación de redes clientelares con los fondos de la venta de empresas estatales. En el caso de Menem, la institucionalización de un *Partido Justicialista* renovado, que reconocía por primera vez el derecho de la oposición a existir, y el apoyo de líderes sindicales para sus reformas aperturista y pro globalización le auguraron una estabilidad mayor a su ejecutivo (De la Torre, 2001).

Sin embargo, en este punto, autoras como P. Biglieri & G. Perelló (2018) identifican en la década menemista una prolongación de la Junta Militar del presidente Jorge Rafael Videla en forma de postdictadura. La razón de esta tesis se basa en cómo el desarrollo histórico de Argentina gira en torno a la denominada crisis de la “matriz Estado-céntrica”, construida durante el primer (1946-1955) y segundo gobierno peronista (1973-1974). Esta matriz sería reforzada durante la tercera ola populista en la región, en este caso de carácter socialista, que comenzó a finales de los años 90 con la elección de Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador y que, en el escenario argentino, sería encabeza por el matrimonio Kirchner. Estos líderes populistas se basaron en la reivindicación de la ideología del americanismo, oponiéndose firmemente a las políticas librecambistas y a los defensores del Neoliberalismo que buscaban, según ellos, imponer un modelo occidental de democracia en América Latina (Nazareno, 2023; Zanotti & Roberts, 2021).

La "matriz Estado-céntrica", caracterizada por una fuerte mediatización de las relaciones sociales por parte del Estado, entró en crisis en los años 70 debido a una fuerte devaluación del peso, encarecimiento de los servicios básicos, inflación y reducciones salariales. Curiosamente, cincuenta años después, la crisis de la "matriz Estado-céntrica" no solo no se ha superado sino que la agenda política en Argentina sigue girando en torno a los mismos temas pero con una nueva novedad introducida en la etapa neoliberal: la deuda externa. Esto se debe, en palabras de M. Nazareno, a un largo "empate hegemónico" entre dos proyectos políticos antagónicos que no pueden derrotarse por vías democráticas y se bloquean mutuamente. Esta noción, muy presente en Sudamérica, es lo que Gramsci denominó "equilibrio catastrófico" que sumerge a un país en una recesión continua (2023, p. 2).

El Neoliberalismo argentino trató de buscar salidas a esta crisis mediante diversos objetivos y estrategias de neoliberalización: primero a través de la dictadura cívico-militar (1976-1983) y la represión de los sectores populares, luego con el gobierno de Menem (1989-1999) y la reducción del rol socio-económico del Estado y, por último, con la presidencia de Mauricio Macri (2015-2019) (Nazareno, 2023). No obstante, las protestas sociales impidieron que este último gobierno pudiera avanzar hacia una triple reforma que impulsara la inversión mediante una flexibilización de uso y venta de la fuerza de trabajo, una limitación del gasto público en jubilaciones y pensiones, y una reducción del tipo impositivo a los capitales más elevados (Pascual, 2024).

Esta hegemonía del paradigma neoliberal, más o menos moderado, que surgió en la década de 1990 pero que se ha extendido hasta nuestros días con figuras de reciente relevancia regional como Iván Duque en Colombia o Luis Lacalle Pou en Uruguay, se caracteriza por su adhesión a la democracia representativa en los términos fijados por la Organización de Estados Americanos y por su apuesta por el libre comercio y la integración regional (Díaz, 2023). Sin embargo, prácticamente de forma coetánea, asistimos ante una cuarta ola de populismo de derechas en América Latina tras el buen resultado de José Antonio Kast en Chile o las victorias de Jair Bolsonaro en Brasil, Nayib Bukele en El Salvador o Javier Milei en Argentina. Precisamente, el proyecto rupturista de Javier Milei combina todas las herramientas simbólicas, culturales y sociopolíticas de las tres oleadas neoliberales previas en su país:

represión a través de un nuevo paradigma de seguridad interior; destrucción del Estado mediante la dolarización y mercantilización masivas; y supremacía de la subjetividad neoliberal potenciando afectivamente el significante vacío de "libertad". No casualmente su discurso reivindica la dictadura militar, elogia como el mejor gobierno de la historia al menemismo y rescata a Macri como un líder visionario arruinado por inútiles y/o traidores (Nazareno, 2023, p. 4).

Conforme a la opinión del politólogo estadounidense S. Levitsky, el ascenso de esta nueva derecha iliberal, que rompe por completo con la derecha moderada de los años 90 y principios del 2000 que estaba básicamente centrada en el mercado y era favorable a los derechos humanos, se traduce en una nueva agenda social y cultural más proclive al autoritarismo que la de antaño. A diferencia de hace varias décadas cuando los *establishments* políticos, mediáticos y sociales tenían mucha capacidad de presión, la actualidad es bien distinta porque líderes sin un aparato de partido detrás o sin fondos de grupos de interés son capaces de llegar a un gran volumen de votantes simplemente con un eficaz uso de las redes sociales (Muñoz, 2024).

V. La victoria de Javier Milei y el fin del empate hegemónico en Argentina

El caso de Javier Milei no es un fenómeno excepcional en una Argentina que fundó el movimiento populista más perdurable del mundo con Juan Domingo Perón, que ya tuvo a un presidente de programa neoliberal pero con raigambre nacional y popular como lo fue Menem o que en los últimos años de democracia ha introducido a *outsiders* del mundo televisivo o del deporte en la escena pública. No obstante, por primera vez, a diferencia de otros países del continente, la crisis de representatividad de los partidos ha alcanzado al peronismo, inicio y final del populismo en Argentina, poniendo así fin a la excepcionalidad nacional (Fonseca, 2023).

La economía argentina viene experimentando desde hace años un prolongado estancamiento marcado por una deuda exterior prácticamente inasumible, un déficit fiscal y una inflación sin precedentes cercanos, y una situación social extremadamente grave. En las últimas elecciones presidenciales, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina, en el tercer trimestre de 2023 se registró una inflación interanual del 142% y una tasa de pobreza superior al 40% (Pascual, 2024).

Esta recesión socioeconómica es reflejo de una crisis de explotación cuyo origen se encuentra, a su vez, en una crisis de dominación. Desde 2011, los dos grandes bloques ideológicos nacionales han sido incapaces de fijar “planes de ajuste y devaluación” que permitiese a “los capitales imponer sus condiciones para relanzar la acumulación” (Pascual, 2024, p. 539). Sin embargo, a diferencia de lo esperado ante un escenario socioeconómico de decrecimiento, la estructura de la competencia partidaria en Argentina ha gozado de una gran estabilidad en los últimos diez años y, por ende, no se ha producido una crisis de legitimidad hasta 2023. Esta paradójica estabilidad político-partidaria, antes denominada “empate hegemónico”, obedece a dos causas: un tipo de diseño institucional con un federalismo y bicameralismo real que privilegia el *statu quo* cada vez que se renueva el Senado y el Congreso³¹, y un denominado “bicoalicionismo polarizado” que tradicionalmente, desde la crisis de 2001, ha hecho imposible la supervivencia de los partidos no peronistas (Abal, 2023).

La explicación de la debilidad electoral de la derecha argentina se encuentra en la ya mencionada “matriz Estado-céntrica”. Tradicionalmente, ha existido en Argentina una élite peronista con una presencia social y económica lo suficientemente fuerte como para imponer su agenda, articulando su poder instrumental a través de *lobbies*, medios de comunicación o financiando a formaciones políticas. Aunque con la llegada del ciclo democrático en 1983 la derecha por primera vez optó por dejar las vías no electorales y accedió al poder a través de construcciones partidarias propias, no sería hasta 2015 cuando por primera vez una coalición abiertamente de centroderecha, *Cambiamos*, ganara unas elecciones presidenciales. Esta coalición, que contó con el apoyo de la tradicional *Unión Cívica Radical*, adoptó una agenda gradualista de reformas promercado, pero con una cierta ambivalencia en temas sociales y culturales, para combatir así la herencia populista de treinta años de peronismo (Morresi & Ramos, 2024).

³¹ Milei asume la presidencia de la República Argentina después de imponerse al peronismo en segunda vuelta con casi el 56% de los votos. Sin embargo, su partido La Libertad Avanza, únicamente cuenta con 38 diputados de los 257 que hay en el Congreso y con 7 senadores sobre 72. Será la primera vez que el oficialismo no cuente ni con gobernadores ni intendentes o alcaldes (Abal, 2023).

El éxito de Mauricio Macri en la política nacional de la mano de *Propuesta Republicana* se debe, en gran parte, a una estrategia discursiva de proponer futuro y antagonizar con el kirchnerismo (Biglieri & Perelló, 2018). Durante los dos mandatos de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015), el oficialismo desplazó el conflicto desde fuera, con los grandes organismos financieros multinacionales, hacia adentro, después del conflicto con los sectores agroganaderos, lo que generó una movilización que se consideró explícitamente como antikirchnerista. Esta polarización fue hábilmente empleada por la centroderecha argentina en tanto que representaba un “pegar para arriba, es decir, frente a un gobierno que tenía poder real” desde 2003 (Casullo, 2019, p. 41). Sin embargo, una vez derrotado el kirchnerismo, el gobierno de Macri no supo confrontar con una nueva oposición que le diera el éxito de años anteriores.

Desde sus comienzos, *Propuesta Republicana* contó con una nutrida y diversa presencia de perfiles ideológicos entre sus filas. Sin embargo, el deterioro de la situación económica a medida que “el financiamiento privado del gasto público se agotaba” y “la decisión de Macri de impulsar el debate legislativo sobre la legalización del aborto”, en aras de “abrazar una imagen pragmática, posideológica, concentrada en el hacer”, provocó la oposición de los sectores más derechistas. De este modo, gracias, en parte, a la presencia en redes sociales y manifestaciones públicas de “intelectuales e *influencers* de derecha que entendían que era necesario dar una batalla de ideas contra el populismo y el marxismo cultural”, se inició una convergencia entre dos grupos que “habían recorrido caminos separados durante décadas: los nacionalistas-reaccionarios y los liberal-conservadores”. Los primeros representaban una perspectiva organicista y chauvinista de la nación ante la amenaza de podres exógenos como el comunismo, mientras que los segundos, aun cultivando una visión más liberal y cosmopolita, se erguían como defensores de los valores republicanos y del orden social frente a la demagogia populista (Morresi & Ramos, 2024, pp. 2-3).

La aparición de una nueva plataforma nacionalista a la derecha de *Propuesta Republicana* de cara a las elecciones presidenciales de 2019, el *Frente NOS*, no evitó que resultara ganadora la fórmula peronista e izquierdista del *Frente de Todos*. Así y todo, la cuestionable gestión socio-sanitaria en el marco de la pandemia de Covid-19 por parte del presidente Alberto Fernández reactivó a corrientes disímiles de derechas que acabaron identificándose en su mayoría con la figura del mediático economista Javier Milei. Asimismo, los buenos resultados obtenidos en las elecciones legislativas de 2021 en la ciudad de Buenos Aires impulsaron rápidamente, junto a su entonces socio José Luis Espert, la formación de *La Libertad Avanza*. El crecimiento de este nuevo partido se debe a dos causas: las tensiones internas dentro de la coalición *Juntos por el Cambio* entre la corriente más moderada de Horacio Rodríguez Larreta y la propuesta más conservadora e identitaria de la mano de Patricia Bullrich y Mauricio Macri -denominados “halcones”; y un estridente tono de impugnación a sus rivales políticos que, si bien el discurso antipluralista está extendido por todo el espectro político nacional, se agudizó especialmente en las plataformas de comunicación no convencionales³² (Morresi & Ramos, 2024).

³² Precisamente, esta dimensión discursiva en la derecha Argentina que los autores A. Pulleiro & C. Collazo han sintetizado como “proceso de reconfiguración regresiva de los límites de lo decible en el espacio público” (2021, p. 32), es uno de los principales testimonios de cómo los mensajes de odio, de naturaleza antipolítica y de tendencia antidemocrática, promulgados por los perfiles más reaccionarios, han calado incluso en la derecha *mainstream* hasta convertirse en uno de los elementos de unión más visibles entre *Juntos por el Cambio* y *La Libertad Avanza*.

Ahora bien, si tenemos en cuenta que Javier Milei se ajusta a lo que la literatura ha conceptualizado como *outsider amateur* en tanto que, a diferencia de otros líderes radicales de derecha como Donald Trump o Jair Bolsonaro, es un líder personalista sin una estructura militante ni cuadros políticos sólidos, ¿cuáles han sido las razones que explican su flagrante ascenso? La victoria de este economista e *influencer* libertario, conforme al análisis de los sociólogos I. Ramírez & G. Vommaro (2024), se debería a la irrupción de un nuevo perfil en la cultura política de Argentina. Por una parte, para la matriz Estado-céntrica, medidas ultraliberales tales como la privatización de la sanidad o educación pública, el cierre del Banco Central o la venta de órganos suponen una novedad ideológica. Por otra parte, la *performance* populista de sus intervenciones televisivas y mítines callejeros sumado a un lenguaje y una estética agresiva, nunca antes habían sido vistos en la campaña electoral de un futuro presidente.

Igualmente, las razones del inconformismo que llevaron a gran parte de la ciudadanía argentina a votar la candidatura de Javier Milei se vinculan a la emergencia global de derechas alternativas que con un mensaje *anti-statu quo* han hecho del malestar social y del rechazo a las élites políticas y culturales su buque insignia. En el caso de la región sudamericana, oficialismos que tradicionalmente han presentado una regularidad temporal han sido acorralados por recientes erupciones electorales de *outsiders* de derechas o de izquierdas como Gabriel Boric en Chile, Pedro Castillo en Perú o Daniel Noboa en Ecuador (Schuster & Stefanoni, 2023).

Aunque la elección de Milei no debe ser leída unívocamente como un proceso de “derechización” de la sociedad, sino más bien como una manifestación de hartazgo frente al deterioro social y al fracaso de la dirigencia política de revertir esta recesión (Pascual, 2024), el repentino crecimiento de *La Libertad Avanza* responde a “un desplazamiento ideológico de los valores y actitudes de una parte importante de la sociedad argentina, en especial en materia económica”. En los últimos tiempos, dentro de la opinión pública cada vez es más común “el debilitamiento de valores vinculados a la solidaridad, la protección social y el Estado” mientras se imponen “actitudes políticas asociadas al imaginario meritocrático y a una ideología que promueve, abierta y filosóficamente, un individualismo radical”. En Argentina, “el porcentaje de quienes se declaran a sí mismo como de “derecha” pasó del 14% al 28% a lo largo de la última década mientras que la asimilación del concepto de democracia con la aspiración de igualdad cayó del 69% al 44%, y la “sed libertaria” pasó del 22% a un sorprendente 48%” (Ramírez & Vommaro, 2024, p. 167).

Uno de los rasgos más relevantes del proceso electoral argentino de noviembre de 2023 es el nacimiento de un “neobipartidismo” como resultado del desorden de las lógicas electorales que habían imperado hasta entonces. A pesar de que el voto por Milei responde a una sangría de la derecha convencional en favor de derechas radicales y, por tanto, su electorado proviene mayoritariamente de aquellos que apostaron por el macrismo en 2019, curiosamente *La Libertad Avanza* consiguió hacerse con una notable presencia en feudos tradicionalmente peronistas-kirchneristas: jóvenes, sectores populares y las provincias septentrionales del país (Ramírez & Vommaro, 2024). De hecho, un reflejo de ello es cómo la base electoral de Juntos por el Cambio y *La Libertad Avanza* es bien distinta: mientras la coalición de Macri su *core-constituency* recae sobre los sectores acomodados del país, el voto a Milei es más joven y menos feminizado, principalmente trabajadores precarios o informales (Semán & Welschinger, 2023).

El voto “anti casta” a Milei, que responde a una corriente antipopulista que también nació de la crisis de 2001 y que es contraria al Estado, a las políticas redistributivas y organizaciones sociales, presenta tanta heterogeneidad como diferentes formas de

reivindicación de la autonomía personal hay en el electorado, coexistiendo el voto libertario a la vez con elementos autoritarios, reivindicaciones democráticas o demandas de bienes públicos. De este modo, encontramos un primer público de “dogmáticos antiprogresistas” integrado “por fundamentalistas de mercado, antiglobalistas, muchas veces antifeministas, que se agregan a través de la circulación internacional las ideas de las nuevas derechas y su articulación y expansión a partir de medios virtuales”.

A continuación, mencionaremos a un segundo público que nace de la caída del macrismo, la crisis inflacionaria y la pandemia. Estas personas, sin estar alineados con los preceptos de la *alt right* occidental, encuentran en la fusión de nacionalismo y liberalismo la solución natural para frenar la masiva emigración de nacionales y poder dar así, mediante medidas libertarias como la dolarización, previsibilidad y futuro al país. Y por último, un tercer público que se consolida al calor de las elecciones y cuya volatilidad electoral es la que decanta la victoria para una candidatura u otra (V. Díaz, 2023; Semán & Welschinger, 2023).

Al antiestatismo dogmático le sucede la desconfianza y la frustración con el Estado argentino por sus desempeños concretos en salud, educación o seguridad y economía. A la viralización de *Tik Tok* sobre Hayek, Smith y diversos publicistas liberales le sigue la conexión con la experiencia del conflicto con regulaciones, impuestos que parecen obstáculos en las prácticas y las ansiedades económicas de una población que tiene en su mayoría empleos informales y corre detrás de la inflación con la sensación épica de dar una lucha desigual y solitaria. En esta masificación del mileísmo se suman los decepcionados por la tibieza de Cambiemos (que piden ir por todo reclamando la muerte del gradualismo), los ex votantes del Frente de Todos (que esperaban algo de lo que terminó siendo frustración) y los que votaron por primera vez luego de la lección anti-Estado que sacaron de la crisis pandémica (crisis que reforzó los motivos antigobierno de la mayor parte de los electores) (Semán & Welschinger, 2018, sección *Ni solo rabia, ni sólo antipolítica*, para. 2).

Así, resulta muy extraño que aquellos movimientos izquierdistas que plantearon sus causas políticas de la mano de la teoría laclauiana sobre la promoción de símbolos que equivaliesen a demandas plurales e incluso contradictorias, en la actualidad ubiquen esas cadenas equivalenciales en la estrategia de Milei y su capacidad para conquistar mayorías sociales. En esta línea, el contexto de polarización asimétrica ofrece un marco teórico que vuelve legible el ascenso a la Casa Rosada de Javier Milei. Esta polarización asimétrica en Argentina, que hasta hace poco tiempo se decantaba del lado de la izquierda debido a ímpetu reformista y a su control de los poderes socio-institucionales, en la nueva era de redes sociales y plataformas de *streaming* (Valera & Samer, 2023), la derecha liberal-libertaria ha sido capaz de promover una narrativa que conecta mejor con “la ira y el resentimiento de sociedades crecientemente frustradas e ideológicamente segregadas por algoritmos digitales” (Ramírez & Vommaro, 2024, p. 169).

La polarización asimétrica resulta especialmente peligrosa, en términos democráticos, cuando se vuelve identitaria y moralizante. En el ejemplo de Argentina, el manejo de esta polarización afectiva tan arraigada en la idiosincrasia política del país, popularmente conocida como “la grieta”, resulta clave para ser vencedor en unas elecciones (Belgrano, 2023)³³. En

³³ La denominada “grieta”, es decir, la polarización política en torno al kirchnerismo que desde hace más de diez años ha estructurado las pasiones políticas en Argentina, ha sido usada estratégicamente en los últimos comicios presidenciales. Mientras que el peronismo de Massa y la centroderecha de *Juntos por el Cambio* propusieron superarla y optar por un proceso de reconciliación nacional, *La Libertad Avanza*, por el contrario, la ha revivido

palabras de J. M. Abal (2023), mientras que el peronismo de Sergio Massa y el centroderecha de Patricia Bullrich utilizaron al candidato libertario para dividir a la oposición o para desgastar políticamente en la lucha interna de la colación *Juntos por el Cambio*, respectivamente, Javier Milei se ubicó en el centro del eje peronismo-antiperonismo, ensalzando al expresidente Menem y criticando a figuras del radicalismo para atraer a simpatizantes del peronismo que estuvieran descontentos con los pobres resultados del gobierno de Alberto Fernández.

A lo sumo, el hecho de que muchos jóvenes argentinos dirigieran “su atención hacia alguien que hablaba en favor de la libertad absoluta y contra el Estado, el discurso progresista y la “casta” política” (Abal, 2023, p. 15) se debió a que, desde los comienzos de la construcción del proyecto de *La Libertad Avanza en 2021*, Javier Milei forjó “acuerdos con partidos y figuras públicas de distintas provincias que conforman un mosaico heterogéneo, tanto en términos ideológicos como organizacionales”, que le haría rodearse de liberales, conservadores, nacionalistas, reaccionarios y libertarios (Morresi & Ramos, 2024, pp. 8-9). Todo ello, unido a la construcción de un proyecto político que trascendía la ciudad de Buenos Aires y que por primera vez podía disputarles al peronismo y al radicalismo el predominio en el interior del país gracias a la diversificación del argumentario conforme a cada provincia (Stefanoni, 2023).

VI. El “populismo de la libertad”. Análisis del perfil ideológico de Javier Milei

“Javier Milei personifica la renovación estética de una facción de la política argentina que históricamente definió su identidad de derecha (...) contra la identidad política nacional redefinida por el peronismo en el siglo XX” como movimiento popular “portador de un ideario de liberación nacional” (Torres, 2023, p. 2). Por este motivo, desde hace ya casi un siglo, Argentina ordena su política en un clivaje distinto y que supone una excepcionalidad desde una perspectiva eurocéntrica. Al igual que en muchos países periféricos, en el escenario político argentino el clivaje izquierda-derecha no es dominante, sino que su eje vertebrador es la dicotomía entre lo nacional-popular y lo liberal-oligárquico. No obstante, en ningún territorio como en este país sudamericano hubo un arraigo tan grande de movimientos nacional-populares, primero con el yrigoyenismo y más tarde con el peronismo, que permitieran una democratización de las masas a la vez que mantenían una tensa relación con las izquierdas (García, 2023).

Nacido en Buenos Aires durante la dictadura militar de la llamada Revolución Argentina (1966-1973), en su etapa estudiantil y profesional Javier Milei como economista evolucionó desde el postkeynesianismo hasta posicionamientos neoclásicos. Pero, no sería hasta la lectura de *Monopolio y competencia* (2001) de M. Rothbard cuando se convertiría en un seguidor de las escuelas de Chicago, de las obras de F. A. Hayek y L. von Mises o revalorizaría el objetivismo de A. Rand y la filosofía política de R. Nozick. En otras palabras, tal y como él mismo ha proclamado en numerosas entrevistas, todo esto le llevaría a considerarse como anarcocapitalista en términos teóricos y minarquista a efectos prácticos (Milei et al., 2019).

Inspirándose en la recomendación de F. A. Hayek “acerca de la importancia de preparar un cambio en el mercado de las ideas de manera previa a un cambio político” (Hayek, citado en Torres, 2023, p. 6), Javier Milei compaginó un perfil técnico, bajo recomendaciones de

en aras de captar votos dentro de los sectores antikirchneristas hartos de la polarización bicoalicial de hasta entonces (Vommaro, 2023).

fórmulas libertarias contrarias a las medidas coyunturales adoptadas por los gobiernos de Fernández de Kirchner, Macri y Fernández, con una predicación histriónica que le permitió alcanzar un protagonismo notable en tertulias televisivas y medios no convencionales como *YouTube* y *TikTok*. Justamente, sus exitosas presentaciones públicas en *prime time* y su faceta como *influencer* de derechas resultaron clave para encuadrarse en la batalla cultural global contra el socialismo³⁴ que líderes de derecha radical populista y nacionalistas-reaccionarios ya habían desarrollado en países como Brasil, Chile o Estados Unidos (González, 2024).

Sin embargo, no fue hasta el año 2020 cuando Javier Milei hizo su transición a la arena política, movido por estas dos consideraciones. En primer lugar, su enérgico rechazo a las medias sanitarias que el oficialismo peronista adoptó con el apoyo externo de la oposición macrista en plena pandemia. Y en segundo lugar, su evolución desde la idea hayekiana de intervenir el mercado de las ideas a través de la batalla cultural -que él mismo consideraba errática-, a uno de los razonamientos vertebrales del rothbardismo: ganar la lucha electoral contra el estatismo de las élites. Dado que el pensador de la Escuela Austriaca consideraba inútil la creación de un partido político estrictamente anarcocapitalista en tanto que el apoyo electoral y la construcción de unas bases políticas sólidas serían irrelevantes, la solución pasaba por configurar un populismo de derechas, enormemente influyente en la doctrina paleolibertaria, bajo un liderazgo personal y una retórica *antiestablishment* con miras a ganar unas elecciones presidenciales (González, 2024).

En un principio, esta idea de M. Rothbard buscaba desplazar al ala moderada del *Partido Republicano* estadounidense en favor de la candidatura de J. Buchanan durante las primarias de 1992. Sin embargo, Javier Milei adaptó esta propuesta al contexto local argentino pero sin la necesidad de efectuar compromisos o cesiones a otras plataformas políticas o figuras públicas porque él mismo creó su propia marca electoral: *La Libertad Avanza*. Igualmente, distanciándose de la postura rothbardiana en contra de la punición del aborto, apostó por un hibridismo entre el libertarismo de derechas y el nacionalismo reaccionario rodeándose de figuras conservadoras, ligadas a círculos ultracatólicos negacionistas de la represión política de la dictadura, como la actual vicepresidenta Victoria Villarruel (Goldentul & Palmisciano, 2023). Así, “en un país sin las tradiciones de “autonomía de derecha” existentes en Estados Unidos (...), Milei combinó la Escuela Austriaca en su versión más radical (la anarcocapitalista) con elementos de las derechas alternativas globales, en general de forma no muy dirigida” (Stefanoni, 2024, para. 7).

De esta manera, más allá de la autopresentación como propuesta “liberal” o “libertaria”, *La Libertad Avanza* parece representar una fusión de propuestas de derecha: políticas promercado, referencias positivas al nacionalismo (con menciones al conflicto Malvinas), al nativismo (en el sentido de la construcción de un *outgroup* compuesto por ciudadanos a las que se considera poco argentinos, como los activistas de pueblos originarios), al conservadurismo reaccionario (contra el feminismo y los movimientos LGBT), al repertorio de la *alt right* de origen estadounidense (el combate contra la corrección política), la ley y el orden (la promoción del punitivismo duro, pero también la represión de movimientos sociales de izquierda) y el desdén por la democracia liberal (vista como un método permeable a los abusos de las mayorías y

³⁴ En este punto es preciso destacar las críticas de los grupos libertarios y conservadores argentinos al macrismo, al que descalificaban como “socialismo amarillo”, en tanto que consideraban que estaba altamente comprometido con los preceptos económicos y sociales del keynesianismo y mostraban cierta benevolencia frente al llamado “marxismo cultural” (Cooper, citado en Saidel, 2021, p. 350).

porque el sistema republicano establecería inconvenientes trabas a la voluntad popular de cambios en un sentido libertariano) (Torres, 2023, p. 7).

Al igual que el paleolibertarismo rothbardiano plasmó a través del trumpismo las ideas que había teorizado veinticinco años antes, argentinos como Javier Milei y Agustín Laje, quienes se reparten en su país la lucha libertaria en el escenario económico y cultural respectivamente, entendieron la necesidad de constituir una alianza libertaria-conservadora frente a otros que privilegiaron ubicarse en espacios políticos minoritarios y más homogéneos (Stefanoni, 2023). Paradójicamente, al igual en otros países, la creación de este frente progresista, que muchos autores han señalado como antipolítica mientras que para otros es la simple proyección de un *outsider* extremista que impugna el *statu quo* heredado de sucesivos gobiernos incapaces de frenar la recesión socioeconómica, ha condicionado los devenires de la derecha argentina *mainstream* (Torres, 2023). De hecho, el maridaje que se fraguó entre Macri y Milei de cara al balotaje contra el peronismo de Massa no solo fue ejemplo de ello sino que, además, fue una exitosa táctica del expresidente argentino para ganar políticamente “lo que su espacio no ganó en las urnas” (Stefanoni, 2024, para. 2).

Con todo, el distanciamiento entre *Juntos por el Cambio* y *La Libertad Avanza* se refleja, en gran parte, por la forma adversativa que los dos espacios eligen a la hora de adoptar posibles acuerdos con otros partidos. De esta forma, el antagonismo de la doctrina liberal-conservadora con respecto al populismo y sus valores contrarios al republicanismo les permite coaligarse con la centenaria *Unión Cívica Radical* porque su origen es previo a la llegada del peronismo y les une el antipopulismo. Por el contrario, el Neoliberalismo libertario va más allá y, dado que su enemigo es cualquier forma de colectivismo, rechaza todo lo surgido al calor de la democracia de masas (Stefanoni, 2023).

Gracias a medidas como la dolarización, que ya Carlos Saúl Menem propuso en 2003, son numerosos las voces que establecen un paralelismo entre Javier Milei y el peronismo conservador o peronismo federal del expresidente Menem. Si bien el libertario ha mostrado admiración por algunas medidas del expresidente en materia fiscal como la ley de convertibilidad del peso frente al dólar uno a uno aprobada en 1991, a diferencia de los hechos que han acompañado a la campaña electoral de Milei y sus primeros meses en el gobierno, las políticas aperturistas y neoliberales que se adoptaron durante el gobierno de Menem no solo no se ajustaban a las promesas populistas que le llevaron al poder en 1989 sino que, además, fueron laxadas progresivamente con el fin de perpetuarse (Reid, 2024; Sánchez, 2023).

Más allá de si estamos ante una suerte de “neomenemismo”, una de las principales dudas que rodea al pensamiento de Milei es si se ajusta más al anarcocapitalismo o al libertarismo minarquista³⁵. Según el pensador M. Foucault, son dos los aspectos básicos del libertarismo como filosofía: su carácter radical y maximalista como reacción al conservadurismo bienestarista de los años 40 y 50, y su dimensión utópica de construir comunidades fundamentadas en un principio de propiedad que alcance a todos sin excepción. Ahora bien, las actuales corrientes anarcocapitalistas de extrema derecha, definidas por la variante paleolibertaria de M. Rothbard y que representan un importante soporte económico y mediático

³⁵ Para el libertarismo, la libertad, la propiedad privada, la ética de no agresión o el libre intercambio, como valores máximos, son un límite dado al Estado (...). Lo que distingue a las corrientes internas del libertarismo responderán al grado de legitimidad que se otorga a los ámbitos de agencia e intervención estatal y a la naturaleza que se atribuye o no a la libertad como derecho individual (De Vega, 2023, pp. 10-11).

para figuras como Javier Milei, cada vez antagonizan más con el planteamiento del libertario minarquista R. Nozick. Ambas corrientes desconfían del rol intervencionista del Estado y ponen énfasis en la libertad individual pero llegan a estas conclusiones desde metodologías distintas (Fernández, 2024).

Aliado de extremismos como Vox en España, Nayib Bukele en El Salvador o Jair Bolsonaro en Brasil, el modelo libertario de Javier Milei manifiesta una clara ambigüedad: si por momentos se opone al Estado y defiende soluciones ultraindividualistas como la libertad de posesión de armas ante los problemas de seguridad, en otras ocasiones apuesta por imponer el orden a través de una fuerte presencia del aparato estatal, cuerpos policiales y fuerzas militares. Así, a pesar de que medidas como el distópico cierre del Banco Central son propias de la Escuela Austriaca y, en especial, de M. Rothbard, en realidad el ideario mileísta es minarquista puesto que no elimina el Estado sino que lo constriñe “una mínima intervención sobre el orden natural de la sociedad y del mercado” (De Vega, 2023, p. 15). En contraste con el anarcocapitalismo, la perspectiva nozickiana muestra una dimensión utópica más compleja del liberalismo libertario, esto es, el filósofo estadounidense ofrece la posibilidad de “un Estado mínimo libertario como marco que provea seguridad jurídica y protección interna y externa - tribunales, policía, ejército- (...) en tanto admite una pluralidad de modos de vida regidos por reglas disímiles sin vocación alguna de imposición sobre los demás”. Por su parte, tal y como demostró “la tortura y represión en el Chile de Augusto Pinochet”, la opción anarcocapitalista sí contempla la posibilidad de “admitir marcos dictatoriales” con tal de alcanzar el Estado mínimo libertario, aunque ese poder dictatorial sea transitorio si consideramos el marco teórico de los Chicago Boys (Fernández, 2024, pars. 12-13).

A parte de estas puntualizaciones teórico-políticas, es indudable que el libertarismo minarquista de Javier Milei responde a una realidad muy idiosincrática de la cultura política de Argentina: el populismo. Autores como L. Gambone (2017) encuentran una relación directa entre el libertarismo y el populismo al buscar ambos debilitar el poder del Estado. En la cara opuesta, otros como N. E. Olivares, si bien destacan el carácter antirrepublicano e antipolítico del populismo y el libertarismo en tanto que atentan contra “dos principios fundamentales del republicanismo, siendo ellos la legitimidad democrática y la justicia social” e igualmente “se erigen como versiones patológicas del modelo representativo electoral”, vinculan el discurso democrático populista a “la primacía de un líder demagógico que define a la ciudadanía como un sujeto político pasivo” donde la república como “espacio político popular se reduce a un criterio unanimista”, y el discurso democrático libertario a “la primacía de un grupo de expertos o tecnócratas que atomizan la ciudadanía a un conjunto agregado de individuos autointeresados” (Olivares, 2018, p. 169).

En el caso que nos ocupa, tanto de forma previa a su incursión en la vida política como una vez ya como diputado nacional tras las legislativas de 2021, el dirigente libertario hizo uso de una estrategia populista de forma constante, valiéndose de un tono de voz y una gestualidad violentos para encarnar el hartazgo social (Tarullo & Fenoll, 2023). El modelo de comunicación de La Libertad Avanza, en primer lugar, ha buscado “establecer un vínculo con la ciudadanía”. Para ello, en muchas ocasiones ha acudido a “la contraposición de dos identidades antagónicas: una casta u oligarquía política” y a un pueblo. Si bien la ideología de Milei le impide aludir “directamente al pueblo como una identidad en sí misma, se refiere a él como un conjunto de argentinos o ciudadanos de a pie que comparten una serie de atributos positivos que los oponen a la mencionada casta” (Contreiras, 2023, p. 40-41).

En aras de “darle voz a este segundo grupo en contra de su enemigo común y se presenta a sí mismo como un outsider a fin de generar un sentido de pertenencia al citado grupo de ciudadanos de a pie que se ganan la vida en el sector privado”, en sus manifestaciones públicas, tanto en mítines, entrevistas como en sesiones plenarias del Congreso, Javier Milei usa un lenguaje coloquial que le permite presentar recurrentemente el término “libertad” o “casta” como significantes vacíos y proponer mensajes y eslóganes simples, de gran calado popular, como herramientas de confrontación con los políticos y partidos convencionales. Asimismo, “no sólo apela a una relación antagónica, sino que, además, dicha oposición se basa mayoritariamente en un criterio moral” (Contreiras, 2023, p. 41-42). Finalmente, una última herramienta típicamente populista a la que recurre el presidente argentino es la configuración de una narrativa de crisis, ya sea generando paralelismos con la situación en Venezuela o, con un criterio más técnico en materia macroeconómica, comparando coyunturas históricas que despiertan sentimientos de preocupación entre la población (Sendra & Marcos-Marne, 2024).

Con todo, la última campaña electoral de Javier Milei presenta unas lógicas no convencionales de comunicación y encuentro con sus simpatizantes que están fuera no sólo de las formas tradicionales de comunicación política, sino también de las empleadas por los líderes populistas de derecha en otros contextos nacionales. Un estudio llevado a cabo por los profesores españoles R. Tarullo & V. Fenoll (2023) concluye que, por primera vez, hay un claro surgimiento dentro de la categoría de derecha radical de un estilo de populismo libertario que omite en sus mensajes ataques contra la inmigración o las minorías culturales y sexuales, y basa su estrategia en confrontar con la élite política mediante la exaltación de símbolos patrios e imágenes de alto impacto visual en redes sociales que le permite conectar con el electorado tradicionalmente abstencionista.

En resumen, desde el momento álgido de la polarización kirchnerista en 2008 -en pleno conflicto con el campo argentino- en la que nació “la denominada grieta, en referencia a la dicotomización del espacio social en dos bloques que se presentaban notoriamente enfrentados pero que, al mismo tiempo, parecían cerrar el paso a opciones de corte más radical”, la entrada en escena de Milei es sinónimo de la llegada de “un actor no acomodable en ninguno de los dos bloques resultantes de la grieta” (García, 2023, p. 116). Milei importó a Argentina el paleolibertarismo estadounidense de M. Rothbard, pero la adaptación al ecosistema local no ha sido posible sin la derechización del macrismo y, a la vez, la moderación del programa mileísta. Así, del mensaje anticasta similar al “que se vayan todos” de 2001, se evolucionó al eslogan “kirchenismo o libertad” en “una suerte de macrismo 2.0” y, por último, al abandono de las medidas anarcocapitalistas más excéntricas como la venta de órganos o la libre posesión de armas. Otras promesas de la campaña, como el cierre del Banco Central, la eliminación de la obra pública y el cese de la financiación de las provincias, en cambio, las sigue manteniendo (Stefanoni, 2024, para. 4).

El voto a Milei, un contradictorio apoyo a candidatos de derechas si tenemos en cuenta que el oficialismo no tiene actualmente la mayoría legislativa para avanzar en ajustes, expresa el actual punto muerto o equilibrio de fuerzas anteriormente llamado “empate hegemónico”. Por esta razón, independientemente de los resultados de las elecciones pasadas, la viabilidad o no de este proyecto neoliberal se decidirá, entre otras cosas, por la congruencia de las políticas asumidas por *La Libertad Avanza* y si, ya sea desde el gobierno o la oposición, surge de nuevo una alternativa nacional-popular lo suficientemente consistente como para disputarle el poder a Milei (Pascual, 2024; Zanotti & Roberts, 2021).

CONCLUSIONES

Con la entrada en el nuevo siglo, la exitosa emergencia del populismo encuentra su origen reciente en el cambio estratégico y programático de los partidos políticos como reacción a la transformación de las preferencias en la opinión pública. Esto es, asistimos a una situación pospolítica de la democracia en la que el electorado está frustrado y ese estado emocional es aprovechado por líderes demagogos. La mayoría de los autores estudiados coinciden en que el populismo es una reacción a la implantación de la modernización que está cuestionando a las sociedades tradicionales. La globalización, la subversión del Estado-nación o los flujos migratorios se tornan en alienación frente a alteraciones que se conciben como exógenas. De esta forma, lejos de conducirnos hacia el progreso, la racionalización del mundo se traduce en un desencanto colectivo que deriva, entre otros, a la búsqueda de un liderazgo paternalista.

El campo actual de estudios sobre el populismo se puede dividir, a grandes rasgos, en dos vertientes: una en la que el populismo es visto como una amenaza potencial para la democracia liberal y el pluralismo político, y otra en la que el populismo se concibe como una revitalización legítima de la democracia corrigiendo sus déficits. Sin embargo, el surgimiento de la “contra-democracia”, es decir, manifestaciones de veto a las acciones de los gobernantes en un marco de desideologización que facilitan la formación de mayorías de rechazo, requiere de una democracia interactiva, en la que el poder rinda cuenta más a menudo, y una “democracia narrativa” -en palabras de P. Rosanvallon- que minimice los agravios de aquellos que han sido marginados. En otras palabras, en tiempos de crisis e incertidumbres, la constitución de un sujeto colectivo por parte de movimientos populistas puede y debe ser una herramienta para incitar a la movilización ciudadana en aras de conseguir gobiernos representativos más democráticos, más participativos y no tan oligárquicos.

La relación entre el Neoliberalismo y el populismo, como procesos y lógicas políticas coetáneas en el tiempo, es todavía una cuestión abierta. Algunos sociólogos latinoamericanos han utilizado el término “populismo de derecha” como sinónimo de Neoliberalismo en referencia a los gobiernos neopopulistas de Menem, Fujimori o Salinas de Gortari en la región hace más de tres décadas. La hipótesis neopopulista reduce un fenómeno profundamente complejo a una serie de políticas de flexibilidad fiscal unidas a un liderazgo fuertemente personalizado con apoyo de amplios sectores. En base a este estiramiento conceptual, ¿puede considerarse que el Neoliberalismo es populista o, por el contrario, estamos simplemente ante ejemplos puntuales de gobiernos neoliberales que emplearon estrategias populistas para superar el tensionamiento de la gobernabilidad heredado de las dictaduras militares?

Aun siendo cierto que algunas figuras académicas y políticas del Neoliberalismo han aprovechado la veta antipolítica presente en toda sociedad moderna, tomando como referencia la teoría populista de E. Laclau, el individualismo hayekiano del Neoliberalismo es antagónico a una concepción homogénea del pueblo por tanto, el Neoliberalismo y el populismo son mutuamente excluyentes. Del mismo modo, que a nivel ontológico Neoliberalismo y populismo construyen un orden social y, con él, sujetos y subjetividades, la naturaleza colectivista, clientelista, nacionalista y redistribucionista del populismo es difícil de gestionar en un entorno neoliberal. Por todo ello, la noción de “democracia delegativa”, aportada por G. O’Donnell, sería más adecuada para definir estos ejemplos de gobiernos neoliberales que sin estar liderados por outsiders, ni surgir de crisis de legitimidad democrática y que, además, fueron sucedidos por regímenes nacional-populares, desarrollaron una idiosincrasia populista para perpetuarse.

En un contexto de “Posneoliberalismo”, el cuestionamiento de la gestión de las crisis financiera, migratoria y pandémica ha traído consigo un protagonismo electoral de formaciones políticas ubicadas a la derecha de la derecha mainstream. Atendiendo al término derecha radical populista, acuñado por el filósofo C. Mudde, este tipo ideal, que afecta principalmente al panorama europeo, engloba los siguientes elementos: nativismo, autoritarismo, radicalismo y populismo. Ahora bien, ciñéndonos al escenario argentino, ¿puede entenderse el libertarismo de Javier Milei como un exponente de las derechas radicales populistas a nivel global?

El nativismo o la conceptualización étnica de un Estado, considerando a los grupos no nativos como amenazas exógenas contra la homogeneidad nacional, está muy presente en partidos como La Liga Norte italiana, el Frente Nacional francés o Alternativa para Alemania. En la realidad latinoamericana, sin embargo, el nativismo se asocia a la defensa de grupos indígenas que está muy arraigada en movimientos izquierdistas. En este sentido, el programa liberal-libertario de Javier Milei no solo no incorpora el sesgo nativista de la derecha radical europea, sino que tampoco aboga por un nativismo invertido, es decir, una oposición de las comunidades prehispánicas en favor de los orígenes europeos de la República Argentina. Al fin de cuentas, los preceptos libertarios de la Escuela Austriaca son claros: la exaltación del individuo como soberano de las decisiones adoptadas en el mercado sin importar raza, credo o sexo.

Por su parte, aunque el libertarismo es genuinamente antiestatal, su aproximación hacia los postulados paleoconservadores de la mano de M. Rothbard, figura inspiradora del mileismo, le ha llevado a mutar hacia una suerte de reaccionarismo radical. Estos ideales, muy característicos de la alt right estadounidense, rechazan cualquier injerencia de la autoridad estatal que atente contra aquellas instituciones generadas voluntariamente por los individuos. Desde esta perspectiva, si bien las medidas de Javier Milei parten de un diagnóstico sobre la decadencia de Occidente, carente de principios morales, orden o seguridad, la incorporación de ciertos valores tradicionales lejos queda de encajar en el autoritarismo de las derechas radicales. En cambio, en el carácter radical de la formación La libertad Avanza sí encontramos una mayor proximidad con la categoría de análisis fijada por C. Mudde. El hecho de que en sus discursos Javier Milei intercale argumentos a favor del Estado mínimo, la libertad individual o la propiedad privada junto a proclamas contrarias a la legalización del aborto, el matrimonio igualitario o los derechos feministas, es un síntoma de cómo la simbiosis entre el libertarismo y el conservadurismo moral necesariamente es sinónimo de radicalismo

Por último, en referencia al consenso que existe dentro de la literatura sobre estas cuestiones, hay populismo siempre que un líder político, haciendo uso de prácticas demagógicas, divide moralmente a una comunidad en dos grupos, pueblo puro contra élite corrupta, personificando al líder la voluntad redentora y homogénea del pueblo. En el caso de Javier Milei, tanto en su faceta como influencer y tertuliano mediático como en su rol de congresista nacional y ahora en la presidencia, su liberal-libertarismo le ha permitido reforzar su antagonismo contra la llamada “casta”, esto es, una alteridad heterogénea de políticos profesionales, sindicalistas, empresarios y periodistas ligados al poder, pero no definir y encarnar una colectividad. El actual presidente de Argentina no busca entre sus simpatizantes crear una categoría de pueblo, moralmente superior, sino eximir a todos los ciudadanos de la herencia colectivista que se ha configurado en el país desde la llegada del peronismo.

Por tanto, desde el enfoque laclauiano, Javier Milei y La Libertad Avanza cumplen formalmente con la matriz populista en tanto han construido, al menos temporalmente, una

identidad política articulada en base al antagonismo con la casta, la equivalencia de intereses diversos y los afectos en torno a un líder carismático. Pero, a efectos prácticos, su anhelo de despolitizar la vida pública, la actual alianza con la centroderecha argentina y su evolución de una retórica antiestablishment a eslóganes y símbolos antikirchneristas, empleados con anterioridad a la irrupción libertaria cuando el conflicto entre el oficialismo y el campo en 2008 generó la llamada “grieta”, no obedecen estrictamente al prototipo de populismo convencional que tanto ha experimentado Argentina en los últimos ochenta años.

Con todo, regresando de nuevo a la pregunta planteada, el nativismo y el autoritarismo, en los términos manifestados por las derechas radicales de Europa, están ausentes en la figura de Javier Milei y su proyecto futuro de país. Por su parte, a pesar de que se autopercibe más próximo a la teoría minarquista de R. Nozick en el campo filosófico, su inclinación paleolibertaria sumada a la adhesión a plataformas supranacionales como Foro Madrid que agrupa a las derechas radicales iberoamericanas, le acercan al radicalismo y, parcialmente, al populismo.

Igualmente, si ampliamos el campo de análisis al conjunto de la región sudamericana, es significativo cómo las condiciones que propiciaron el ascenso de los partidos de derecha radical populista en la Europa Occidental de finales del siglo XX son bien distintos a la coyuntura que atraviesa la América Latina contemporánea. La conocida como “revolución silenciosa” -término atribuido al politólogo estadounidense R. Inglehart-, que resultó clave para la movilización de un electorado en Europa que se oponía abiertamente a los resultados de la globalización económica, la inmigración y la integración regional, en el Cono Sur no ha tenido un gran calado porque no se daban los niveles de prosperidad y seguridad económica que en Europa facilitaron la difusión de valores posmaterialistas. Asimismo, en los últimos años, gran parte de la derecha latinoamericana se ha tenido que enfrentar a una desventaja competitiva en muchos ciclos electorales debido a la fuerte institucionalización del populismo de izquierda que supo capitalizar, frente al conservadurismo, el desencanto popular con respecto a las medidas neoliberales de ajuste de los años 80 y 90.

Más allá de calificar la nueva etapa presidencial en Argentina como “neomenemismo” o macrismo 2.0, la dimensión rupturista de las promesas anunciadas en campaña por Javier Milei cada vez es más inocua. La derechización de los macristas y la moderación del histrionismo mileísta, con la inclusión en el gobierno de ministros de Juntos por el Cambio, reflejan a la perfección una vocación de continuidad más allá de la contienda electoral. Con todo, la formación de un ejecutivo con perfiles tecnócratas y el apoyo de un expresidente como Mauricio Macri, que bien podía haberse identificado con la “grieta”, entendiéndola como el orden imperante, y no con un outsider, no implica que este liberal-libertarismo haya superado el prolongado empate hegemónico con el kirchnerismo ni, por tanto, que un nuevo eje vertebrador izquierda-derecha haya puesto final a la excepcionalidad política de Argentina.

En conclusión, para pensar en futuras líneas de investigación, sería especialmente interesante analizar porqué el populismo, ya sea como thin ideology o estilo político-discursivo, acaba contaminando programas e ideas de doctrinas más amplias como el nacionalismo, el socialismo o el Neoliberalismo, siendo practicado justamente desde la política partidaria a pesar de su naturaleza antipolítica. Además, también sería oportuno profundizar en la categoría de “populismo de derecha”, concretamente comparando sus múltiples manifestaciones, su notable repercusión dentro de un público joven y tradicionalmente abstencionista o el alto grado de mediatización de su discurso en relación a otros movimientos políticos.

BIBLIOGRAFÍA

Monografías

- Casullo, M. E. (2019). *¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis*. Siglo XXI Editores. ISBN 978-987-629-896-4
- De la Torre, C. (2017). El populismo y la promesa de una democracia más inclusiva. En Á. Rivero, J. Zarzalejos, & J. del Palacio, *Geografía del Populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump* (1.^a ed., pp. 54-68). Tecnos. ISBN 978-84-309-7159-6
- Escalante, F. (2016). *Historia mínima del neoliberalismo. Una historia económica, cultural e intelectual de nuestro mundo, de 1975 a hoy*. Turner Publicaciones. ISBN 978-84-16714-63-6
- Escalante, F. (2017). *Senderos que se bifurcan. Reflexiones sobre neoliberalismo y democracia* (Vol. 28). Instituto Nacional Electoral. ISBN 978-607-8711-78-9
- Freidenberg, F. (2012). ¿Qué es el populismo? Enfoques de estudio y una nueva propuesta de definición como un estilo de liderazgo. En *El populismo en Latinoamérica: Teoría, historia y valores* (pp. 1-22). Presses Universitaires de Bordeaux. ISBN 978-2-86781-828-8
- González, J. L. (2024). *El loco. La vida desconocida de Javier Milei y su irrupción en la política argentina* (1.^a ed.). Editorial Planeta. ISBN 978-950-49-8633-1
- Krauze, E. (2017). Prefacio: Arqueología del populismo. En Á. Rivero, J. Zarzalejos, & J. del Palacio, *Geografía del Populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump* (1.^a ed., pp. 18-21). Tecnos. ISBN 978-84-309-7159-6
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica de España. ISBN 978-84-375-0758-3
- Mouffe, C. (2005). The «end of politics» and the challenge of right-wing populism. En F. Panizza, *Populism and the Mirror of Democracy* (pp. 72-98). Verso. ISBN 978-1-85984-489-2
- Mudde, C. (2016). Populist radical right parties in Europe today. En *Transformations of populism in Europe and the Americas: History and recent trends* (pp. 295-307). Bloomsbury Academic. ISBN 978-1-350-03696-3

- Mudde, C. (2017). Populism: An Ideational Approach. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo, & P. Ostiguy (Eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 27-47). Oxford University Press. ISBN 978-0-19-184173-6
- Mudde, C., & Rovira Kaltwasser, C. (2019). *Populismo. Una breve introducción* (M. J. Enguix Tercero, Trad.). Alianza Editorial. ISBN 978-84-9181-396-5
- Müller, J.-W. (2017). *¿Qué es el populismo?* (C. Stern Rodríguez, Trad.; digital). Grano de Sal. ISBN 978-607-97732-4-3
- Ostiguy, P. (2017). Populism: A socio-cultural approach. En P. Ostiguy, C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, & P. Ochoa Espejo (Eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 73-97). Oxford University Press. ISBN 978-0-19-184173-6
- Peck, J. (2023). Explaining (with) neoliberalism. En *Neoliberalism and Education* (1.^a ed., pp. 17-42). Routledge. ISBN 978-1-03-218256-8
- Rivero, Á. (2017a). Antipolítica y populismo: Del «No nos representan» a «Democracia real ya». En J. Zarzalejos, J. del Palacio, & Á. Rivero, *Geografía del Populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump* (1.^a ed., pp. 41-53). Tecnos. ISBN 978-84-309-7159-6
- Rivero, Á. (2017b). Populismo: ¿Cómo destruir la democracia en nombre de la democracia? En J. Zarzalejos, J. del Palacio, & Á. Rivero, *Geografía del Populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump* (1.^a ed., pp. 31-40). Tecnos. ISBN 978-84-309-7159-6
- Rivero, Á., Zarzalejos, J., & del Palacio, J. (2017). *Geografía del Populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump* (digital). Tecnos. ISBN 978-84-309-7159-6
- Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo* (M. Cifuentes, Ed.; I. Agoff, Trad.). Galaxia Gutenberg. ISBN 978-84-18218-75-0
- Sanahuja, J. A., Stefanoni, P., Caldeira, O., Forti, S., Güemes, M. C., López Burian, C., Nemer, D., & Pereyra Doval, G. (2023). *Extremas derechas y democracia. Perspectivas iberoamericanas*. Fundación Carolina. ISBN 978-84-09-49778-2
- Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Siglo XXI Editores. ISBN 978-987-801-052-6
- Steger, M. B., & Roy, R. K. (2011). *Neoliberalismo. Una breve introducción*. Alianza Editorial. ISBN 978-84-206-5283-2

- Urbinati, N. (2019a). *Me the people. How populism transforms democracy*. Harvard University Press. ISBN 978-0-674-24088-9
- Vallespín, F., & Martínez-Bascuñán, M. (2017b). *Populismos* (digital). Alianza Editorial. ISBN 978-84-9104-931-9
- Villacañas, J. L. (2015). *Populismo*. La Huerta Grande. ISBN 978-84-943393-7-0
- Weyland, K. (2017). Populism: A political-strategic approach. En P. Ostiguy, C. R. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, & P. Ochoa Espejo (Eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 48-72). Oxford University Press. ISBN 978-0-19-184173-6

Artículos académicos

- Abal, J. M. (2023). El triunfo de Javier Milei o el final de la «anomalía» argentina. *Nueva Sociedad*, 17.
- Alabao, N. (2020). El «neoliberalismo progresista» y la izquierda conservadora | Nueva Sociedad. *Nueva Sociedad*, 10.
- Annunziata, R. (2021). Pierre Rosanvallon, el populismo y la democracia. *Polhis*, 27, 217-241.
- Antón, J., & Hernández, A. (2016). El crecimiento electoral de la derecha radical populista en Europa: Parámetros ideológicos y motivaciones sociales. *Política y Sociedad*, 1(53), 17-28.
- Antón, J., & Seijo, I. (2023). La teoría política de la Derecha Radical. *Revista de Estudios Globales. Análisis histórico y cambio social*, 2(4), 61-99.
- Armony, V. (2021). Is there an ideological link between Neopopulism and Neoliberalism? *Brazilian Journal of Political Economy*, 21(2), 246-262.
- Barros, S. (2018). Polarización y pluralismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau. *Latinoamérica. Revista de estudios latinoamericanos*, 67, 15-38.
- Belgrano, T. (2023). Milei, Argentina's Alt Right Populist Leader. *ITSS Verona Magazine*, 2(2), 13.
- Biglieri, P., & Perelló, G. (2018). Populismo y retorno neoliberal. Algunas reflexiones tardías sobre el kirchnerismo y tempranas sobre el macrismo. *Ecuador Debate*, 104, 67-81.
- Cárdenas, J. (2019). Vallespín, Fernando y Máriam M. Bascuñán. 2017. *Populismos*, Madrid, Alianza Editorial. *Boletín mexicano de derecho comparado*, 52(156), 1737-1749.
- Castaño, P. (2018). Populismo y democracia. *Revista Internacional de Sociología*, 76(4). <https://revintsociologia.revistas.csic.es/index.php/revintsociologia/article/view/1014>

- Cordero, G. (2023). Populismo y neoliberalismo como izquierda y derecha ideológicas en el siglo XXI. *Revista mexicana de sociología*, 85(2 NE), 141-168.
- Crespo, J. (2023). Administración pública y derechos humanos: Una aproximación desde la derecha radical populista. *Tiempo de Paz*, 150, 52-61.
- Davies, W., & Gane, N. (2021). Post-Neoliberalism? An Introduction. *Theory, Culture & Society*, 38(6), 3-28. <https://doi.org/10.1177/02632764211036722>
- De la Torre, C. (2001). Redentores populistas en el Neoliberalismo: Nuevos y viejos populismos latinoamericanos. *Revista española de Ciencia Política*, 4, 171-196.
- Delle Donne, F. (2022). La derecha radical populista. *Astrolabio: revista internacional de filosofía*, 25, 51-60.
- Díaz, C. M. (2023). América Latina y las derechas: Reflexiones en un largo periodo. *Tiempo de Paz*, 151, 122-128.
- Díaz, V. (2023). La juventud ante la extrema derecha. *Tiempo de Paz*, 150, 96-103.
- Edgerton, D. (2021). What came between new liberalism and neoliberalism? Rethinking Keynesianism, the welfare state and social democracy. *The Neoliberal Age*, 30-51.
- Fernández, L. D. (2024). Utopías (y distopías) libertarias. Más Nozick, menos Rothbard. *Nueva Sociedad*, 309. <https://nuso.org/articulo/309-utopias-y-distopias-libertarias/>
- Fernández-Vilas, E. (2022). El «Populist Zeitgeist»: Un Acercamiento a Cas Mudde y la Derecha Radical Populista. *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2(3), 107-120.
- Fonseca, D. (2023). ¿Cómo llegamos a Milei? *Letras libres*, 298. <https://letraslibres.com/politica/diego-fonseca-como-llegamos-a-javier-milei/>
- Freidenberg, F., & Casullo, M. E. (2018). Con líder y con programa: Partidos populistas y partidos programáticos en América Latina. *Latin American Review of Comparative Politics/Revista Latinoamericana de Política Comparada*, 14, 91-112.
- García, I. (2023). Javier Milei en la Casa Rosada: Las causas de su fulgurante ascenso. *Tiempo de Paz*, 151, 114-121.
- Gerbaudo, P. (2018). Social media and populism: An elective affinity? *Media, Culture & Society*, 40(5), 745-753. <https://doi.org/10.1177/0163443718772192>
- Goldentul, A., & Palmisciano, C. (2023). ¿Hay que temerle a Victoria Villarruel? *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/victoria-villarruel-milei/>
- Griffin, R. (2000). Interregnum or endgame? The radical right in the 'post-fascist' era. *Journal of Political Ideologies*, 5(2), 163-178. <https://doi.org/10.1080/713682938>

- Griffin, R. (2021). ¿Vox qualis populi?: La ubicación de la derecha radical populista dentro de la ultraderecha. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 21(2), 2.
- Inglehart, R. F., & Norris, P. (2016). Trump, Brexit, and the rise of populism: Economic have-nots and cultural backlash. *Harvard JFK School of Government Faculty Working Papers Series*, 1-52.
- Laclau, E. (2006a). Consideraciones sobre el populismo latinoamericano. *Cuadernos del Cendes*, 23(62), 117-122.
- Laclau, E. (2006b). La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana. *Nueva sociedad*, 205(1), 56-62.
- Lerín, D. (2023). Derecha radical: Conceptualización, populismo y respuesta cívica ante el desafío a la gobernanza democrática. *Tiempo de Paz*, 150, 26-35.
- Magrini, A. L. (2022). Pierre Rosanvallon, El siglo del populismo. Historia, teoría y crítica. *Prismas*, 26(1), 173-176. <https://doi.org/10.48160/18520499prismas26.1325>
- Maher, H. (2023). Neoliberal fascism? Fascist trends in early neoliberal thought and echoes in the present. *Contemporary Political Theory*, 1-19. <https://doi.org/10.1057/s41296-023-00657-x>
- Massini-Correas, C. I. (2016). Chantal Delsol, Populismos. Una defensa de lo indefendible, Trad. M. Morés, Paidós-Ariel, Buenos Aires, 2015, 186 PP. *Philosophia*, 76(1), 109-112.
- Mattos, F. A. M., Ianoni, M., & Mello-Cunha, P. R. (2022). Neoliberalismo, ampliação das desigualdades e desconstrução da democracia. *Revista CS, Especial*, Article Especial. <https://doi.org/10.18046/recs.iEspecial.5211>
- Moffitt, B. (2016). The performative turn in the comparative study of populism. *Political Studies*, 41(1), 3-23.
- Montero, J. C. (2020). *Nuevas perspectivas sobre el populismo: Un panorama*. 9(2), 22-41.
- Morresi, S., & Ramos, H. (2024). Apuntes sobre el desarrollo de la derecha radical en Argentina: El caso de “La Libertad Avanza”. *Caderno CRH*, 36, 1-18.
- Morresi, S., & Vicente, M. (2019). El ocaso del macrismo. Entre liberalismo y neoliberalismo. *Nueva Sociedad*. <https://www.nuso.org/articulo/liberalismo-cambiemos-kircherismo-macri-neoliberalismo/>
- Müller, J.-W. (2016). El populismo necesita enemigos; la democracia requiere oposición. *Letras libres*, 8(210). <https://letraslibres.com/wp-content/uploads/2016/08/dossier-muller-esp.pdf>

- Nazareno, M. (2023). El fin del largo empate hegemónico argentino. La cuarta ola neoliberal y los nuevos desafíos del campo popular: Sección Perspectivas. *Cuadernos de Coyuntura*, 8, 1-6.
- Nofal, S. (2023). The historical roots of neoliberalism: Origin and meaning. *Brazilian Journal of Political Economy*, 43(3), 576-591. <https://doi.org/10.1590/0101-31572023-3444>
- Olivares, N. E. (2018). La república argentina en usos: Significados populistas, liberales y republicanos en disputa. *Ius Fugit*, 21, 167-189.
- Pasamar, G. (2021). Una teoría del populismo provechosa para los historiadores. Reseña de Pierre Rosanvallon, *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2020, 264 págs. *Historiografías*, 22, 133-139.
- Pascual, R. (2024). Argentina, al fondo a la derecha. El escenario nacional post PASO 2023. *Bajo el Volcán. Revista del Posgrado de Sociología. BUAP*, 9, 529-564.
- Peters, M. A. (2022). Hayek as classical liberal public intellectual: Neoliberalism, the privatization of public discourse and the future of democracy. *Educational Philosophy and Theory*, 54(5), 443-449. <https://doi.org/10.1080/00131857.2019.1696303>
- Pizzorno, P. (2017). Populismo y revolución pasiva. Sobre “los usos de Gramsci” en América Latina. *Las Torres de Lucca: revista internacional de filosofía política*, 6(11), 97-130.
- Prol, A. (2021). Casullo, M.E. (2019). ¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis. Siglo XXI Editores. *el@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, 19(74), 112-117.
- Ramírez, I., & Vommaro, G. (2024). Milei, ¿por qué? Hechos e interpretaciones de una erupción electoral. *Revista Más Poder Local*, 55, 161-171.
- Reid, M. (2024). Milei y el regreso del menemismo. *Letras libres*, 301, 42-44.
- Riveros, C., & Pelfini, A. (2022). Sobre grietas y rupturas: El populismo visto como un proceso. Un análisis socio-histórico a partir de la teoría populista de Ernesto Laclau. *Revista stultifera*, 5(1), Article 1. <https://doi.org/10.4206/rev.stultifera.2022.v5n1-04>
- Rodríguez, J. P. (2021). The politics of neoliberalism in Latin America: Dynamics of resilience and contestation. *Sociology Compass*, 15(3), 1-13. <https://doi.org/10.1111/soc4.12854>
- Rodríguez, R. R. (2024). El caso argentino: ¿ultraliberalismo económico es más neoliberalismo? *Revista Elementos*. <http://repo.funde.org/id/eprint/2012>
- Rueda, D. (2021). Is Populism a Political Strategy? A Critique of an Enduring Approach. *Political Studies*, 69(2), 167-184. <https://doi.org/10.1177/0032321720962355>
- Sáenz, R. (2021). María Esperanza Casullo. ¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis. Buenos Aires, Siglo

- XXI Editores, 2019, 207 pp. *Perfiles latinoamericanos*, 29(57), 409-415.
<https://doi.org/10.18504/pl2957-016-2021>
- Saidel, M. L. (2021). Hacia una genealogía del populismo de derechas actual. Una aproximación a la corriente nacional-(neo) liberal en Europa y Estados Unidos. *El Banquete de los Dioses. Revista de Filosofía y Teoría Política contemporánea*, 9, 339-373.
- Salinas, A. (2021). De la teoría socialista al populismo: Gramsci en Laclau. *THÉMATA. Revista de Filosofía*, 63. <https://doi.org/10.12795/themata.2021.i63.07>
- Sánchez, P. (2023). Recordar los 90 Conmemoración y promoción del olvido del menemismo en el discurso entimemático reciente. *Estudios-Centro de Estudios Avanzados. Universidad Nacional de Córdoba*, 49, 133-148.
- Schuster, M., & Stefanoni, P. (2023). El huracán Milei: Siete claves de la elección argentina. *Nueva Sociedad*, 21.
- Sendra, M., & Marcos-Marne, H. (2024). Is Milei a populist? People and market in the new radical right in Argentina. *Contemporary Politics*, 1-17.
<https://doi.org/10.1080/13569775.2024.2311982>
- Stefanoni, P. (2023). El paleolibertario que agita la política argentina. *Nueva Sociedad*, 1, 178.
- Stefanoni, P. (2024). Las mutaciones de la derecha argentina. *Nueva Sociedad*, 22.
- Stoessel, S. (2022). Populismo y neoliberalismo como lógicas y procesos políticos. *Pensamiento al margen. Revista Digital de Ideas Políticas*, 17, 46-61.
- Tarullo, R., & Fenoll, V. (2023). “Long Live Freedom!”: Digital Communication of Argentina’s Emerging Libertarian Populism. *Trípodes*, 54, 1-19.
- Torres, E. (2023). Apuntes sobre la derecha argentina en tiempo de elecciones: Sección Perspectivas. *Cuadernos de Coyuntura. Universidad Nacional de Córdoba*, 8, 1-5.
- Urbinati, N. (2019b). Political Theory of Populism. *Annual Review of Political Science*, 22(1), 111-127. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-050317-070753>
- Valdivielso, J. (2016). El populismo según Ernesto Laclau. *Astrolabio: revista internacional de filosofía*, 18, 52-61.
- Valera, C., & Samer, E. (2023). La comunicación como arma de la nueva extrema derecha. *Tiempo de Paz*, 150, 80-87.
- Vallespín, F., & Martínez-Bascuñán, M. (2017a). Populismo: Qué, por qué, para qué. *Círculo Cívico de Opinión*, 19, 48.
- Vilas, C. (2018). Democracia, pueblo y populismo: Una articulación conflictiva. *Discursos del Sur*, 1, 67-97.

- Vilas, C. M. (2003). ¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 9(3), 13-36.
- Vilas, C. M. (2018). Populismo: Capitalismo reformado y democracias híbridas. *Revista Movimiento*, 7, 5-11.
- Zanotti, L., & Roberts, K. M. (2021). (Aún) la excepción y no la regla: La derecha populista radical en América Latina. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 30(1).

Artículos de prensa

- Lladó, A. (2014, noviembre 29). Apuntes de filosofía para entender a Podemos. *La Vanguardia*.
<https://www.lavanguardia.com/cultura/20141129/54420833477/filosofia-para-entender-a-podemos.html>

Entradas de enciclopedia

- Vallier, K. (2021). Neoliberalism. En *Stanford Encyclopedia of Philosophy*.
<https://plato.stanford.edu/entries/neoliberalism/?ref=amonle.com>

Tesis doctorales

- Contreiras, A. L. (2023). *Nuevo populismo de derecha en Argentina: Análisis del estilo político de Javier Milei (2021-2022)* [Tesis de grado. Licenciatura en Ciencia Política y Gobierno, Universidad Torcuato di Tella].
<https://repositorio.utdt.edu/handle/20.500.13098/12191>
- De Vega, N. H. (2023). *La tradición política liberal y Javier Milei. Una aproximación desde el debate teórico político liberal a las intervenciones públicas del diputado* [Tesina de investigación, Escuela de Política y Gobierno. Universidad Nacional de San Martín].
<https://ri.unsam.edu.ar/handle/123456789/2419>
- Sánchez, R. (2016). *Populismo: ¿definición o indefinición? Utilidad del concepto populismo para describir los nuevos liderazgos en América Latina* [Tesis de Máster, Universidad Andina Simón Bolívar]. <https://repositorio.uasb.edu.ec/handle/10644/4828>

Conferencias

- Milei, J., Giacomini, D., Fernández, M., Lazzari, G., & Paz-Quesada, A. (2019). *Entre la pureza y el barro. La protección de las ideas de la libertad en la política*. 27. <https://ides.org.ar/sites/default/files/docs/2023/agosto-sp-texto.pdf>
- Vallespín, F. (2019). Las principales amenazas a la democracia liberal. *ANALES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS*, 327-344. https://www.boe.es/biblioteca_juridica/anuarios_derecho/abrir_pdf.php?id=ANU-M-2019-10032700344

Entrevistas

- Muñoz, B. (2024). Entrevista con Steve Levitsky. “La elección de Estados Unidos será una moneda en el aire”. *Letras libres*, 302. <https://letraslibres.com/revista/boris-munoz-entrevista-con-steve-levitsky-eleccion-estados-unidos-trump-democracia/>
- Strobl, N. (2023, septiembre 1). *Entre la extrema derecha y el conservadurismo radicalizado* (M. Schuster) [Nueva Sociedad]. <https://nuso.org/articulo/entrevista-natascha-strobl-conservadurismo-radicalizado-extrema-derecha/>

Entradas de blog

- Gambone, L. (2017). El verdadero rostro del populismo. *Angelfire*. www.angelfire.com/folk/celtiberia/populismo.html
- Gamio, G. (2022). ¿Quién es el pueblo? Apuntes filosóficos sobre los rostros del populismo – Pólemos. *PÓLEMOS. Portal Jurídico Interdisciplinario*. <https://polemos.pe/quien-es-el-pueblo-apuntes-filosoficos-sobre-los-rostros-del-populismo/>
- Semán, P., & Welschinger, N. (2023, agosto 18). Cómo entender el «voto anticasta». 11 tesis sobre Milei. *Revista Anfibia*. <https://www.revistaanfibia.com/11-tesis-sobre-milei/>